

MI MADRE, YIYA MURANO



EDICIÓN
DEFINITIVA
Lo que nunca
se contó

MARTÍN MURANO

 Planeta

MI MADRE, YIYA MURANO



EDICIÓN
DEFINITIVA
Lo que nunca
se contó

MARTÍN MURANO

 Planeta



Mi madre, Yiya Murano

Mi madre, Yiya Murano

Martín Murano

Índice de contenido

Portadilla

Prólogo a la primera edición

Prólogo a la edición definitiva. Carta a mi madre

Una mujer decidida

Sus principales amantes

Yiya es madre

“¡Sé vivo, Martín!”

Secretos peligrosos

Viene la policía

Me entero de lo que pasa

El caso Yiya Murano

El proceso, la cárcel

¡Increíble! La libertad

De nuevo como al comienzo

La huida

Confesiones al fin

Dentro de poco, la libertad

Borrón y cuenta nueva

Epílogo

Y la historia continuó. (Anexo a la edición definitiva)

Palabras finales a la edición definitiva

Agradecimientos, Legales



Yiya Murano (foto de casamiento).

De nada sirve a alguien ganar todo el mundo, si se pierde a sí mismo.

CONCILIO VATICANO II

NOTA DEL AUTOR

Algunos de los nombres de personas implicadas en la historia han sido cambiados, no así los hechos y diálogos que se reproducen con la más fiel exactitud que mi memoria permite.

Prólogo a la primera edición

Desde que se produjeron los sucesos que tienen como protagonista a Yiya Murano tuve la intención de hacer pública la verdad. Muchas veces fui alentado por gente que conocía mi manera de pensar y otras, desalentado por aquellos a los que la revelación pormenorizada de los hechos podía afectar de alguna manera.

En las diversas actividades de mi madre se involucraron muchas personas, atraídas por su enigmática personalidad, por sus costumbres y por su dinero. Todas ellas buscaron quedar en el anonimato a partir de 1979, cuando “la envenenadora” fue detenida y sus crímenes se convirtieron en el plato fuerte de la opinión pública.

En este libro se darán a conocer detalles, actividades, nombres y datos que, por serle desconocidos, la prensa no pudo publicar oportunamente.

La escandalosa vida de Yiya Murano, su personalidad, sus amantes, negocios y secretos son detallados minuciosamente en las páginas siguientes. A través de ellas el lector comprenderá por qué un caso de homicidios y estafas llegó a ocupar más espacio en la prensa que un cambio de presidente y se mantuvo en las primeras planas por largo tiempo. Cada día la prensa añadía a la investigación nuevos detalles, nuevas pruebas —algunos falsos y otros incompletos—, componentes todos de uno de los más escabrosos y macabros episodios de la criminología argentina.

En 1985 la Cámara de Apelaciones resolvió condenar a mi madre a prisión perpetua. No obstante, quedaron muchísimas cosas por aclarar: ¿tuvo cómplices? ¿cómo envenenó a las víctimas? ¿salud mental alterada o mente fría y calculadora? Estos son algunos de los interrogantes que se plantean quienes han seguido el caso. A medida que se avance en la lectura del libro se encontrarán argumentos y testimonios inéditos que podrán ser tomados como base para que cada uno saque sus propias conclusiones.

El desarrollo de la temática no trata solamente del caso propiamente dicho. Abarca el período desde mi nacimiento hasta los días actuales, y está

poblado de anécdotas y episodios que muestran claramente cómo todo el entorno familiar y el núcleo de amistades fueron afectados hasta el punto de recibir amenazas de “grupos especiales”, ser marginados de la sociedad y blanco de todo tipo de habladurías.

Hoy no es tiempo de revancha. Es tiempo de que todo el mundo sepa cuál fue la verdad y cuál la mentira. Y, también, cómo fue superar el encarcelamiento de una madre, la vergüenza pública por sus actos, la muerte de un padre débil de carácter, y cómo se puede salir adelante.

MARTÍN MURANO

Carta a mi madre

Esta podría ser la historia de un hombre que nunca tuvo madre. Un hombre que en vez de haber sido dado a luz fue expulsado lejos. Como si el vientre materno fuese una galaxia fría e inalcanzable. Acaso el único vínculo perdurable de ese hombre con su desalmada madre sea este libro.

Martín Murano, de él se trata, revela en esta obra el costado oculto de su madre, María de las Mercedes Bernardina Bolla Aponte de Murano, más conocida como Yiya Murano, la envenenadora de Monserrat. La famosa asesina que en 1979 envenenó con té y masitas a sus tres amigas prestamistas fue antes una mujer voraz que basaba su felicidad en el dinero y el sexo. Su ambición la llevó a humillar a su hijo desde niño, entre mentiras, desprecios y amantes que le hacían regalos costosos.

Este libro, en el que se inspiró el musical sobre Yiya Murano que es éxito de la calle Corrientes, formó parte de la mítica colección Memoria del Crimen, lanzada por Planeta en los años ochenta. Esta reedición incorpora revelaciones sorprendentes y la resolución de un enigma: ¿la asesina sigue internada en un geriátrico o murió sola y en silencio?

Conocí a Yiya en 2005. Durante más de ocho años compartí charlas, entrevistas y paseos callejeros. Una vez, cuando le pregunté por su hijo, lloró sin lágrimas y respondió: “Me destruyó, alguien le lavó la cabeza. Se cree Borges, pero sus mentiras podrían ser de una novela de Migré”.

Hay algo en lo que no se equivocaba: estas páginas pueden ser leídas como una ficción atrapante. Desfilan escenas literarias, personajes, diálogos, descripciones. El autor cuenta esta historia con más desahogo que rencor. Como si necesitara liberarla y, al mismo tiempo, matar simbólicamente a su madre.

Con pulso de escritor de *thriller*, Murano escribe:

Mi madre era supersticiosa. Decía que tenía el don de poder comunicarse con los muertos, atributo que decía haber heredado de su padre. Contaba

que su padre una vez había visto cruzar delante de su auto a un jinete sin cabeza (...). También guardaba con mucho cuidado una máscara que según ella tenía poderes maléficos.

Hay una zona de Yiya que es inaccesible, aun para ella misma. Su perversidad milimétrica podría llevar a pensar que hasta quiso ser madre para que algún día su hijo escribiera su historia. El plan siniestro de parir a un biógrafo que lleve su sangre. Como para dejar todo en familia.

La envenenadora tenía una habilidad para generar misterio cuando relataba alguna anécdota. Sabía envenenar sin veneno. Muchas veces aparecía con un sobre de papel madera. “Si supieran lo que tengo acá adentro, se caen de culo”, anunciaba enigmática. Pero nunca decía nada. Su secreto era que no había secreto.

Acaso ese sea el rasgo principal que Martín Murano heredó de su madre: el don de saber contar historias.

El acto de matar, a veces, es una especie de pacto íntimo misterioso que sellan el asesino y su víctima la primera vez que se miran. Ambos quedan unidos por un secreto que saben solo ellos. Puede decirse que las víctimas conocieron más a Yiya que su propio hijo. No le quedó ningún buen recuerdo de su madre, ni un instante feliz, mucho menos una foto en familia o un paseo inolvidable.

“Ya no es mi madre”, dice Murano. A diferencia del padre de Kafka, ella sí leyó el alegato de su hijo. Y no le importó demasiado. Para ella, probablemente lo más luminoso no haya sido dar a luz, sino haber matado.

Aquí, en este libro, está el único legado que Yiya le dejó a su hijo: la tragedia inabarcable de su historia negra.

RODOLFO PALACIOS

Una mujer decidida

—Mirá, Martincito, como tu papá se sentía mal vino tu tío —explicó mi madre.

Ella sabía que yo sabía. “Mi tío” no era otro que Enrique Juarez, uno de los amantes de Yiya que yo conocía desde hacía más de diez años. La explicación no estaba dirigida a mí sino a las personas que nos estaban escuchando. Como era habitual, Yiya intentaba hacerme cómplice de sus manejos poniéndome en una situación sin salida. ¿Qué podía hacer? ¿Mandarla al frente? No, me la tenía que comer, decirle “sí, claro” con una sonrisa que ella sabía interpretar y que quería decir “sos una turra”. Pero ese día no me la aguanté. Volví la vista hacia sus compañeros de mesa, los padres de Fabián, mi mejor amigo, y pensé: esta vez no.

—Ese no es mi tío, es el que coge con ella —grité con voz tan clara como pude—. Y vos te vas a la puta madre que te parió.

A esa altura, el diploma de bachiller ya era casi un bollo, un estropicio en mi bolsillo. Yo era un pibe de 18 años, sostenido sobre dos muletas, que miraba fijamente a su madre y al amante de su madre. Ellos estaban sentados a una de las mesas reservadas a los familiares de los alumnos. Usurpador. Hijo de puta. Hijos de puta los dos. Era —es— como si el odio pusiera todo patas arriba en el salón de fiestas, en el maldito salón de fiestas donde nos festejaban el egreso del secundario. Bachiller y un vals, y todo se confunde porque con mi madre no está papá, está el hijo de puta que se la coge y por qué.

Ahora que le había gritado la verdad no soportaba quedarme allí ni un instante más. Tenía que escapar, dejar atrás esas caras que me miraban entre asustadas y divertidas. Después de todo, que mi madre hubiera ido acompañada por uno de sus amantes no había pasado inadvertido para nadie. La novedad era que yo esta vez no me lo había tragado y había iniciado un pequeño escándalo. Tenía que salir de ahí, correr con esas piernas —la izquierda rota en dos pedazos— y llegar afuera, a la calle, al

aire, lejos de la cara de babosa de mi madre y de la cara de imbécil del amante, que estaba donde debía estar la cara de papá, la única cara que yo hubiera querido ver ahí.

Seguro que el portero no quiso detenerme ni impedir que saliera a la calle. Seguro que no. Quizá solo trató de ayudarme a subir al ascensor. Pero se puso delante de mí y me tomó del brazo, y solamente vi algo, alguien que se interponía, que no me dejaba salir, que bloqueaba el paso, que ahogaba. Mi brazo derecho dejó de sostener la muleta y mi mano se hizo trompada en la mandíbula del portero y hubo un ruido feo un instante antes de que el hombre cayera sin quejarse.

—¡Pará, Martín! —me gritaba Fabián al tiempo que me empujaba dentro del ascensor y manoteaba las muletas.

—Le pegué a cualquiera...

—Bueno, pará, yo soy Fabián.

—¿Me estás tomando el pelo?

—Sí. ¿Te volviste loco?

Cuando llegamos a la calle me puse a llorar. Yo no había querido ir a esa fiesta. Después de lo que había pasado en mi casa no me bancaba representar la farsa de la familia normal de clase media. Me pesaba que todos los presentes comentaran la presencia de mi madre, quien ya había sido acusada de asesinato y había estado en la cárcel. Yo no quería ir y ella lo sabía. Si al final decidí estar allí, fue para compartir con papá un momento que a él le parecía importante. Y ella lo sabía.

Desde que entramos en la sala del Hotel Bauen esperaba ver al viejo. A cada rato miraba hacia las mesas para seis personas distribuidas en el lugar. Pura ansiedad, porque la parentela solo entraría cuando nosotros, los egresados, ocupáramos los lugares que nos habían reservado alrededor de una mesa central grande. Cuando entraron los padres fueron apagadas varias luces del salón, y en la semipenumbra traté de ver al mío. No lo encontré, y tampoco vi a mi madre. Después, lo de siempre, la luz en el escenario, los discursos, los diplomas... El yeso en la pierna me impedía casi pararme, de modo que el profesor de historia, Pratto Murphy, el escribano de *Domingos para la juventud*, se acercó hasta donde yo estaba cuando me tocó el turno de recibir el mío.

Después de todo eso irrumpió Strauss, el *Danubio azul*, y volví a escudriñar la oscuridad buscando al viejo. Quería hacerle un guiño, un gesto, buscar también un gesto suyo de “y bueh, qué vas a hacer...”, porque yo no podía bailar esa noche. No lo encontré, de nuevo no lo encontré. Pensaba que hubiera sido mejor seguir el primer impulso y quedarme en casa, no haber cedido a esa obligación autoimpuesta de hacerle pasar al viejo un momento agradable ni a la presión de los compañeros que pasaron por casa para ayudarme a cargar el yeso. Pero ahí estaba yo, mirando la pista llena de gente que seguía a Strauss como podía entre la luz difusa, y no veía al viejo entre ellos.

Terminó el vals y mis compañeros volvieron a sus asientos.

—Parece que mis viejos no vinieron —dije a una chica sentada junto a mí.

—Sí —contestó ella— a tu mamá la vi en la pista, pero el que bailaba con ella no era tu viejo.

Me levanté como pude y fui hacia las mesas de los invitados. Todavía esperaba que papá estuviera ahí con mi madre, suponía que ella habría bailado con otro padre y el viejo con otra madre, o eso quería creer porque no podía masticar lo que en realidad sabía.

Estaban ahí. Tropecé con una silla, trastabillé, pegué una trompada en la mesa.

—Mirá, Martincito... —escuché que decían.

Los padres de Fabián compartían la charla con mi madre y con el amante público de ella. Yo sentía que no podía controlar la violencia que me subía por las tripas, y a mis 18 años ya podía aplicar esa violencia de modo que cada golpe rompiera, fracturara, triturara. Mi madre lo sabía, pero no demostraba miedo... La habían acusado de robo, estafa y tres asesinatos, había pasado más de tres años en la cárcel, pero nada parecía amedrentarla. Era la misma de siempre. Fría, dominante y absolutamente incapaz de considerar ninguna otra cosa que no fuera su exclusivo interés.

Cuando volví a casa Antonio me estaba esperando. Traté de recomponerme un poco y le sonreí.

—¡Qué rabia me dio no poder ir! —me dijo.

—¿Qué te pasó, viejo?

—Nada... los nervios. Viste cómo me pongo yo con ciertas cosas. Para mí este logro tuyo es lo más importante que me pasó en los últimos años.

—¿Por eso no viniste?

—Tu madre me vio tan mal... Me dijo que mejor me quedara, que tenía miedo de que me emocionara demasiado. Me pareció que tenía razón.

—No te preocupes, ¿ahora estás bien?

—Sí, hijo, dame un abrazo. Te felicito.

Esa noche, Yiya llegó cerca de las doce. Yo ya estaba en la cama, no había conseguido dormir pero no quise que se diera cuenta de que estaba despierto. Al día siguiente no hizo ningún comentario pero me di cuenta de que evitaba hablar conmigo. Tampoco yo tenía interés en discutir sobre lo que había pasado. Es más, temía que pudiéramos terminar a los gritos delante de Antonio.

—Sos un salvaje —me dijo en tono calmo un par de días después. Dijo también que yo había procedido muy mal. Cómo había podido hacer algo semejante con su amigo, un hombre tan bueno que me quería como si fuese su hijo. Volví a putearla, solo volví a putearla.

Así fueron siempre, o más o menos, las relaciones con mi madre. María de las Mercedes Bernardina Bolla Aponte de Murano, alias Yiya, a quien alguna vez los diarios llamaron “la envenenadora de Monserrat”.

María de las Mercedes había nacido en Corrientes en 1930. Mientras la madre, Candela, paría a la beba sietemesina que luego llamarían Yiya, el padre, teniente coronel Camilo Bolla Aponte, reprimía con entusiasmo a opositores, o presuntos opositores, al golpe de Uriburu. Yiya era la mayor de tres hermanos y en su casa paterna no sobraban ni el dinero ni las comodidades.

Mi madre era descendiente directa de Donato Alvarez, quien se había enriquecido generosamente gracias al puesto de gobernador militar de Asunción, cargo que ocupó tras la guerra de la Triple Alianza. Además de traer del Paraguay un mobiliario de un lujo exquisito, Alvarez, bisabuelo de Yiya, recibió como premio por sus campañas bélicas 2500 hectáreas de fértil tierra correntina. La hija del general y abuela materna de mi madre,

Delfina Alvarez de Giorgio, devotísima de la Virgen de las Mercedes y de las mesas de póquer, dilapidó entre naipes la fortuna de su padre.

Doña Delfina perdió la plata pero no los aires de aristócrata que su padre había adquirido con botines de guerra, y mi madre heredó de su abuela las dos cosas: los apremios económicos y el gusto por una fastuosidad que no podía pagarse. La genealogía familiar de mi madre tiene por lo menos un militar por generación, y Yiya veía en ello un signo de abolengo.

Hay una constante en las historias familiares de mi madre: abundan las situaciones violentas y misteriosas. Empezando por el propio Donato Alvarez quien, según cuentan, cuando quería castigar a alguna de sus hijas, la ataba a una silla y la bajaba colgando de una cuerda al sótano donde la dejaba encerrada. Y siguiendo con el padre de Yiya, de quien nunca se hablaba salvo para insinuar que antes de abandonar a la familia se habría propasado con sus hijas. Pero de esto no puedo dar fe. Lo cierto es que el nombre de Camilo Bolla Aponte no se mencionaba en casa y mi madre no conservaba ni siquiera una foto de él.

En verdad, cuando yo era niño, ninguno de los integrantes de la familia se refería nunca a esas historias. Años después, al indagar en el pasado familiar de mi madre, encontré no pocos asuntos que inducen a la vergüenza y al silencio.

Yiya vivió en Corrientes durante sus primeros seis años de vida. Luego recorrió medio país detrás de los destinos militares de su padre, y se fue criando a retazos en San Luis, en Catamarca, en La Rioja. Cuando mi abuelo se retiró del Ejército, todos se radicaron en la Capital Federal.

Mi madre era entonces una niña alta y regordeta que entraba en su primera adolescencia, y algunos parientes veían en ella una futura mujer enorme, gorda, poco atractiva, cuyo destino era quedarse soltera.

Yiya tenía entonces 13 años y empezó a practicar natación (llegaría a ser nadadora eximia). En la pileta, durante las clases, conoció al geólogo Enrique Juarez, el mismo que muchos años después la acompañaría a la fiesta de mi graduación. Fue con Juarez que Yiya tuvo la primera relación sexual de su vida, la misma noche en que festejaba su título de maestra normal. Como se ve, el geólogo estaba llamado a jugar un rol

preponderante los días en que los integrantes de nuestra familia terminaban el bachillerato. Juares se enamoró de aquella adolescente gordita y a los pocos meses le propuso casamiento, pero Yiya nunca lo consideró porque ella y su madre pensaban que un geólogo no le aseguraría el futuro.

Cuando conoció a Antonio Murano, el físico de Yiya no se parecía al de aquella niña gorda y fea. Mediante dietas, ejercicios y experiencias había logrado transformar su cuerpo, hacerlo seductor, incitante. Para mi padre el encuentro con Yiya marcó su vida. Era un hombre tímido que hasta entonces no había tenido muchas relaciones con mujeres. Yiya, que tenía catorce años menos que él, lo sedujo con su manera de ser directa y avasalladora. Era una mujer con la que le resultaba fácil entenderse. Para Yiya, Murano era una persona insignificante pero que podía serle útil. Se casaron seis meses después de conocerse en una reunión social.

Murano cambió mucho la vida de Yiya. El matrimonio no la hizo rica, pero tenía junto a sí a un abogado sin penurias económicas que le aseguraba estabilidad. Eso era lo que a ella más le importaba. Yiya nunca había trabajado antes de casarse ni lo haría después. Tampoco había sido nunca ni lo fue más tarde un ama de casa. Distribuía su tiempo en recorridas por distintas confiterías con diferentes amigas o amigos. Para eso necesitaba que alguien le diera seguridad económica. Además, le disgustaba la idea de quedarse soltera. La vida social tiene sus reglas y para participar de buena parte de su desarrollo es conveniente estar casado. Según decía mi madre, hasta para salir con amigas y amigos y tener amantes es más conveniente estar casado, ya que al soltero se le sospecha siempre algún grave defecto y se lo supone un poco regalado porque no tiene nadie que lo esté esperando.

Mi padre ganaba buen dinero en su estudio, pero lo gastaba poco: vivían en un departamento de dos ambientes y no tenían auto. Para Yiya esto era más que suficiente y la sola idea de mudarse le parecía una tarea imposible de realizar. Su vida estaba en la calle, en las salidas que hacía, en encontrarse con gente; no le interesaba ocuparse de una casa más grande. En este punto, como en todas sus elecciones, Yiya era terminante. Todas sus actitudes eran extremas: si hacía frío, tiritaba y se cubría con varios kilos de

ropa; si hacía calor, se tiraba semidesnuda frente a un ventilador al tiempo que se abanicaba con un diario y tomaba agua helada.

Mi viejo tenía dos hermanos con los que no se llevaba bien. Su padre, que se había dedicado al negocio inmobiliario, les había dejado en herencia varias propiedades. Pero a la hora de hacer el reparto de los bienes, los hermanos Murano no se habían puesto de acuerdo y ese conflicto trajo como consecuencia un encono que no pudo superarse nunca. Mi abuelo paterno fue el dueño del primer Mercedes Benz cupé de techo plano que llegó al país (Antonio recordaba eso a menudo). Un abuelo de mi padre había sido propietario de una marmolería e importador de mármol de Murano, la isla italiana que nos dio el apellido. Entre los trabajos de mi bisabuelo que mi padre recordaba con más frecuencia figuraba el revestimiento para el edificio de la Casa de la Moneda.

A diferencia de lo que sucede con la mayoría de los matrimonios, la relación que establecieron mis padres no cambió demasiado con el correr del tiempo. Pasados diez o veinte años, Antonio seguía deslumbrado por la personalidad de mi madre, y Yiya lo seguía manejando con la misma frialdad con que se había acercado a él desde el principio. Es curioso: las uniones que nacen como fruto del amor no resisten el paso del tiempo; en cambio, el matrimonio Murano, que nunca compartió ese sentimiento, resultaría más sólido y apasionado que ninguno. Para mí fue siempre más fácil comprender la actitud manipuladora de mi madre que la devoción de mi padre. Quizá Antonio, que murió de pena cuando encarcelaron a Yiya, se sintió alguna vez identificado con los famosos versos que Borges escribió sobre Buenos Aires: “No nos une el amor sino el espanto, será por eso que la quiero tanto”.

Sus principales amantes

Yo tenía cuatro o cinco años cuando Yiya empezó a llevarme a sus salidas. En aquella época conocí a varios de sus amigos. A dos de ellos —el geólogo Enrique Juarez y el médico Julio Ricardi— los veíamos con mayor frecuencia. Yiya me había pedido con mucho énfasis que jamás mencionara a uno en presencia del otro. Cuando pregunté quiénes eran esos señores ella me contestó que se trataba de viejos amigos de su familia.

Por entonces salíamos casi todos los días, de lunes a viernes. No tengo muy presente la forma en que me lo decía, pero cierto es que yo debía suponer que mi madre se tomaba la molestia de llevarme a pasear. Invariablemente a las diez de la mañana concurríamos todos los días a la confitería de un conocido hotel de la avenida de Mayo. Allí Julio Ricardi nos aguardaba siempre en la misma mesa, una que estaba ubicada en un recodo del salón, tal vez la única que no podía ser vista desde el exterior a través de las vidrieras. Ricardi era un tipo alto, flaco, pelado y de muy mal carácter. Mi madre decía que era así porque se había criado en el campo.

La mañana transcurría para mí en compañía de una gaseosa y un platito de maníes, mientras ellos se dedicaban a sus inentendibles coloquios: siempre charlaban en clave.

—Esta noche vamos a comer con postre —decía Ricardi.

—Sí, tiene que ser con postre —decía mi madre.

—Te voy a llevar eso que me pediste.

—Sí, no te olvides de eso, ya sabés para quién es.

Poco tiempo pasó hasta que comencé a entender sus códigos, y fue así que descubrí que la mayoría de las veces trataban asuntos de dinero y hablaban de encontrarse después... solos. Dada mi muy corta edad no entendía el objeto de que se propusieran repetir por las tardes su salida. ¿Tendrían algo más que hablar? No, si nos veíamos todas las mañanas. ¿Aprovecharían para tomarse más tiempo de la mano? Podía ser, ya que

ante mí lo hacían una o dos veces a lo largo de toda la reunión y como al descuido.

En algunas oportunidades Ricardi llevaba algún regalo para mí, una golosina o algo así. Sus conversaciones conmigo eran extremadamente cortas.

—Hola —me decía al llegar.

Lo decía tan de pasada que yo a veces no me daba cuenta de que me había saludado y no le contestaba.

—Chau —me decía cuando se iba.

—Chau.

De vez en cuando, me contaba algún chiste. Eran cuentos que se acordaba de cuando había vivido en el campo, historias en las que aparecían animales y paisanos, y también la luz mala.

Recuerdo que un día Yiya y yo llegamos a la cita y nos sentamos a la mesa de costumbre; Ricardi no había llegado. Enseguida el mozo se aproximó hasta donde estábamos y dijo:

—Señora, su marido pasó antes por aquí y me dijo que le avise que se demoraría un poco.

—Gracias, m' hijo, está bien.

Con ese condescendiente modismo correntino Yiya agradeció la atención del mozo. Luego de observarla por unos instantes y sin notar nada extraño en ella, decidí salir de dudas.

—¿De dónde sacó que Julio es tu marido? —más que de interrogación la pregunta llevaba tono de enojo.

—¡Callate, querido! Si no todo el mundo mira y después comentan —dicho esto dirigió una fingida sonrisa a los ocupantes de las mesas próximas y dio por terminado el tema.

(¿Hasta dónde pueden retroceder los recuerdos de una persona? Un conocido mío recuerda con toda nitidez un choque de su andador contra una mesa, una olla de agua caliente derramada y los gritos de su madre, todo lo cual sucedió cuando él tenía once meses. En fin, aquellas salidas con mi madre aparecen muy vívidas aunque mi memoria consciente no haya guardado nada más de aquel tiempo.)

Más tarde supe que en esa época solo su hermana Olga conocía las andanzas de Yiya. Con el correr del tiempo esas aventuras de mi madre con sus amantes serían *vox populi* y comidilla de todo el mundo; únicamente mi padre las ignoraba.

A Enrique Juarez lo veía por la tarde, a la hora en que yo iba al colegio y, por eso, rara vez la acompañaba. Pero a veces algún contratiempo hacía que cambiara los horarios y, en lugar de acudir a nuestra cita habitual con Ricardi, nos encontrábamos con Juarez. Era un tipo bajito, morocho, enérgico, que hablaba muy rápido y tenía un trato petulante con la gente que nos atendía. Pero cuando hablaba con Yiya parecía como reblandecido, daba la impresión de que mi madre ejercía sobre él una enorme influencia. Una vez hablé de papá delante de ese señor, y él rápidamente replicó: “No, Martín, papá soy yo”. No entendí de qué hablaba y como no me gustaba lo que estaba diciendo hice como que no lo había escuchado. Pero la duda me quedó. Después, cada tanto, ese “papá soy yo” me sonaba una y otra vez dentro de la cabeza. ¿Qué había querido decir? Por suerte no me parecía a él en lo más mínimo, así que por ese lado mi preocupación encontraba sosiego.

En una ocasión Enrique Juarez nos llevó a ella y a mí a Córdoba; otras veces íbamos a un sitio en Pilar llamado Hostería del Caballito Blanco. Durante esas salidas Juarez y mi madre compartían una habitación matrimonial y actuaban como si fueran una pareja constituida. Esta situación ponía muy contento a Juarez que no perdía ocasión para mencionar a “su señora”, aun cuando no fuera necesario. Se veía que para él ser el marido de Yiya era como tocar el cielo con las manos, tan grande era su entusiasmo. Cuando llegaba el día en que teníamos que volver a Buenos Aires, Juarez se deprimía y casi no hablaba. Mi madre se divertía tanto con sus entusiasmos como con sus depresiones. Parecía que no le importaba mucho lo que le sucediera.

—No te pongas así, Quique —decía Yiya.

—Prefiero no hablar.

—¡Pero, vamos! ¡No seas pelotudo!

—¿Cómo me decís eso?

—Es que yo también estoy mal —respondía mi madre y le hacía un guiño a María Sandoval, la empleada doméstica que nos acompañaba, o a mí.

—¿Vale la pena vivir así?

—Así ¿cómo? —le preguntaba Yiya con malicia.

Pero delante de mí, Juares no podía profundizar en el tema. No sé qué le diría cuando se quedaban solos ni qué le contestaría Yiya. En mi presencia mi madre parecía divertirse bastante con los estados de ánimo de Juares.

A esa altura yo me había habituado a ver a mi madre representar el papel de la esposa de un hombre que no era Antonio Murano. Sospechaba que algo anormal estaba sucediendo, pero mi madre lo hacía con tanta naturalidad que yo terminé por no darle mayor importancia.

No siempre Yiya acertaba en la combinación de los horarios. Una mañana, llegamos a la confitería donde nos encontrábamos con Ricardi y vimos, desde lejos, que estaba discutiendo acaloradamente con Juares.

—Usted se está aprovechando de una situación —decía Juares.

—No se meta en lo que no le importa —respondió Ricardi.

A pesar de que era más bajo y contaba seguramente con menos fuerza, Juares era el más belicoso. Hablaba poniéndose en puntas de pie y echando el cuerpo hacia adelante. Parecía a punto de agredir a Ricardi.

—No se me ponga tan encima —dijo Ricardi.

Juares intentó empujarlo y Ricardi lo hizo a un lado con un manotazo. Se veía que Ricardi no quería pelear ni discutir con Juares porque esperó que se recuperara y le pidió disculpas.

—¡Ya vas a ver! ¡No me conocés! —gritó Juares antes de encaminarse hacia la puerta.

A una prudente distancia los mozos habían seguido el incidente, dispuestos a intervenir si la cosa pasaba a mayores. Más lejos, mi madre dudaba entre salir inmediatamente o quedarse, a riesgo de que la vieran, para no perder detalle de la pelea. Al final optó por salir rápidamente. Ese día la cita de la mañana se había arruinado irreparablemente.

Juares y Ricardi hacían muchos regalos a mi madre, casi siempre en efectivo. Quizá por eso Yiya me decía a menudo: “Martín, sé siempre agradable con ellos, solo con ser simpático no sabés todo lo que les podés

sacar; sé vivo”. Uno de los recuerdos más desagradables de mi infancia —y tengo muchos— fue el tiempo que debí compartir con esos hombres.

Juares era a su vez casado y tenía un hijo adoptivo. Según él no había podido tener hijos biológicos “por culpa” de la esterilidad de su esposa. Siempre echaba pestes contra esa mujer delante de Yiya y de mí. Me asombraba que insistiera tanto en el asunto y que llegara a decir que su mujer era una “negra de mierda” que estaba muy feliz con el “negrito” que había adoptado y que él no podía ni ver. Curiosamente el hijo de este hombre tenía mi misma edad y también se llamaba Martín. Juares no quiso dar su apellido al niño adoptado y lo había inscripto con el de su mujer. Siempre me comparaba con aquel chico, decía que yo era “bueno” y el otro “un asco”. Como se ve, víctimas y victimarios abundan y abundarán en esta historia, a veces hasta se confunden unos y otros.

Juares decía a su esposa que Yiya era una antigua amiga familiar, pero la mujer no digería esos cuentos y nos odiaba profundamente a mi madre y a mí, sin que yo entonces entendiera por qué. Cuando el hijo de Juares cumplía años íbamos a la fiestita que daba en su casa. En esas reuniones, a las que asistían no más de diez personas mayores y unos cuantos chicos, Yiya era el centro de todas las miradas. Casi siempre se vestía de manera llamativa, con colores fuertes. Pero además hablaba y se movía con total dominio de la situación y llegaba incluso a dar órdenes a la mujer de Juares, quien, de mala gana y odiándola, hacía lo que mi madre decía. Juares la miraba embobado y estaba siempre listo para festejar cualquiera de las ocurrencias de Yiya.

Yo tenía 10 años cuando Juares desapareció de nuestras vidas. Recuerdo que mantuvo algunas discusiones con mi madre que, en mi presencia, adoptaban una forma entrecortada y poco comprensible, aunque yo a esa altura ya me había transformado en un experto en descifrar las claves que utilizaban.

—Nos estamos perjudicando ambos —le decía Juares.

—Cuando hiciste la inversión no tenías tantas pretensiones.

—Yo siempre quise el 100% del paquete accionario, Yiya. Y vos lo sabés. Tengo proyectos.

—Las acciones no están en venta, Quique, no insistas.

- Si es así, me veo obligado a vender mi parte.
- Hacé lo que quieras, me tenés cansada.
- Después, no me pidas que las vuelva a comprar...
- Vendé, nomás, me tenés harta.
- El 100% o nada.
- Vamos, Martín.

Después de un período de tensión en el que este tipo de conversación se repetía una y otra vez Juares decidió vender sus acciones, es decir, dejó de verse con mi madre de quien reclamaba una exclusividad que hasta yo consideraba absurda. Dos años después Juares reapareció en casa de mi abuela materna y toda la historia se repitió.

El otro amante, Julio Ricardi, tuvo más perseverancia: nunca desapareció y no lo haría hasta el final, cuando todo el asunto lo devoró también a él.

Yiya comenzó su relación de amante con Ricardi cuando ya estaba casada con mi padre. Ricardi era un médico que nunca había ejercido su profesión y tal vez no fuera rico, pero su dinero alcanzaba en aquellos tiempos para que mi madre lo tuviera en gran consideración. A diferencia de Juares, Ricardi venía a nuestra casa. Al principio, Yiya y su amante aprovechaban las ausencias de mi padre para esas visitas, y se me prohibía de manera terminante que hablara de ellas. Yo obedecía porque tenía mucho miedo a lo que sucedería si mi padre se enteraba de esos encuentros. Pero ese silencio me hacía, aunque involuntariamente, cómplice de Yiya por lo que me sentía yo también culpable y en falta. Me costaría años darme cuenta de que yo nada tenía que ver con lo que mi madre hiciera o dejara de hacer o con la manera en que se relacionaban mis padres. Por entonces me sentía agobiado por el comportamiento de mi madre.

En una ocasión, al enterarse por una vecina de que mi padre regresaba imprevistamente, Ricardi salió con premura y se ocultó en las escaleras del edificio. Luego de cerrar la puerta Yiya se quedó inmóvil y en silencio, atenta a los ruidos que venían del palier.

—¡Quietos! —nos ordenó con un susurro a María Sandoval, la encargada de cuidarme, y a mí.

Enseguida se oyó la puerta del ascensor y los pasos de Antonio que se acercaba a la entrada de nuestro departamento. Rápidamente Yiya se sentó y empezó a hojear una revista al tiempo que nos hacía señas con la cabeza como para que dejáramos de quedarnos allí parados sin hacer nada. Cuando mi padre introdujo la llave en la cerradura, María ya estaba en la cocina. Yo me había quedado donde estaba, de pie frente a la puerta y angustiado porque si bien por un lado no quería que mi padre se encontrara con Ricardi, por otro, tenía ganas de sacarme el peso de encima y contarle lo que estaba sucediendo. “¿Por qué no?”, pensé en ese instante. Por qué no decirle: “Mirá, viejo, hasta hace un minuto había un tipo acá que cuando supo que vos entrabas salió para esconderse en las escaleras, ¿querés que vayamos a ver si todavía está ahí?”. Quizá fuera la manera de poner las cosas en orden de una vez por todas. Estaba por tomar una decisión cuando se abrió la puerta.

—¡Papá! Lo que pasa es...

—¡Antonio! ¡Qué alegría que hayas venido a esta hora! ¡Mi vida! ¡Por qué no puedo tener esta felicidad todos los días! ¡Por qué sos tan ingrato con esta mujer que solo piensa en vos!

—¡Yiya! ¡Qué recibimiento! Bueno, no es para tanto —dijo Antonio con los ojos brillantes y una sonrisa de satisfacción.

Mi madre lo abrazó y le tomó la cara con la manos.

—Vení, vamos a prepararnos algo para tomar.

—Pero ¿qué pasa? ¿Argentina año verde?

—No, Antonio. Lo que pasa es que necesitamos estar más tiempo juntos. Hace un rato estaba pensando que no podemos dejar que los mejores años de nuestro matrimonio se nos vayan sin que nos demos cuenta.

—En eso te doy la razón.

—Tenemos que disfrutar más, aprovechar lo que tenemos.

Dicho esto, Yiya miró a su alrededor. Entonces su mirada encontró la mía. Fue un instante. Pero le alcanzó para saber que no la delataría. La alegría de mi viejo me había desarmado y me había devuelto a la confusión en la que vivía desde que era chico.

Tras ese incidente Yiya cortó por lo sano: decidió que su marido y su amante debían conocerse, y los presentó. Antonio Murano escuchó y creyó

la siguiente historia: Ricardi había sido novio de una prima mía de 22 años (él tenía 60) y después se había hecho amigo de la familia. Si hubiese tenido más memoria, quizá mi padre hubiera recordado que ese hombre que le presentaban en su casa había estado, veinte años antes, en el barco donde él y su esposa habían viajado de luna de miel...

A partir de entonces Ricardi no tuvo ya necesidad de esconderse. Venía a nuestra casa seguido. No solo por las tardes. También empezó a venir a cenar de vez en cuando porque había simpatizado con mi padre. A veces se entusiasmaba en alguna conversación con Antonio y la dejaba de lado a Yiya. Entonces mi madre decía que tenía sueño y que se quería ir a dormir. En una ocasión recuerdo que Ricardi y mi padre se fueron a tomar algo solos para seguir conversando.

A menudo Ricardi hacía regalos a Yiya; por ejemplo, le daba cigarrillos importados, cosas simples y muchas veces plata para que tuviera, para hacer compras o salir a comer. También supe que muchas veces la hermana de mi madre le pedía dinero y él accedía a darle alguna ayuda.

Ricardi vivía con su madre en un departamento antiguo que estaba totalmente desarreglado. Si mal no recuerdo, ese departamento tenía ocho dormitorios, jardín de invierno y demás. Yiya me llevó muchas veces a su casa. Era un tipo raro, siempre usaba la misma ropa, tenía tres o cuatro equipos, todos exactamente iguales.

Había entonces demasiadas cosas que me resultaban incomprensibles. Por ejemplo, no entendía por qué, si Ricardi venía a casa casi todos los días, de todos modos mi madre volvía a verlo por las mañanas en una confitería. Tampoco me explicaba por qué Yiya usaba en una mano su alianza matrimonial y en la otra un anillo de plata idéntico a uno que usaba Ricardi, hombre soltero. Tampoco por qué él, si vivía con su madre en un departamento enorme, había comprado otro departamento a solo dos cuadras de distancia. Según Yiya, Ricardi usaba ese segundo departamento para recibir a sus amigos, que estaban muy agradecidos por contar con ese lugar. A tal punto que una de sus “amigas”, mi madre, se había tomado el trabajo de elegirle todo el mobiliario.

Durante las vacaciones de verano María viajaba con nosotros a Mar del Plata donde ocupaba una habitación de nuestro chalé. No era la única persona de nuestro entorno que para esa fecha estaba en la “ciudad feliz” ya que Juarez, el “viejo amigo familiar”, también se trasladaba allí para su descanso veraniego.

Con frecuencia, mientras mi viejo dormía la siesta, mi madre me llevaba al parque Camet para alquilar caballos, y siempre aparecía este señor jugando con su hijo Martín, el “negrito” al que siempre se refería con desprecio. Yiya y Juarez aprovechaban estos encuentros para dejarnos con María, que también iba con nosotros. No los veíamos por el resto de la tarde. A veces Juarez me dejaba tomar el volante de su camioneta, una Falcon Rural roja, para que aprendiera a manejar. Yo, que por entonces tenía 8 o 9 años, no podía hacer mucho, pero llevar el volante me parecía una aventura extraordinaria. El otro Martín no podía acceder al mismo privilegio. Recuerdo que lloraba en silencio para que Juarez no lo retara.

—¡No es para vos! Él es un invitado —le decía Juarez, pero el pobre no se conformaba.

De regreso, mi madre me hacía siempre la misma advertencia:

—Ni se te ocurra contarle a tu padre y menos decirle que estaba Quique. Ya sabés lo amarrete que es con la plata y va a decir que te doy todos los gustos, que estoy criando a un criminal.

Creo recordar que ya por entonces estaba convencido de que había algo que no estaba bien en el comportamiento de mi madre, aunque todavía no estaba en condiciones de precisar qué.

Las salidas con mi madre eran bien diferentes de los paseos con mi viejo. Con mi padre la cosa era colectivo, cancha, pizza y barrio; con Yiya, taxi, confiterías y restaurantes. Será por eso que hasta hoy amo la pizza y el fútbol, me desagradan los restaurantes y siento fastidio al subir a un taxi.

Entre mis padres había muchas otras diferencias. La más notable era que mi padre odiaba la mentira, predicaba contra ella y jamás, que yo sepa, dijo ninguna. Ironía triste para un hombre que vivía escuchándolas.

Los domingos por la mañana eran de misa y sermón, y todos comulgábamos salvo Yiya, quien alguna vez dejó entrever que había tenido

problemas con la Iglesia, tal vez una excomunión, aunque de esto último no estoy seguro.

Los sábados por la noche mis padres salían juntos. Yo me quedaba en casa con María. Pasábamos todo el tiempo mirando televisión. Todavía hoy podría contar con detalle algunas de las películas proyectadas en *Hollywood en castellano* y sobre todo las de terror que venían después. Mis padres concurrían casi siempre en esas noches a los mismos restaurantes y luego iban al teatro de revista con la misma regularidad con la que asistirían a misa la mañana siguiente. Para estas funciones mi madre decía conseguir entradas de regalo que en realidad compraba sin que mi padre lo supiera. A Yiya le encantaban los chistes verdes que escuchaba en esas funciones y, a menudo, contaba a sus amigos los que le resultaban más graciosos (no le molestaba decir malas palabras, es más, parecía disfrutar un poco al pronunciarlas). Por sus comentarios, se veía que sentía algo de envidia por las vedettes, a las que siempre encontraba defectos e imperfecciones. Cuanto más famosa era la estrella del espectáculo, más insistía ella en hacer notar su “talle corto” o sus “orejas acampanadas”. También decía que con las operaciones que se hacían esas mujeres era muy fácil tener cuerpos tan atractivos. Antonio no la contradecía. La acompañaba al teatro de revista, que no sé si le gustaba, y después asentía cuando ella se la agarraba con las artistas. Sin embargo entre Yiya y mi padre no faltaban roces, sobre todo porque el viejo le criticaba sus costumbres —por lo menos, las que él conocía—. Ellos discutían por el despilfarro de plata, por las salidas de Yiya, que nunca era capaz de quedarse en casa, y porque ella nunca se ocupaba de mí. Antonio llegó a conocer a Juarez y a Ricardi y no veía lógico que mi madre se viera tan seguido con ellos. Varias veces la acusó de haberse acostado con ellos, sobre todo con Ricardi, pero ella lo negaba y mi padre terminaba cediendo.

Además de las relaciones que mantenía con Juarez y con Ricardi, Yiya se veía de manera esporádica con otros hombres. Solo conocí a algunos de ellos. Sin duda el más importante fue Julián McEntry, un ejecutivo que, según pude reconstruir muchos años después, era uno de los hombres que

Yiya veía poco antes de que yo naciera. Pero esa historia merece un capítulo aparte.

Yiya es madre

Cumplidos los trece años de casados mis viejos estaban prácticamente resignados a no tener hijos. Si bien los innumerables análisis realizados por ambos no proporcionaban datos suficientes como para descartar definitivamente esa posibilidad, tenían pocas esperanzas.

Para mi padre, un hijo era la certeza de poder contar con la “continuación de su vida”. Aquel instintivo deseo paternal que no había podido ser satisfecho en la figura de un hijo halló un reemplazo en su sobrino, el hijo de la hermana de mi madre, mi primo Roli. Mi viejo era muy afecto a excursiones, visitas guiadas y conferencias, y al fin se vio acompañado por Roli: alguien joven, alguien a quien poder transmitir cariño y experiencia de manera descendente.

Cuando el “hijo adoptivo” parecía la única posibilidad que tenían los Murano, un buen día, al llegar del trabajo, Antonio fue sorprendido por una noticia.

—Gordo, en nueve meses vas a ser papá —le dijo mi vieja antes de darle el beso de bienvenida.

Por un momento todo el mundo quedó detenido allí mismo. Según me contaría más tarde, la novedad le causó una profunda emoción. Delante de sus ojos comenzaron a pasar todas aquellas imágenes que siempre lo habían obsesionado. Sus ruegos habían sido escuchados y ahora, finalmente, era verdad. Sería padre, un verdadero padre.

Después de pasar por todos los abrazos, promesas e infinitas demostraciones de amor hacia su esposa, mi padre fue sorprendido por la noche. En la pequeña cocina de su departamento, el mate y el cigarrillo fueron más que suficientes a la hora de las reflexiones.

Nunca se había imaginado cómo sería cambiar pañales o levantarse de madrugada para calmar un llanto. Y ahora que le llegaba la oportunidad ya no era tan joven: tenía 50 años. ¿Cómo era posible que después de trece años y un sinnúmero de vanos intentos, todo sucediera así,

inesperadamente? Sin embargo, Dios así lo había querido y una simple cuestión de edad no se interpondría entre él y su felicidad.

De improviso lo asaltó una idea y corrió a compartirla con su mujer:

—Vieja, vieja... despertate.

—¿Qué... qué pasa? Son... son las tres de la mañana.

—Bueno, disculpame, pero estaba pensando que ahora vamos a ser tres y el departamento va a quedar chico ¿Qué te parece si...?

—¡Dejate de joder! Sabés muy bien que si yo no vivo en el centro, no vivo en ningún lado y basta.

—Hum, dormí tranquila y mañana lo hablamos, “mamá”.

Por esos días, Yiya se encontró con Enrique Juarez. A poco de iniciada la conversación, Yiya le pidió que le prestara atención porque tenía que decirle algo muy importante.

—Vamos a tener un hijo —le dijo.

—Qué... no puede ser ¿estás segura?

—Estoy embarazada y vos sabés que mi marido es estéril. No queda otra.

—¿Y qué pensás hacer?

—Mi fe católica no permite otra decisión que la de tenerlo. Pero no te preocupes, le dije a Antonio que es el hijo que tanto esperaba.

—¿Sin consultarme?

—¿Qué pretendías?

Juarez tardó en responder. Desde hacía casi veinte años Yiya era el amor de su vida. Había querido casarse con ella cuando la conoció. Había soportado durante años que lo relegara como consecuencia de su matrimonio con Antonio Murano con quien —él lo sabía mejor que nadie— no era ni había sido feliz. Ahora la naturaleza se había inclinado a su favor, el cuerpo de Yiya había sido fecundado por él, por la pareja que correspondía. ¿Por qué no poner de una vez por todas las cosas en su lugar?

—No podés hacerme esto.

—¿Hacerte qué?

—Es mi hijo.

—Es lo que te estoy diciendo.

—¿Por qué entonces vas a decir que es de tu marido?

—Por ahora, conformate con ayudarme para que esté bien. Más adelante, veremos.

—Más adelante no, Yiya, este es el momento de tomar una decisión.

Yiya lo dejó sin respuesta. Se levantó de la mesa que compartían en una confitería céntrica y se fue. Juares se quedó mirando el mantel.

Días después fue el turno de Julio Ricardi. Sentados a una mesa de la misma confitería en que había tenido lugar el encuentro con Juares, Yiya habló esta vez sin hacer ninguna advertencia.

—Julio, no sé cómo sucedió, pero estoy embarazada.

—¿Ah sí?

—Esto es en serio, Julio, me dejaste embarazada.

—Dejate de macanas, Yiya.

—En pocos meses te vas a dar cuenta de que te digo la verdad.

—...

—No te preocupes, no necesito nada.

—...

—Antonio está contentísimo. Para él, es el hijo que tanto esperaba.

—Bueno, me alegro. Felicitaciones.

—Gracias y disculpame. Pero tuve la necesidad de que supieras la verdad...

—Está bien, está bien.

—...para que no te olvides del favor que me debés. No me digas que no te saqué un flor de peso de encima.

Ricardi sonrió, cosa que rara vez sucedía. No había dudas de que Yiya era la mujer más intrigante que había conocido y esa particularidad suya la hacía aun más atractiva. Resulta que ahora iba a usar el nacimiento de un hijo para pedirle algo. En el fondo daba lo mismo y lo último que él quería era enterarse de quién era el verdadero padre.

Finalmente Yiya llamó a una conocida empresa multinacional y pidió por Julián McEntry, uno de los gerentes.

—Hola, Juan, habla Yiya.

—Te pedí que no me llamaras aquí.

—Tengo algo muy importante que decirte.

—No insistas, Yiya, creo que no tenemos nada más que decirnos.

—¿Ah no? ¿Vos te creés que me vas a hacer un hijo y te vas a borrar como si nada?

—¿De qué me estás hablando?

—Me gustaría que habláramos personalmente de este asunto.

McEntry colgó. A los pocos días Yiya lo volvió a llamar.

—El señor McEntry está en una reunión —le dijo una secretaria con voz cortante.

Esa tarde Yiya llamó por lo menos cuatro veces. En todos los casos, recibió la misma respuesta. Dejó pasar dos días y volvió a llamar. Esta vez modificó su voz y dijo ser la secretaria de un ejecutivo de una empresa que tenía vinculaciones con la multinacional para la que trabajaba McEntry.

—Hola —dijo McEntry.

—No podés hacerme esto.

Cuando reconoció la voz, McEntry colgó una vez más.

A los pocos días de recibir la noticia del embarazo de Yiya, Antonio fue a visitar por su cuenta varios inmuebles. Ya en su despacho confeccionó una lista con los que a su criterio serían los más apropiados.

De regreso a su casa se encontró con que su mujer no estaba y se limitó a esperarla mientras estudiaba su lista, que luego quedaría reducida a solo tres posibilidades.

Pasadas las diez de la noche sintió las llaves en la puerta de entrada y algo alarmado preguntó a Yiya:

—¿Dónde estuviste? Es tardísimo.

—¿Y qué querés? Tenía que darle la noticia a mi hermana —respondió con aires de ofendida.

—¿Pero cómo, no se la habías dado ayer?... Bueh, no importa, vení que tengo algo que mostrarte —le dijo.

Tras una pequeña discusión resolvieron dejar para ese sábado por la tarde la recorrida por las tres posibles oportunidades.

Los dos primeros departamentos quedaron descartados, uno por no tener cocina a gas y el otro porque no era todo lo luminoso que se esperaba; pero el tercero, ese sí que era diferente. Tenía tres amplios ambientes, un living

en forma de L con un gran ventanal sobre la avenida, cocina-comedor, sala de estar y dependencias con entrada de servicio.

Mi padre, que había advertido la poca predisposición de Yiya para mudarse, ahora se preguntaba qué tendría que objetarle. Pero esta vez, viéndola entusiasmada ante el vendedor, pensó que la operación sería un hecho. Sin embargo, finalizada la inspección, mi madre agradeció al empleado de la inmobiliaria, manifestó que no tenía interés en la propiedad y se retiró seguida por papá, que esta vez no entendía absolutamente nada.

—¿Qué pasa, no te gustó este tampoco? —le preguntó impaciente apenas bajaron a la calle.

—Mirá, ¿no te das cuenta en qué calle estamos?

—Sí, Pueyrredón ¿y qué tiene?

—¿Cómo qué tiene? Es barrio de judíos.

En ese instante mi viejo comprendió que cualquier intento de tomar la iniciativa sería completamente inútil. Y se resignó a seguir, una vez más, las indicaciones de Yiya.

Los días de embarazo transcurrieron en un marco de aparente normalidad, solo perturbados por algún momento de histeria que Antonio atribuía al estado de su mujer. Como suele suceder, los nueve meses parecieron nueve años, hasta que por fin los primeros dolores aparecieron. A las nueve de la noche del 30 de enero de 1966 mi viejo se encontraba listo para salir hacia la clínica y ayudaba a Yiya en los últimos preparativos.

—Putá madre, cuando se necesita un taxi nunca hay uno —protestó Antonio, mientras aguardaban en la puerta del edificio.

—Cálmate querés. Me estás poniendo más nerviosa de lo que estoy y... mirá ahí hay uno libre —le dijo Yiya.

Durante el viaje hubiera sido imposible contar la cantidad de cigarrillos consumidos, pero eso no importa, la clínica ya estaba allí.

Hasta las once cuarenta y cinco todo fue incertidumbre. De repente Antonio supo que su mujer había sido trasladada a la sala de partos. A partir de entonces las agujas del reloj de la sala de espera parecieron confabularse para avanzar de un modo exageradamente lento, casi enfermante. Cuando solo habían transcurrido cinco minutos del nuevo día y quince minutos

después de que comenzara el trabajo de parto, un médico salió al encuentro del nervioso marido.

—¿Qué pasó, algún problema? —preguntó Antonio.

—No, doctor, lo felicito, acaba de ser padre de un enorme varoncito, muy apurado por salir. Los dos están perfectamente.

Un suspiro de alivio marcó el fin del cigarrillo y de la espera. Ya no había conjeturas ni ilusiones, en ese momento era realidad.

—¿Cuándo puedo verlo, digo verlos? —se apresuró a preguntar mi viejo.

—En un ratito los trasladamos a la habitación —le contestó el médico y regresó a la sala de partos.

Las dos mesas de luz cubiertas de flores y el matrimonio sentado en la cama fueron el recibimiento para esa criatura que acababa de llegar.

Mi padre me sostuvo entre sus fuertes manos y, orgulloso de sentir que yo era su vivo retrato, se dirigió hacia la reciente madre.

—Nació Martín. ¿Qué te parece si de segundo nombre le ponemos Antonio? Como yo...

—Como quieras, pero... Antonio no es muy lindo nombre —respondió Yiya pensativa, luego afirmó:

—Está bien, no es lindo, pero es tu nombre.

Mi viejo me abrazó con fuerza y en ese instante se juró que nada ni nadie lo separaría de mi lado.

Pasadas las rigurosas cuarenta y ocho horas correspondientes a la internación, madre e hijo se retiraron a su domicilio. Durante los primeros días tanto parientes como vecinos y amigos fueron a conocer al recién nacido. Todo en ese momento era alegría y satisfacción. Un nuevo Murano se había incorporado definitivamente a la familia.

Uno de los visitantes tuvo la ocurrencia de sugerir que ese bebé tal vez no sería el único, sino el primero. El comentario recibió como respuesta la amplia sonrisa de mi padre y un gesto de asentimiento.

—Ni loca, ¡pasar por esto otra vez...! —se interpuso Yiya enérgicamente.

Esta interrupción modificó la expresión de Antonio.

—Y sí, yo ya no soy un chico. Bastante va a ser cuidar a uno —agregó para justificar la actitud de su mujer.

Una vez que estuvieron solos, observando el moisés, mi madre compartió con su marido varias dudas.

—Criar a un chico es difícil, vos trabajás y yo tengo cosas que hacer —dijo.

—Mirá, es mejor que al nene lo cuide su madre y no otra persona. Aparte... —trató de opinar Antonio.

—¡No, imposible! Vamos a tener que tomar una mujer para eso. Yo no voy a estar cambiando pañales ni corriendo cada vez que llore.

La posición de mi madre, finalmente aceptada por Antonio, tuvo como consecuencia la contratación de una señora, María Sandoval, oriunda de Río Negro, que trabajaba con cama adentro en casa de mis tíos. En nuestra casa las condiciones de contratación fueron similares, y ahora el departamento resultaba más que chico pues éramos cuatro personas en dos ambientes. Pero ni siquiera en esas condiciones Yiya consideraba la posibilidad de mudarse.

Quizá por asociación de ideas, y luego por afecto, yo no tenía muy claro al principio a quién pertenecía el título de madre. No pasó mucho tiempo para que lo aplicara también a María Sandoval, a quien a menudo llamaba “mamá”. A Yiya parecía no importarle demasiado esta confusión.

Por ser alguien leal y de confianza, Yiya encontró en María a la persona ideal para que se ocupase de mí. María jamás hacía comentarios en presencia de mi padre sobre lo que oía o veía y además se las ingeniaba para que mi madre no tuviera obstáculos para seguir con su vida privada. María parecía de una inocencia casi infantil, jamás demostraba sospechas de que le dijeran alguna mentira ni tampoco parecía entender el doble sentido con que su patrona le hablaba.

Con el transcurso del tiempo mi madre llegó a confiar tanto en María que se decidió a llevarla para que me “cuidara” durante las vacaciones de una semana que pasamos en Córdoba con Enrique Juares. La excusa ante mi viejo fue casi rutinaria. “Me voy a Córdoba con mi hermana”, había dicho. ¿Quién podía sospechar si los acompañantes eran el hijo de 7 años y la mucama?

Hoy me pregunto hasta dónde llegaría la inocencia de María puesto que no le pareció extraño que Yiya y Enrique Juarez compartieran la misma habitación del hotel...

“¡Sé vivo, Martín!”

Mi madre hacía ostentación de solidez económica y también de cuidados casi obsesivos hacia mí; esto último solo sucedía cuando teníamos testigos: jamás me prestaba atención si no había alguien mirando.

La ostentación se basaba por lo general en la manera de gastar el dinero. Yiya estaba acostumbrada a manejarse con una buena cantidad de efectivo en la cartera, montos que utilizaba despreocupadamente para comprar cualquier cosa de manera inesperada o invitar a gente que apenas conocía. Daba la impresión de que el dinero no tenía para ella ninguna importancia, que no lo necesitaba, y despreciaba a la gente que se cuidaba de gastar. También le gustaba aparentar. Recuerdo que a menudo le agregaba dos ceros a la contribución que hacía a la Cooperadora de mi escuela, que era estatal, y sostenía que ese era el monto de la cuota del exclusivo colegio privado al que yo concurría. Esa inclinación a ostentar tenía sin embargo sus límites. Mis juguetes y mis ropas, por ejemplo, siempre fueron elegidos entre los más baratos. Y para mis primeras salidas solo podía disponer de un poco menos de lo justo. Yiya siempre decía que no tenía dinero y mi padre pensaba que se podía bailar, tomar una copa, comer pizza y hasta salir con chicas sin que eso demandara más gasto que unos pocos centavos.

En esa misma época en la cual yo contaba monedas y vestía lo comprado en liquidaciones, mi madre vestía con ropas de primera calidad a mis primos, sus sobrinos. En una ocasión mi madre tuvo que reponer mis zapatillas gastadas y me compró un par de las más baratas que encontró, muy feas. En esa misma salida de compras, adquirió para mi primo un par de mocasines de hilo, lo más cheto que se encontraba en plaza en aquel momento, y también lo más caro.

Olga, la madre de mis primos y hermana de Yiya, era tan ansiosa como mi madre. Deseaba intensamente todo lo que creía que podía estar a su alcance. Nunca se la veía tranquila ni conforme. Como Yiya, a quien se parece mucho físicamente, pasaba rápidamente de un objetivo a otro,

siempre con el mismo frenesí. Estaba casada con un abogado sin ingresos, y frecuentemente recibía ayuda económica de mi madre. Cuando el menor de mis primos cumplió 18 años y el mayor tenía 21 o 22, mi madre les regaló un Peugeot 404 celeste. Ellos tenían ahorrada una pequeña parte y ella puso el resto.

Yo no entendía entonces esa preferencia por mis primos, especialmente por uno de ellos, nueve años mayor que yo; creo que ni siquiera la entiendo del todo ahora. Solo recuerdo que a mí me costaba muchísimo pedir cualquier cosa, y que a él le daban muchísimo más sin que pidiera nada.

Mi tío, el abogado sin casos que atender, tenía un Rambler Classic Ambassador de color rojo que estaba en muy malas condiciones. Cuando Yiya aprendió a manejar, le propuso a mi tío que compartieran el uso del Rambler a cambio de que ella lo hiciera arreglar y le pagara el equivalente a la mitad del valor del auto. Se pusieron de acuerdo. Pero cuando el auto estuvo en condiciones, mi tío decidió venderlo. Nunca reconoció lo que Yiya había puesto ni ella tampoco se hizo demasiado problema.

Con el correr del tiempo Yiya se sintió cada vez más presionada por su hermana y su cuñado. Ya no se trataba de pedidos, eran exigencias de dinero que le formulaban de continuo. Mi madre se creía obligada a mantener a su hermana. ¿Por qué? ¿Quería comprar el silencio de alguien que conocía su vida? ¿Influían en esas actitudes cosas de la historia de ambas? Puede ser, ya que mi madre a veces se encontraba con Juarez en casa de mi tía. Lo cierto es que Yiya actuaba bajo una intensa presión.

A falta de otra cosa, Yiya me daba muchos consejos: “Sé como Fulano o Mengano” (siempre algunos de mis compañeros del club o del colegio), “esos son más vivos”. Pero yo, que era testigo de su manera de afrontar la vida, sentía una gran desconfianza hacia lo que me decía e identificaba el “ser vivo” con todo lo que detestaba. Esas palabras, “vivo” o “sé vivo”, todavía me hacen ruido...

Los cuidados de Yiya casi siempre tenían forma de reproche. Me reprochaba, por ejemplo, que fuese gordo (lo fui hasta los 12 años, pero esa es otra historia). Un chocolate en mi mano provocaba un grito de ella: “¡Tirá esa porquería, que te enferma!”. Como tales cuidados se prodigaban especialmente en público, algunas personas me empezaron a tratar como si

tuviera problemas físicos serios. Además Yiya contaba a todo el mundo que ya me había llevado a una docena de médicos. Tal vez por eso me gusta mucho el chocolate y hoy disfruto tanto cada barrita.

Aquellos consejos de mi madre me sirvieron. Tenía ante mis ojos las cosas a las cuales ella llamaba “viveza”. Por ejemplo, mentir a todos sobre una posición económica que no tenía, engañar a mi padre, tener siempre cosas que ocultar. Todo eso era “viveza” y yo ya estaba seguro de que no quería ser “vivo”. Por eso siempre creí que tenía que actuar de otra manera. Yiya se fue transformando en el ejemplo de lo que no debía hacer y a menudo encontré respuestas válidas haciendo lo contrario de lo que hubiera hecho ella. No crearme superior a los demás, ser consciente de que el dinero hay que usarlo con prudencia, fijarme objetivos a largo plazo fueron todas enseñanzas que tomé por oposición a lo que Yiya hacía. Otra cosa que debo a mi madre: ella odiaba los deportes y gracias a eso yo me hice atleta y encontré una profesión que me apasiona.

De todos modos, no era fácil la vida. Tuve una infancia sin amigos porque Yiya los corría. No me permitía vincularme con muchos de mis compañeros de colegio porque le parecía que eran pobres. Ella pretendía hacer una selección rigurosa de mis amigos según la posición social y económica de sus padres, pero yo iba a un colegio que no daba para tantas pretensiones. Al final, ninguno le venía bien.

Mi padre disfrutaba del fútbol. Solíamos ir a la cancha a ver a San Lorenzo (mi abuelo paterno fue socio número 200 del club, y Antonio Murano integró varias veces la Comisión Directiva).

Allí comencé a jugar básquet, y mi viejo alentaba esa actividad mía. En cambio no compartía mi gusto por las artes marciales, y hasta se descompuso en una final de taekwondo que resultó especialmente violenta.

Tenía 8 años cuando mi padre me llevó a ver una película en la que Belmondo se arrojaba al agua desde un helicóptero. Al salir le pregunté si en verdad era una persona la que caía al agua en la película. El viejo me contestó que sí, pero que no era Belmondo, que usaban un doble. Al notar mi interés me contó que en las películas usaban personas especialmente entrenadas que reemplazaban a los actores en escenas difíciles, como la del

helicóptero que habíamos visto. Corrí a contar la novedad a otros chicos, les conté también que había descubierto que los luchadores de *Titanes en el ring* no se pegaban de verdad. Me había nacido una especie de obsesión por la cuestión de los dobles, por conocer los trucos de cámara que nos hacían ver maravillas.

Algo de eso practicaba durante los veraneos en Mar del Plata donde parábamos siempre en el mismo chalé, una casa de dos pisos y siete habitaciones que mi padre había heredado de mi abuelo Rafael y cuyo uso compartía con sus dos hermanos. Ya adulto me he parado alguna vez frente a la puerta de aquella casa que me hace evocar mis antiguas correrías, los fantasmas que inventaba para jugar en soledad, los desafíos que yo mismo me imponía y, sobre todo, mi costumbre de saltar por los techos cuando nadie lo advertía. Allí tenía el tiempo y la tranquilidad necesarios para dedicarme a soñar sobre mis decisiones futuras.

Como no contaba con la compañía de otros niños, creaba amigos imaginarios con los que buscaba emociones en audacias inventadas, en monstruos fantásticos que debía vencer luego de hacer frente a mil peligros. El enemigo que debía destruir en aquellos juegos era siempre yo mismo. Solía deslizarme por una baranda de caños e imaginaba que tenía treinta pisos debajo de mí. Por suerte nunca los juegos de la imaginación se confundieron con la realidad, nunca perdí de vista el límite que señalaba el comienzo de la fantasía ni dejé de saber dónde estaba lo real. Prueba de eso es que estoy vivo. Colgarme de una soga cabeza abajo, buscar el peligro o imaginarlo, caminar por una línea trazada en el piso pensando que era una cuerda tensada sobre una catarata, en fin, ese contacto vital con la posibilidad de la muerte fue consolidándose en mí en aquellos días. Me fascinaban el Zorro, Batman y Superman simplemente porque podían hacer cosas excepcionales, y yo también quería hacer lo que estaba vedado a casi toda la gente.

En aquellos tiempos mi padre me regaló un juego de química y yo me dediqué a buscar las combinaciones que iría a aplicar alguna vez. Así, a los 8 o 9 años, sin que nadie lo supiera aprendí a prenderme fuego la mano sin quemarme, cosa que tantas veces haría después para ganarme la vida.

A los 12 años yo medía 1,75 y pesaba 110 kilos. Un año más tarde medía 1,89, pesaba 87 kilos y ya había obtenido mi cinturón negro de karate. Sentía que muchas cosas me atacaban, quería defenderme y, mal o bien, lo buscaba de manera solitaria, por mi exclusiva cuenta. Me impuse un reto físico y mental: para desarrollar mi capacidad, mi fantasía me transformó en mi propio adversario. Tenía que pelear para ganarme, transformarme en alguien tan invencible que ni yo mismo supiera qué iba a hacer durante el combate. Jugaba al ajedrez solo para vencerme y me ponía en la cabeza de mi adversario, que también era yo. Pero la fantasía de enfrentarme a mí mismo no iba más allá del entrenamiento. En realidad, sentía que el verdadero enemigo era el exterior, de ahí venía la hostilidad y había que defenderse, preparar la guerra. Pensaba que si era capaz de vencer, aun cuando mi adversario supiera mis próximos pasos, porque ese adversario era yo, sería capaz de aplastar a quien no conociera mis movimientos ulteriores. Grandote y gordo, empecé a practicar acrobacia y a compensar los inconvenientes físicos con amor propio, hasta que el amor propio transformó el cuerpo, le dio elasticidad, y mi preparación (para el trabajo, para la vida, para el combate) se hizo consciente. A través del aprendizaje de técnicas orientales logré construirme un cuerpo nuevo. Fueron tiempos de peligro durante los que emociones reprimidas y acumuladas no sé desde cuándo comenzaron a brotar, a buscar el exterior. Me hice violento, tuve amigos violentos y anduvimos por caminos resbaladizos. El tiempo me haría ver que mi cuerpo se había transformado en un arma cuyo uso exigía sabiduría.

Puede decirse que mi infancia fue una lucha constante contra Yiya. Ella decidía qué podía hacer yo y qué no podía, y yo siempre quería hacer lo que ella no aprobaba. Salvo en presencia de otras personas, sus críticas y reproches me perseguían de continuo, y rechazaba cualquier actividad mía que la incomodara. Fue así que me hizo estudiar dibujo para que me entretuviera sin desordenar nada. Pero sentado frente al tablero yo imaginaba más riesgos y más desafíos, soñaba con alturas y velocidades, con lo que haría cuando fuera libre.

Mis relaciones con el mundo no eran fáciles. Mi madre siempre sospechaba de todas y cada una de las actitudes ajenas, y en principio me transmitió esos celos. Ella tenía la manía de hablar mal de casi todo el mundo y a menudo lo hacía inmediatamente después de que la persona en cuestión se hubiese retirado, luego de pasar un momento grato en el que no había recibido más que elogios. Recuerdo una vez que nuestra vecina Nilda vino a mostrarle un tapado nuevo que se había comprado. Nilda venía muy seguido a nuestra casa. Vivía en el mismo piso y había convivido con Rafael Murano, un hermano de mi padre que había muerto hacía un año.

—Es una belleza, Nilda, es divino, es un sueño.

—¿Te parece, Yiya? Lo encontré en una liquidación...

—¡Cómo te envidio! Yo nunca tengo esa suerte.

—¿En serio te parece lindo?

—Pero Nilda, es precioso. ¿No quedó alguno de mi talla?

—Sí, no sé...

—Tenés razón. Si me lo compro, vamos a parecer uniformadas. ¡Cómo te envidio!

Nilda se puso tan contenta que se fue acariciando la rústica tela del tapado.

—Qué lástima, señora, que usted no se lo pueda comprar —le dijo María Sandoval.

—¿Esa porquería? Prefiero andar desnuda antes que vestirme con harapos. Si parece de segunda mano... ¡Por favor!

—¿No le gustó? —preguntó María.

—Para esta chirusita está bien. La gente de cuarta tiene que usar ropa de cuarta.

María no dijo nada más. Quizá sintió la tentación de preguntar a mi madre en qué categoría la ubicaba a ella, una empleada doméstica a la que el tapado comprado por Nilda le parecía una prenda de lujo. Pero lo cierto es que se quedó en silencio, como pensando en otra cosa. La señora Yiya era así y María lo sabía.

Para el cumpleaños de Yiya o para el Día de la Madre íbamos con mi padre a comprarle regalos. La mayoría de las veces ni siquiera habría el paquete que le habíamos dado. Una y otra vez retribuía con una mueca de

desagrado nuestras atenciones. En realidad despreciaba los regalos porque nos despreciaba a nosotros (salvo, claro está, en público: “Mi marido es profesional, mi hijo es campeón de taekwondo”, repetía). Estas actitudes de mi madre al principio me desconcertaban. No entendía por qué ella se empeñaba en despreciar a todo el mundo, incluso a mi padre y a mí, lo que era una manera de despreciarse a sí misma. En ella el desprecio era como una descarga emocional que la ayudaba a recuperar un equilibrio que parecía siempre amenazado. Yiya vivía, como se dice ahora, “al borde del ataque de nervios” y con esas actitudes de aristócrata en decadencia parecía encontrar cierta calma, como si necesitara demostrarse que ella era distinta de la gente que la rodeaba. Ese desprecio que manifestaba hacia las personas también se hacía evidente cuando trataba con las cosas materiales. Es posible que las personas que siguieron el caso por los diarios se imaginen que mi madre estafó y mató porque le gustaba acumular dinero, objetos de valor o vivir lujosamente. No es así. Yiya vivía con una preocupación extrema por conseguir lo que fuera, no importaba qué, pero cuando lo obtenía perdía de inmediato el interés que hasta ese momento la había devorado y pasaba a desear, con la misma intensidad, cualquier otra cosa. Regalaba muchísimas cosas que compraba, a menudo casi nuevas, y sentía mucho más placer en gastar que en disfrutar de lo que había comprado.

Convivir con la personalidad de mi madre en cierto modo me forjó. Desde muy chico me di cuenta de que su manera de actuar no le traía ningún provecho. Nos hacía sufrir, pero ella también vivía mortificada y sus estados de ánimo no dejaban lugar para ninguna otra preocupación. Durante mi infancia y mi primera adolescencia, nadie supo nunca qué me pasaba. No tenía sentido contar nada porque nadie me daba bola. Yo quería hacer el secundario en un colegio industrial, pero me mandaron a un comercial, el Cardenal Newman, porque quedaba a tres cuadras de casa y era más cómodo. Me veía sometido a gustos maternos que cambiaban a diario y me acostumbré a interpretar ese lenguaje de doble sentido que hoy me produce malestar estomacal.

Desde que tenía 4 o 5 años, empezó a nacer en mí un sentimiento de repulsión hacia mi madre. A ella se le hacía cada vez más difícil sostener

sus mentiras y yo había aprendido a simular que le creía, a predecir sus actitudes. Me perturbaban, no obstante, las advertencias que me hacía sobre las calamidades que caerían sobre mí cuando ella muriera. Cada vez que yo me portaba mal —cometía alguna travesura propia de la edad, nada grave—, ella me decía: “Cuando yo ya no esté, te vas a acordar de lo que te decía” o “Cuando yo ya no esté, vas a mirar esa estrella y vas a decir: ‘En esa estrellita estará mi madre’ ”. Al principio esa advertencia constante me produjo hipersensibilidad y crisis de llanto, pero después entendí dos cosas: la primera, que todos se mueren; la segunda, que ella utilizaba la amenaza de su propia muerte para crearme un cargo de conciencia; de alguna manera me hacía sentir que mi comportamiento podía llevarla a la muerte. Desde entonces sentí por mi madre mayor rechazo aún.

Mis padres nunca fueron a una reunión de mi colegio; solo era un lugar seguro donde dejarme y por ese motivo buscaron uno con doble escolaridad. Siempre tuve problemas serios de adaptación en el colegio: pasé por tres durante la primaria y por dos en los primeros años de la secundaria. Después estas dificultades fueron desplazadas por otra: el terror a la soledad, que me persiguió durante años. Con el tiempo empecé a disfrutar de la compañía de otras personas, y mi familia —la primera que tengo, la que elegí, mi esposa, mi hija— ha constituido un puente de paz para mi relación con el mundo.

Pero volvamos ahora a Yiya Murano.

De mi infancia recuerdo que todo en Yiya era ansiedad: lo que quería lo quería ya, no podía esperar. Su personalidad era dominante: antes que amigas o amigos, tenía seguidores. Su temperamento o bien causaba rechazo de entrada y provocaba que la gente se alejara de ella, o seducía de una manera que nunca me resultó del todo comprensible pero que, sin duda, era muy eficaz. Sus amigos no se atrevían a contradecirla. Ella hacía y deshacía sobre la vida de los demás y hasta daba consejos acerca de cómo afrontar determinadas situaciones. Se la consideraba una mujer que conocía “las verdades de la vida” y no tenía pelos en la lengua para decirlas. Cuando alguien no le interesaba, era capaz de ignorarlo por completo (cierta vez, viajábamos en auto por la ruta y un amigo mío preguntó si podíamos parar a tomar algo; Yiya contestó: “No, no tenemos sed”). Vivía en un despilfarro

permanente, pero más que el dinero le interesaba meterse en la cabeza de los demás, lograr hacerse imprescindible cuando se tomaban las decisiones más íntimas. El dinero era uno de sus principales recursos, no un fin en sí mismo. Otro de sus recursos predilectos eran los secretos. Le fascinaba contar a una persona solo una parte de lo que sabía que le interesaba para así, como decía ella, “tenerla al pie”. Casi todo el tiempo estaba pendiente de conflictos que ella contribuía a crear y que después alimentaba llevando y trayendo chismes que siempre tenían como efecto que las partes se enojaran aún más. Empleaba tanto esfuerzo en este tipo de trato con la gente que más de una vez me he preguntado, años después, si tanta energía no hubiera podido encontrar mejor destino. Quizá de haber encontrado el ambiente adecuado en lugar de transformarse en una asesina, mi madre podría haberse destacado en alguna actividad en la que su capacidad para manipular a los demás y su seducción le hubiesen valido de algo más que para pasar los días.

Secretos peligrosos

Cuando promediaban los años cincuenta, en un departamento con frente a la calle Montes de Oca vivía una pareja compuesta por un hombre tímido, reservado, carpintero de profesión y una mujer extrovertida y desinhibida que se dedicaba a los quehaceres hogareños y decía haber sido actriz. En el departamento contiguo vivía Lita Landi, la recordada *partenaire* de Carlitos Balá en el *sketch* del Nene, quien ocasionalmente compartía charlas con la mujer del carpintero. Ambas recordaban anécdotas referidas al espectáculo aunque en realidad, más que de cine o de teatro la mujer del carpintero recordaba situaciones vividas en las salas linderas al puerto que tenían como habitués a marinos en época de descanso y donde había trabajado como alternadora.

Bien. Hecha esta referencia se podrá interpretar un poco mejor el resto del relato, ya que lo que sigue a continuación es demasiado para poder atribuirlo a gente de carácter normal.

De su pasado la mujer del carpintero extrañaba la diversidad de gente, la vida durante la noche y, definitivamente, algo de la promiscuidad sexual que su trabajo requería. No lograba acostumbrarse a su nueva realidad que era tranquila, estable y algo humilde. En muchas ocasiones, evocaba con indudable nostalgia las alternativas de su antigua vida. Llegó la oportunidad y la mujer decidió recuperar algo de la diversión perdida.

Al principio se ocupaba cuidadosamente de que sus “salidas” no resultaran evidentes para el carpintero. Pero luego de un tiempo y alentada por el alcohol y los estimulantes, se animó a contarle sus hazañas, lo que resultó perversamente divertido.

En una de sus narraciones la mujer decidió ir un poco más allá y acompañó sus palabras con fotos en las que se la veía sin ropa y compartiendo la cama con hombres y mujeres. Esta vez había ido demasiado lejos. Primero empezaron los gritos y después hubo forcejeos. En un intento de quitársela de encima, el carpintero empujó a la mujer con

tal violencia que la hizo caer de espaldas contra el borde de la cama. El golpe fue de lleno en la nuca y emitió un sonido fuerte y seco. Luego la mujer quedó inmóvil con la mirada fija en el cielo raso.

—¡Contestame! ¡Contestame!... No, no puede ser...

Ella ya no lo escuchaba. A partir de ese momento, él era un asesino.

Después de pasarse horas contemplando el cadáver, el carpintero decidió que su vida no podía arruinarse por culpa de una mujer, una mala mujer. Se dirigió a la habitación que utilizaba como taller y trajo consigo su herramienta: el serrucho.

En horas de la noche se lo vio salir del edificio cargando tres maletas y una pequeña caja, como las que se usan para llevar pelucas. Tomó varios colectivos que lo llevaron a diferentes puntos de la ciudad y regresó luego, a la madrugada, sin ningún paquete.

No había pasado mucho tiempo cuando la policía informaba a la prensa del hallazgo de varios bultos que en su interior escondían restos humanos mutilados y que, gracias al armado de un “macabro rompecabezas”, habían permitido identificar a la víctima y dar con su asesino. Los titulares de la época decían: “Burgos, el descuartizador”. Juzgado y sentenciado a ocho años de prisión, cuando recuperó la libertad, el carpintero Burgos se instaló en el mismo departamento en el que ocurrieron los hechos e intentó continuar con su oficio.

A los pocos días de su regreso, Burgos oyó sonar el timbre (su sonido había sido aumentado a propósito, ya que la picana había disminuido considerablemente su audición). En la puerta se encontraba una vecina del piso superior.

—¿Qué desea?

—Mucho gusto. Soy Yiya Murano. Quisiera que vea un sillón que necesita encolarse.

—Muy bien, señora, enseguida subo...

Burgos vivía en el mismo edificio que mi abuela. Cuando yo lo conocí era un viejito gordo con cara de simpático, hablaba poco y estaba completamente sordo. Nunca me hubiera imaginado su historia, si no fuera porque un día Yiya me dijo: “Él es Burgos, tratá de alejarte cuando esté cerca de un serrucho porque me da impresión”.

La historia del descuartizador era la anécdota preferida que me contaba mi vieja. Era uno de los cuentos que me contaba, según ella, para que me durmiera. Había otras historias; todas indefectiblemente tenían como protagonistas a víctimas, asesinos, personajes sobrenaturales y gente de ese tipo. Pero jamás estaban enfocados desde el punto de vista de la policía o del investigador. El suspenso solo era bueno, a su criterio, si uno se ponía en el lugar del criminal.

Para esa época estaba de moda Agatha Christie, y su personaje Hércules Poirot, el inspector implacable que resolvía cuanto caso se le presentara, era la prueba de que difícilmente un criminal podía eludir el castigo. Pero bajo la óptica de Yiya eso era una estupidez para los chicos porque el crimen perfecto era posible, y eran mucho mejores las novelas donde se narraba cómo alguien había logrado escapar de la Justicia.

La película preferida de Yiya —a pesar de que era prohibida para menores de 18, me llevó a verla cuando apenas tenía 11 años— era *El socio del silencio* con Elliot Gould y Christopher Plummer. Allí se narra la historia de un crimen perfecto. (El argumento es el siguiente: Elliot Gould trabaja en un banco. Christopher Plummer entra a robar. Elliot Gould le da solo una pequeña parte del dinero y guarda el resto en una cajita debajo del mostrador. Cuando Christopher Plummer se entera por los diarios de la cantidad que había sido robada, vuelve a buscarlo. Elliot Gould le tiende una trampa y se queda con el dinero. Es el delito perfecto.) También le gustaban las películas que trataban casos de ocultismo o satanismo. Pero le dejaban una profunda impresión de la que le costaba recuperarse. Me acuerdo que una vez, luego de ver *El exorcista*, no pudo dormir y para tranquilizarse tuvo que dejar la luz prendida. Decía que soñaba cosas desagradables.

Este interés por el otro mundo la llevaba a veces a creer que podía establecer algún tipo de contacto con el más allá. El caso que más la había impresionado era el de su amiga Beba Portella. Una vez, mientras mi madre estaba en la peluquería, vio pasar a su amiga. Cuando salió a saludarla, ella ya había subido a un auto que estaba en marcha, listo para partir. Cuando el auto se alejaba, mi madre notó que su amiga la miraba sin hacer ningún gesto. Más tarde, al volver a su casa, Yiya se encontró con su hermana,

quien había ido a avisarle que Beba Portella había muerto el día anterior. Este incidente la conmovió no solo por la impresión que le causó ver a su amiga muerta sino por un mensaje que nunca quiso revelar pero que, según aseguraba, había alcanzado a descifrar a partir del episodio.

Mi madre era supersticiosa. Decía que tenía el don de poder comunicarse con los muertos, atributo que según ella podría haber heredado de su padre. (Yiya contaba que en una oportunidad su padre había visto a un jinete sin cabeza cruzar delante de su auto. Después se enteró de que, según la gente del lugar, este jinete era un degollado que desde hacía mucho tiempo penaba por las noches.) Una vez encontré una hoja en la que estaba escrita una oración a Pancho Sierra. También guardaba con mucho cuidado una máscara que le habían regalado y que supuestamente poseía poderes maléficos.

Una vez me contó que había hablado durante un sueño con una abuela de ella, muerta hacía muchos años. Yiya le preguntó cómo era el otro mundo, y su abuela le dio una respuesta muy vaga. Lo único que alcanzó a explicarle era que después de la muerte las almas se encontraban según lo que habían sido en vida, por ejemplo, ladrones con ladrones, libertinos con libertinos, y así sucesivamente. Intrigada, preguntó a su abuela en qué grupo iba a estar ella, pero la respuesta a cuál era el lugar que le habían asignado en el sueño no quiso decírmela. En este como en otros casos mi madre lograba despertar el interés de quienes la escuchaban para luego reservarse una parte de la historia que, en apariencia, podía resultar tanto o más interesante que lo que había revelado. Este secreto se reforzaba por lo general con un ruego de no revelar nada a nadie, ni lo que había contado ni lo que había ocultado. De manera que uno tenía la sensación de que le estaban contando un secreto que, a su vez, encerraba otro secreto más profundo que solo ella conocía. Poder acceder al primer secreto era ya un privilegio de unos pocos, pero para saber todo había que ser Yiya Murano.

Mis amigos de la infancia eran nuestra vecina Nilda, alguno de mis primos y algunos compañeros de clase a los que solo trataba en el colegio. De estos últimos veía más seguido a Fabián, pues su madre se había hecho amiga de Yiya.

Nilda venía casi siempre los sábados a la noche, cuando mis viejos salían. Ella, María y yo jugábamos a la escoba de quince o nos quedábamos viendo películas hasta tarde. Nilda tenía una amiga, una señora muy mayor de quien no recuerdo el nombre, que venía a visitarla y a veces jugaba con nosotros a las cartas. Nilda ocupó el lugar de una tía querible. Tenía alrededor de 60 años y conservaba toda su vitalidad. Casi siempre iba a su casa a tomar la merienda. Ella me trataba como a una visita importante y le gustaba preguntarme cómo iban mis cosas. Yo le contaba de buen grado ya que en mi casa no tenía con quien compartir lo que me pasaba. A veces intentaba quejarme de mi madre, pero Nilda siempre me disuadía.

—Tu madre es muy especial —me decía—, pero tiene buen corazón. Yo sé por qué te lo digo.

Aunque mi experiencia me indicara otra cosa, yo me aferraba a lo que Nilda me decía. Era mucho más tranquilizador creerle que insistir en los reproches que tanto mal me hacían.

El tiempo pasaba y yo no entendía por qué a otros chicos de mi edad les era permitido regresar solos del colegio o del club, y yo, en cambio, debía concurrir a todos lados en compañía de María. Cuando realizaba este planteo a mi madre solo obtenía como respuesta:

—Dios te libre, si algunas madres son desnaturalizadas y permiten a sus hijos hacer cualquier cosa, yo no.

Recordaba entonces las palabras de Nilda y pensaba: bueno, esta es un prueba de que tiene “buen corazón”. Pero no me quedaba del todo conforme. ¿Por qué tiene que demostrar que se preocupa por mí justo con algo que me molesta? Otro de los frecuentes motivos de roce con mi madre era mi práctica de artes marciales.

—¿Cuándo vas a dejar esa porquería? —solía decirme.

—Ni lo sueñes —respondía yo.

Recuerdo una ocasión en que me preparaba para una exhibición y había colocado a unos diez centímetros del piso cuatro tablas de una pulgada de espesor para hacer una práctica.

—No pensarás pegarle a eso, si te rompés la mano vas solo al hospital —dijo cuando las vio.

Ese día me colmó la paciencia. De repente dejé de escuchar todo sonido externo; podía sentir la energía corriendo por mis venas y todo mi foco de atención se concentró en el centro de las maderas. Cerré con fuerza el puño, lo levanté y lo dejé caer con toda su intensidad sobre mi objetivo, ahogando un grito de impulso. Cuando volví en mí, las tablas se encontraban deshechas y esparcidas a mi lado. En el parqué del living estaban las marcas de mis nudillos. Solo me limité a mirarla. Sin inmutarse, me dijo: “Ahora que te diste el gusto, juntá toda esa basura, la ponés en una bolsa y la sacás a la calle”. Dicho esto, se encerró en su habitación.

Hasta mis 12 años me interesaba el hecho de competir y demostrarle todo lo que era capaz de hacer. Pero enseguida percibí que mis logros carecían de interés para ella y recordé la frase: “No hay que gastar pólvora en chimangos”. Desde ese día ella nunca más se enteraría de mis actividades.

Como ya dije, los secretos eran una constante en Yiya. Por eso no me resultó muy extraño que de un día para otro comenzara a ocultarse para hablar de asuntos de dinero. De pronto mi madre empezó a leer la sección de noticias económicas de *Clarín*. Estaba pendiente de todo lo que sucedía en el mercado financiero y opinaba como si fuera una experta en tasas de interés, acciones y títulos públicos. Como le pasaba siempre, su dedicación al asunto era obsesiva. Mi padre y yo no la escuchábamos hablar de otra cosa. Sin que al principio se entendiera muy bien por qué, el dormitorio pasó a ser el lugar preferido de mi madre. Yiya se llevó una extensión telefónica a su habitación adonde se trasladaba con el teléfono y se encerraba con un seguro que había hecho poner especialmente.

—¿Y esto? —preguntó Antonio cuando vio el seguro.

—Lo necesitamos, Antonio.

—¿Para?

—Bueno, si no te das cuenta...

—¿Te faltó alguna cosa?

—No te merecés la mujer que tenés al lado.

—No te lo tomés así.

—¿No te parece que necesitamos más intimidad?

—¡Sí, por supuesto!

Al no contar con otro aparato de teléfono, no era posible que alguien escuchase sus conversaciones. Pero algunas cosas se filtraban. Sobre todo cuando hablaba con Nilda o con sus amigas Chicha, Mema e Iris Seisdedos se alcanzaban a escuchar las palabras “dólares”, “bónex” y “plazo fijo”. El cambio fue bastante llamativo pero no lo suficiente como para pensar que había algún peligro en lo que estaba haciendo. Yiya nos tenía acostumbrados a sus cambios de humor y a sus excentricidades. Ahora se le había dado por interesarse en el mercado financiero. Eso era todo.

Sin embargo con el correr de los días empecé a notar que esta vez la situación la estaba empezando a perturbar. Desde siempre yo me había acostumbrado a verla realizar guiños o a lanzar miradas fulminantes cuando se mencionaba algo que la incomodaba. Pero ahora no parecía tan segura como de costumbre. Poco a poco empecé a sospechar que algo anormal sucedía o estaba a punto de suceder. Por primera vez en mi vida la veía verdaderamente preocupada y supuse que sus manejos financieros debían tener alguna relación con ese estado de ánimo. También mi padre estaba preocupado ya que se daba cuenta de que Yiya se estaba metiendo en problemas y era consciente de que él no tenía autoridad suficiente como para ordenarle que se apartara de todo ese asunto. Para colmo, Yiya le pedía asesoramiento y por las preguntas que le hacía, mi padre se daba cuenta de que las dificultades no iban a tardar en presentarse.

—Decime, Antonio, si uno firma un pagaré, ¿le pueden hacer juicio? Quiero decir, ¿una demanda jodida?

—Mirá, Yiya, no quiero que volvamos sobre este asunto. Ya te dije que no quiero que te metas a pedir o a prestar plata.

—Contestame lo que te pregunté.

—Te vas a meter en problemas.

—¿Vos cómo sabés?

—No me gusta que te metas en cosas que no conocés.

—Estás hablando sin fundamento.

—Puede ser. Pero...

—Entonces no insistas. Sabés que siempre hice lo que se me dio la gana.

—Lo único que te pido es que tengas cuidado. Te lo digo solo para colaborar con vos.

—¿Cómo es lo del pagaré?

—Es un instrumento ejecutivo. Para la Justicia, librar un pagaré es exactamente lo mismo que librar un cheque.

—¿Es jodido o no es jodido, Antonio?

—Depende. Si el librador se presentó en convocatoria de acreedores...

—¡Antonio!

—Sí, es jodido.

—¡Qué cagada!

—¿Tenés algún problema?

—¡Por favor! El único problema que tengo es que vos me sigas preguntando si tengo problemas. ¡Déjame en paz! ¡Qué problema puedo tener!

Desde que yo tenía memoria, Yiya jamás había recurrido a mi padre para que le diera asesoramiento. Ella se bastaba a sí misma y a menudo se jactaba de eso con una vehemencia que solo podía interpretarse como una referencia a sus amantes. Pero más allá de este tipo de relaciones, Yiya tomaba casi todas las decisiones de nuestra familia sin dudar y sin tener en cuenta la opinión de Antonio. Mi padre a veces protestaba, pero siempre después que Yiya hubiera puesto en práctica su decisión. Además, la protesta de Antonio era más una cuestión de principios que otra cosa, ya que Yiya no tenía en cuenta lo que él le decía.

Las actividades secretas que Yiya había organizado en su dormitorio, sin embargo, la habían movido a solicitar la ayuda de mi padre. No cabía duda de que algo malo estaba sucediendo. Y por lo que yo podía escuchar, se trataba de abogados, demandas judiciales, algo “jodido”. Esta vez, por motivos desconocidos para mí, los secretos de Yiya se estaban volviendo peligrosos.

Yo no tenía muy en claro lo que significaba la muerte de un ser querido. Durante mi infancia solo habían fallecido mis dos abuelas, que afectivamente no significaban nada para mí. Tuve esa triste experiencia el

11 de febrero de 1979 cuando, tras un muy breve período de enfermedad, se produjo la muerte de Nilda.

—Ataque al corazón; vos sabés que era diabética —había dicho mi madre.

Toda la tarde me la pasé llorando. Nilda ya no volvería. Sentí que por primera vez se producía un suceso inmensamente triste y que nadie podía solucionar. Esa noche, cuando vi que mis padres se preparaban para asistir al velatorio, me apuré a buscar un saco y una corbata para acompañarlos.

—Vos te quedás —me dijo Yiya.

—¿Por?

—Un velatorio no es un lugar para chicos.

—No soy tan chico, mamá. Vos sabés cómo la quería.

—Por eso mismo. No quiero que te pase nada.

—¿Qué me va a pasar?

—No sé. Tengo un presentimiento de que...

—¿De qué? —preguntó Antonio.

—Nada. Le va a hacer mal.

Yiya estaba muy seria, parecía sufrir alguno de esos miedos que le daban las películas de terror.

—Me parece que tu madre tiene razón, Martín. Mejor quedate.

A la semana, el 22 de febrero, hallaron a Chicha, otra amiga de mi madre, muerta en su departamento. Con ella y su hijo habíamos compartido salidas, cenas y algún viaje a Mar del Plata. No terminaba de reponerme de la muerte de mi querida Nilda, y ahora Chicha, por quien sentía afecto, también moría. Francamente era para ponerse triste.

Un mes después, el 24 de marzo, nos enteramos del fallecimiento de una prima de mamá, Mema. Recuerdo como si lo escuchara ahora mismo cómo exclamaba Yiya en una conversación telefónica: “¡Qué barbaridad! Cada vez que me llaman es para avisar que alguna amiga murió”.

Viene la policía

El 27 de abril de 1979 en horas del mediodía nos disponíamos a almorzar cuando alguien llamó a nuestra puerta. Como era mi costumbre desde chico, rápidamente corrí para atender y rutinariamente pregunté quién era. La respuesta la dio una voz masculina gruesa y enérgica:

—Policía Federal —anunció.

Observé por la mirilla y alcancé a ver a un grupo de personas integrado por un individuo de traje y dos uniformados. Encabezados por el hombre de traje, quien resultó ser el jefe y cuyo rostro no podré olvidar jamás, todos entraron en el living.

El jefe era un cuarentón entrecano, de fino bigote y ojos claros penetrantes. Se dirigió a mi padre con una seca cortesía.

—Tengo una orden para revisar la casa —dijo al tiempo que le extendía un documento en el que había varios sellos y firmas. Enseguida indicó a sus hombres con un ademán que podían empezar con su labor. A partir de ese instante el jefe cruzó los brazos tras la espalda y así permaneció durante todo el tiempo que demandó la operación.

Junto a la policía habían ingresado en casa dos de nuestras vecinas en calidad de testigos, quienes tal vez por la vergüenza lógica que les producía la situación ni siquiera se atrevían a levantar la vista del suelo.

Mientras los uniformados seguían con su trabajo, mi padre observaba con mucha atención el papel entregado, levantando y bajando la vista de él con una evidente sorpresa.

—Pero... qué... no, no entiendo ¿de qué se trata? ¿Cuál es el motivo? —balbuceó dubitativo, con la voz entrecortada.

—Señor, solo cumplo órdenes —se limitó a decir el hombre con una sobria sonrisa que parecía estudiada y ensayada para este tipo de situaciones.

A esa altura mi madre ya se movía de un lado a otro y adoptó una actitud que podría describirse como “hablar mucho para esconder algo”.

Inquieta, no se despegaba de los dos agentes uniformados.

—Pero ¿qué puedo tener aquí? Son solo cosas mías —les repetía nerviosamente cada vez que se disponían a buscar en algún lugar que todavía no habían inspeccionado.

—Señora, por favor, permítanos hacer nuestro trabajo —le decían los policías, casi con fastidio.

También mi padre comenzó a impacientarse. Varias veces preguntó por el motivo de la requisa. Pero el hombre de bigotes respondía con un encogimiento de hombros u otro gesto similar.

A todo esto yo permanecía atónito, sentado en un sillón. Observaba la secuencia como si se tratase de un acontecimiento externo y ajeno, y creo que en ningún momento pronuncié palabra alguna, solo pensaba...

Transcurridas dos horas los policías se apoderaron de una agenda propiedad de Yiya, algunos papeles y otros objetos sin importancia que hoy escapan a mi memoria, y dieron luego por concluida la requisa.

De haberse tratado de una obra de teatro puedo asegurar que el acto final fue sin lugar a dudas lo más impactante. Estévez —después me enteré de que ese era el apellido del oficial a cargo— extrajo de su bolsillo una nueva nota tipeada de manera similar a la anterior.

—Señora nos va a tener que acompañar —sentenció firmemente, con una severidad que estaba a tono con las nuevas circunstancias.

Para mi sorpresa, mis padres tuvieron actitudes muy diferentes: mientras mamá se dirigió en busca de un abrigo, mi padre perdió su habitual compostura.

—¡Por favor! ¿De qué se trata todo esto, señor? —exclamó con indignación.

Como era de esperar, el oficial Estévez se limitó a repetir que cumplía órdenes.

Recién después, cuando la escoltaban hasta el ascensor, pudimos escuchar las primeras quejas de mi madre.

—¡Por Dios! ¡¿Qué es esto?! ¡Algo así nunca se ha visto! —gritaba.

Como se recordará, en épocas del Proceso militar se buscaba ante cualquier inconveniente la protección de alguien perteneciente a las Fuerzas

Armadas y, en este caso, mi padre contaba con el hermano de Yiya que era teniente coronel. En cuanto se cerró la puerta, Antonio corrió al teléfono e informó lo ocurrido al hermano de Yiya. Repitió todos los sucesos de manera ordenada y quedó a la espera de un llamado en el que le iban a decir qué debía hacer.

Transcurridos apenas cinco minutos el teléfono volvió a sonar. Se podía observar en mi padre actitudes de asentimiento. El cigarrillo que sostenía en la mano libre iba y venía con tanta violencia que la brasa formaba un único trazo luminoso.

—Muy bien. Salgo ya mismo para allá —fue lo que dijo antes de cortar. Se dirigió rápidamente al perchero donde colgaba su saco y me dijo:

—Quedate tranquilo, no bien se aclare todo, volvemos. Esta gente está equivocada. Cuando se den cuenta de su error todo va a estar bien. Hasta luego.

Trataba de mostrar seguridad en sus palabras, pero se lo veía casi fuera de sí. Después salió dando un involuntario portazo, provocado más por la distracción que por la bronca.

Fueron inevitables para mí las conjeturas. ¿Se trataría de los negocios que realizaba? ¿Habría hecho algo ilegal? Necesitaba aire, despejar la mente, evitar que siguieran fluyendo en mi cabeza y en sucesión ininterrumpida todo tipo de imágenes. Obedecí a la fuerza del instinto y busqué refugio en mi única pasión de aquel entonces: el deporte.

A medida que aumentaba la transpiración y se aceleraba la secuencia de golpes en su descarga sobre la bolsa de arena, procuraba que con igual intensidad se borrarán los sucesos de mi mente. Ahogados los recuerdos en un grito de furia y desahogo, la energía se filtró por mis venas y mis acciones se concentraron en aquel individuo que asumía el papel del enemigo. Claro, un enemigo de lona y arena que ya había soportado más de una hora de agresiones. Volvía a ser yo, más reflexivo, más calmo y algo exhausto. Solo entonces me di por satisfecho, busqué el suave y relajante masaje reparador de una ducha helada y regresé a casa, mi casa.

La soledad es lo mejor cuando se trata de evocar lo que de manera consciente apenas se sospecha, pero que para nuestro inconsciente resulta evidente. Ya en el interior de mi casa, inevitablemente aparecieron

incógnitas que a esa altura resultaban obvias. Nilda, Mema, Chicha... Las tres amigas de mi madre. Las tres habían aumentado la frecuencia de sus visitas a casa. Las tres compartían el interés por los mismos temas: dólares, tasas de interés. Las tres muertas. Las tres...

Yo seguía dándole vueltas al asunto cuando entró mi padre.

—Quedó detenida en el Departamento de Policía, incomunicada —dijo sin siquiera saludar.

—¿Por qué, qué te dijeron? —pregunté con verdadera ansiedad.

—Nada. Dicen que debido al secreto sumarial no pueden comunicar nada.

—¿Nadie te dijo nada?

—No. Pero tu tío se va a ocupar. Cuando tenga novedades me llama.

A partir de ese momento comprendí que, al menos para mí, por un tiempo todo seguiría siendo misterioso y que hacer conjeturas sin ninguna información segura no me serviría de nada.

Debido a la vida activa de Yiya con sus entradas y salidas, y conversaciones en voz alta en los pasillos del edificio, mi padre y yo nos vimos obligados a inventar una excusa que justificara su ausencia. Un detalle que olvidamos fue que, en el momento de la detención, dos de nuestras vecinas habían oficiado de testigos, de manera que sabían exactamente lo sucedido. Pero creo que después de las tensiones de aquella noche necesitábamos ocupar en algo nuestras cabezas. Luego de considerar algunas variantes convinimos en atribuir la ausencia de Yiya a una urgente internación motivada por un problema de hemorroides del cual, verdaderamente, existían antecedentes.

Claro está que los refranes por algo fueron hechos, y sin duda debe de ser cierto eso de que la mentira tiene patas cortas, sobre todo para personas como mi padre, quien no estaba acostumbrado a decir una cosa por otra. En una oportunidad una señora del barrio interrogó a mi viejo acerca de lo extraño que le parecía no ver a Yiya con la frecuencia acostumbrada. Tomado por sorpresa, Antonio dijo que su esposa había viajado por unos días a Mar del Plata.

El vecindario enseguida comparó esa apresurada explicación con la que yo daba, sospecharon algo raro e inevitablemente sobrevino el chusmerío. “Seguro que se fue con otro hombre, yo sabía que alguna vez los iba a abandonar”; esta y muchas otras eran las frases que permanentemente circulaban en boca de la gente que nos rodeaba, y cuando alguno de nosotros aparecía se dibujaban en las caras de nuestros vecinos todo tipo de expresiones de disimulo, que por ser tan evidentes solo reafirmaban que se estaba hablando de Yiya.

Mientras tanto papá concurría dos veces por día al Departamento Central de Policía, ubicado a pocas cuadras de nuestro domicilio, para llevar comida y otros artículos. Todas las cosas debían ser depositadas en la guardia, ya que mi madre era mantenida en calidad de incomunicada hasta ese momento.

Mientras narro estos hechos, recuerdo que con el fin de buscar respuestas a mis sospechas interrogaba a mi viejo luego de cada visita, pero jamás obtuve resultado alguno.

Una noche estábamos charlando acerca de lo que se podía hacer por mi madre cuando fuimos interrumpidos por el sonido del timbre del portero eléctrico. Recuerdo que era miércoles. Mi padre se levantó a atender.

—¿Se encuentra el señor Murano?... Somos del diario *Clarín*.

Me entero de lo que pasa

Habrían transcurrido tan solo siete u ocho días a partir de la detención hasta ese miércoles. Ese día en que todo comenzaría a tomar forma, cuando la piel del cordero caería y empezaría a notarse un color más oscuro, y los ojos se tornarían amarillos, penetrantes, malignos... Creo que con esta metáfora tomada de la Biblia es como mejor puedo describir la metamorfosis que ante mis ojos empezó a sufrir la imagen de mi madre. Recuerdo aquel miércoles, ese miércoles.

—¿Qué desean? —interrogó mi padre.

—Necesitamos hablarle sobre su esposa —respondió una voz masculina.

—Suban —les dijo Antonio.

—¿Qué mierda pasa? —le pregunté con verdadera intriga. Mi viejo levantó las cejas y me hizo comprender que faltaba muy poco para saberlo.

Transcurrieron algo más de cincuenta segundos, el tiempo que tardaba nuestro antiguo ascensor en subir la distancia de seis pisos. A nuestra puerta llegaron dos hombres de entre 30 y 40 años, vestidos con ropa sport. Cuando mi padre abrió, el más alto, que llevaba una agenda bajo el brazo, le tendió la mano y luego me saludó de la misma manera. Lo mismo hizo su acompañante. Mi viejo, adoptando una actitud de anfitrión, con un ademán les indicó que tomaran asiento. Cortésmente los periodistas esperaron a que nosotros lo hiciéramos primero.

—Ustedes dirán —dijo Antonio rompiendo el silencio.

—Bueno, necesitamos saber algunas cosas de su esposa. ¿Yiya, verdad?

—Sí, pero ¿qué desean?

—¿Cómo era su relación familiar?

—Mire, realmente no entiendo —repuso interrogante mi viejo.

Antes de que yo pudiera contestar, papá volvió a preguntar, pero con más decisión esta vez:

—¿De qué se trata?

—Mire, doctor, recibimos la noticia de que la policía detuvo a una mujer acusada de estafas reiteradas, robo y... homicidio por la vía del veneno —dijo el más alto.

—Y el nombre que nos dieron corresponde a su mujer. Consultamos la guía telefónica y aquí estamos —agregó el otro hombre.

A partir de ese instante los que allí me rodeaban dejaron de existir. Mis cinco sentidos se concentraron en mi interior. Comencé a desmenuzar la cuestión por etapas. Algunas cosas comenzaban a cobrar un cierto sentido. Las estafas no cabía duda de que estaban íntimamente ligadas a esas famosas conversaciones telefónicas que se filtraban a través de las paredes del dormitorio. Dinero, inversiones, esas palabras comenzaron a tener otro significado que no podía precisar, pero indudablemente se trataba de algo feo, sucio. Robo... Recordé que en una oportunidad Nilda, nuestra vecina, había acusado a una amiga de robarle un anillo. ¡Claro! ¡Era eso! Desde que ocurrió me había parecido que algo no encajaba en esa historia aunque nunca me habría imaginado que Yiya tenía algo que ver.

Como después comprendería, el robo y la estafa eran solo la parte visible de un inmenso iceberg. Porque lo que en realidad me asustaba era el resto, lo que todavía no alcanzaba a descifrar pero sin duda allí estaba. ¿Habría sido capaz? Imposible, si dos de ellas eran sus íntimas amigas y la tercera, prima directa. ¿Sería posible que ella matara? Mi evaluación me decía que no. Aunque...

Cuando volví a ser consciente de que no me encontraba solo, mi padre estaba pidiendo a los periodistas, ingenuamente, que tuvieran cautela con lo que escribieran, ya que era mucho el elemento humano que se encontraba en juego. Antonio dio por finalizada la charla y acompañó a los dos hombres hasta el pasillo. Ellos dieron las gracias y se retiraron acaso con la satisfacción de la misión cumplida. Después no había nada que decir, nada que agregar, simplemente nos miramos y nos fuimos a dormir. Ese miércoles había terminado.

Un par de días después apareció en el interior del diario *Clarín* un artículo de más o menos un cuarto de página; su título rezaba: “La envenenadora de Monserrat”. Una vez leído, me asombró la habilidad

periodística para crear situaciones y antecedentes que nunca me hubiera imaginado. Eso mismo le comenté a una tía, Olga Suárez, quien me aseguró que cuanto más morbosos eran los detalles que se proporcionaran, mayor sería la cantidad de ejemplares vendidos.

A raíz de aquella publicación nuestro teléfono comenzó a sonar permanentemente, y la entrada al edificio se vio flanqueada por una guardia periodística de veinticuatro horas. El caso de los envenenamientos ocupaba ya los titulares de los diarios y de las revistas, y la televisión llegó a dedicarle programas especiales.

El colmo fue lo publicado por la revista *La Semana*: en una página aparecía una foto del índice telefónico de Nilda abierto en la letra “M” en donde se leía claramente “Yiya Murano” y su número particular. Como consecuencia directa de esa publicación, recibimos amenazas telefónicas, llamadas en mitad de la noche y todo lo imaginable. La única solución fue dejar de contestar el teléfono.

Con el fin de podernos comunicar entre nosotros se me ocurrió la siguiente clave: dejaríamos sonar dos veces la campanilla, luego cortaríamos y repetiríamos la llamada. Mi única intención era brindar protección a mi viejo, ya que el asedio periodístico se convirtió para él en una obsesión. Con respecto a mí, pregunta más, pregunta menos, no me preocupaba demasiado.

Es curiosa la facilidad con que el ser humano se adapta si está obligado por las circunstancias. Pasados apenas dos días todo esto ya me parecía totalmente normal y como si toda la vida hubiera transcurrido de igual modo. La ansiedad de la prensa crecía puesto que ninguna persona allegada a nosotros realizó declaración alguna. En una oportunidad una reportera *free-lance* ofreció acostarse conmigo a cambio de una exclusiva donde revelara todo el caso. Pero ni esa pude embocar: era un verdadero bagre.

Bueno, retomando la narración del caso, convengamos que la prensa presentó la historia más macabra aun de lo que en realidad era, ya que al carecer los periodistas de información completa hilvanaban los puntos que conocían según el estilo y el parecer de cada cronista. De este modo fueron obtenidas gran cantidad de historias que, si bien eran iguales en esencia,

diferían considerablemente en lo que se refiere a los detalles. Fue así que se informó acerca de orgías, ritos satánicos y otros tantos disparates.

Algunos periodistas, desesperados por la presión que ejercían sobre ellos los jefes de redacción, se aventuraban con títulos como: “Habla el marido” o “Reportaje exclusivo al hijo”. De más está decir que la autoría de su contenido les pertenecía a ellos en su totalidad. Ningún cronista quería perderse la exclusiva. Sus métodos eran de los más diversos: iban desde rentar piezas en las proximidades de nuestro domicilio o realizar eternos seguimientos en auto, hasta ofrecer dinero al portero para que les permitiera el ingreso al edificio a fin de sorprendernos y sacar una muy codiciada “fotografía testimonial”. Aunque ellos lo ignoraban, no era gran cosa lo que podíamos ocultar, puesto que carecíamos por completo de información. De lo único que teníamos certeza era del paradero de mi madre, ya que dos veces al día mi viejo le llevaba comida al Departamento Central de Policía. Pero nunca le brindaban información y mucho menos le permitían una visita.

Habían pasado un par de meses, en los que tuvo lugar en el gobierno la sucesión del general Videla por el general Viola, cuando la prensa logró unificar las historias para converger en una sola. Esta historia unificada fue construida del siguiente modo: se tomó todo, absolutamente todo lo publicado, y con ello se dio forma casi definitiva a un único relato. Pero, claro, con semejante mezcla solo se podía obtener algo que estaba cada vez más alejado de la realidad.

Para esa época yo me había mudado y residía en la casa de algún pariente o amigo, ya que de otra manera me hubiera resultado imposible concurrir al colegio o simplemente continuar con la vida. Mi preocupación estaba enfocada en mi viejo, quien no parecía estar en condiciones de soportar lo que nos estaba sucediendo. Aunque me tenía a mí, yo estaba seguro de que Yiya era lo más importante de su vida. Temía que perderla fuese motivo suficiente como para que se abandonase por completo. El desconsuelo de mi padre era tan grande que a menudo iba a cenar a casa de Julio Ricardi. Así, el marido legítimo y el amante de mi madre se reunían por las noches a evocarla mientras ella aguardaba la acción de la justicia.

La incomunicación impuesta a Yiya servía para acrecentar la desazón de papá, quien a esa altura llegaba a hacer más de diez llamados por día a personas que creía podían ayudarlo. Todas las personas con quien habló intentaron calmarlo utilizando conjeturas propias y consejos, pero cuando uno es presa de la ansiedad, de poco sirven frases tranquilizadoras.

Como cuando nos visitaron los periodistas, yo seguía observando sentado en el mismo sillón. Tal vez involuntariamente dejé que mis pensamientos se ocuparan por un rato en ella. ¿Qué estaría haciendo o pensando? ¿En qué lugar la tendrían? Solo una cosa podía afirmar sin lugar a dudas: todos los que estuviesen con ella ya estarían enterados de sus conexiones con militares y por ende aristocráticas. Sin duda, era lo primero que había dicho al ingresar detenida.

Curiosamente no tenía la sensación de que faltaba alguien en la casa. Papá, María y yo ¿quién más hacía falta? ¿Para qué? Pero esa idea, a mi criterio inmejorable, tenía un solo inconveniente: si continuaba la ausencia de Yiya, la salud de Antonio decaería más y más. Pude comprobar entonces que la vida es a veces complicada y ambivalente, ya que empecé a desear el regreso de Yiya con el solo fin de lograr el bienestar de mi padre.

Mientras tanto, mi madre había sido trasladada a la cárcel de Ezeiza y había contratado al doctor Mario Soaje Pinto, quien era de la entera confianza de mi padre, como abogado defensor. Soaje Pinto estaba por retirarse y quería que este fuese el último caso de su carrera. Muchas veces mi padre y la hermana de Yiya se reunían en casa de Soaje Pinto hasta altas horas de la noche para elaborar la estrategia de la defensa. Ricardi, quien se hizo cargo de pagar los honorarios del abogado, también concurría a algunas de esas reuniones. Según me contó Antonio, en el penal Yiya estaba tranquila. Preguntaba mucho por Ricardi y por su hermano militar a quienes atribuía las influencias necesarias para que la sacaran de allí luego de explicar que todo se trataba de un error.

Por su parte, Antonio Murano estaba tan desmoralizado que empezó a tener dificultades para atender a los clientes de su estudio. No bien se conoció el caso, buena parte de sus clientes buscaron excusas para que otro letrado los representara. Pero después los más fieles también tuvieron que dejarlo. Es que el hombre que tenían adelante no se parecía en nada al

emprendedor doctor Murano que antes habían contratado. Por otra parte, mi padre iba cada vez menos a Tribunales porque las habladurías de los empleados lo enfurecían a tal punto que alguna vez reaccionó con violencia (es posible que alguno de ellos conserve todavía en su cara algún recuerdo de mi viejo). Más tarde y cuando creía estar solo, lloraba su impotencia.

En medio de tanta desgracia no podía menos que preguntarme: ¿habrá sabido mi vieja el daño irreparable que nos causaría? Y lo fundamental: ¿lo había tenido en cuenta?, ¿le había importado? Una de sus amigas de entonces decía: “¡Yiya es una víctima, pobrecita, lo que tiene que sufrir!”. Ahora bien, con Antonio desmoronado física y laboralmente, la vida privada invadida por la prensa y sin ningún tipo de apoyo y sin dinero, yo me preguntaba: ¿conocerá esta señora el significado de la palabra “víctima”?

El caso Yiya Murano

Para hacer un *racconto* de todo lo acontecido es preciso ubicarse primero en la época en que el hecho tuvo lugar. A fines de 1978 y principios de 1979 el país transitaba por una de las más alocadas situaciones económicas de las que se tenga conocimiento. Ese período, caracterizado por la especulación financiera generalizada, sería recordado como el de la “plata dulce”. Uno de los temas del momento, discutido en todos los ámbitos por igual, era lograr una alta tasa de interés al colocar el dinero en una financiera o en una mesa de dinero. Cantidades que hoy nos asombrarían podían ser ganadas en pocos días. Hombres poderosos, miembros de la clase media y trabajadores arriesgaban su dinero para lograr enormes beneficios. Aquella inenarrable etapa produjo como es lógico las más variadas reacciones. Algunos creaban empresas fantasmas para obtener créditos que después colocaban a plazo fijo, otros abrían cuentas en el extranjero y también estaban los que desaparecían con dinero ajeno.

Todo esto sirvió para crear un común denominador que abarcó a casi todos por igual: el deseo de tener más y más a través de la especulación financiera. El dinero ya no importaba como medio para producir bienes, ahora era capaz de reproducirse por sí mismo. Solo a partir de estos datos podemos comprender el accionar de mi madre, y no es arriesgado afirmar que Yiya Murano fue uno de los mejores exponentes de la locura reinante durante los años de la plata dulce.

Carmen Zulema del Giorgio Venturini, Mema, era prima segunda de mi madre. Empezó a tener un trato asiduo con nosotros cuando yo tenía unos 10 años. Muchas veces salíamos a pasear en auto con ella y con su nieta que tenía un par de años menos que yo. Vivía en La Plata, pero tenía un departamento en Buenos Aires en el que realizaba reuniones para jugar al póquer. Recuerdo que una de las personas que participaba de estas partidas era un hombre de modales afeminados (tal vez esta presencia fue el motivo

de que Yiya declarara al juez que Mema era amiga de gente rara, de homosexuales y travestis). Mema era una persona amable, gauchita. Era viuda, tenía una buena pensión y algunos ahorros. Tentada por promesas de jugosos intereses, entregó a Yiya un monto de dinero no muy significativo con el propósito de que lo invirtiera. Exactamente dos días antes del plazo establecido, mi madre le hizo entrega de la suma acumulada, compuesta por el capital original más los intereses ganados. Como resultado de la enorme satisfacción que le produjo el éxito de esta operación, Mema insistió en entregar a su prima una parte de los intereses en concepto de comisión. Mi vieja, con aires de ofendida, le dijo que su única intención era que sus amigas pudiesen beneficiarse con el mismo interés que podía conseguir para ella. Mema observó la reacción de Yiya y no pudo ocultar su alegría.

Luego del éxito de su primera inversión, Mema intentó aprovechar la oportunidad de lograr fabulosas ganancias y, para eso, vendió un departamento ubicado en la calle Chile 621 y un automóvil marca Ford de dos años de antigüedad. Al dinero obtenido con esas dos operaciones sumó unos ahorros que tenía. De esta manera quedó conformada una cantidad más que significativa, que fue transformada en dólares y entregada, sin ningún tipo de duda y en su totalidad, a la misma inversionista en procura del mismo interés. ¡Cuál no sería la sorpresa de Mema cuando mi madre le dijo que un monto mayor la haría acreedora de un porcentaje mayor de ganancias!

Yiya actuó del mismo modo con Nilda, nuestra vecina de departamento y piso, quien era una asidua concurrente a nuestra casa y, como ya narré, mi compañera de escoba de quince los sábados por la noche. De carácter jovial, su relación con mi madre podía considerarse cordial y normal. Una íntima amiga de Nilda, Lelia Formisano de Ayala, a quien llamaban Chicha, también se sintió atraída por las maravillas que lograba mi madre y decidió invertir. Si bien vivía en Mar del Plata, Chicha venía seguido a Buenos Aires y se hospedaba en el departamento de Nilda. Con ambas Yiya repitió todos los pasos que había dado con Mema.

Para facilitar la concreción de estos “negocios”, Yiya los acompañaba con un aumento desmedido de su amistad hacia las mujeres que le confiaban sus ahorros y, sobre todo, las visitaba con mayor frecuencia. A

Mema, que le gustaba salir, la invitaba muy seguido a comer afuera o al teatro.

Un día de semana por la tarde tuvo lugar un episodio que terminaría para siempre con la amistad entre Nilda y Chicha. A través de la medianera comenzaron a escucharse unos histéricos gritos mezclados con llantos. De inmediato acudimos a ver de qué se trataba y tocamos timbre. Se abrió rápidamente la puerta y en medio de una crisis de lágrimas Chicha corrió a refugiarse en nuestra casa seguida por Nilda, que no dejaba de gritar: “¡Ladrona! cómo pudiste hacerme esto a mí...”. Finalmente fue posible entender que el escándalo se había originado al descubrir la dueña de casa que le faltaba un anillo de oro y brillantes, obsequio de su madre. Por deducción lógica, la conclusión de Nilda había sido que solo su propia huésped y mejor amiga había tenido oportunidad de tomarlo. Existía otra persona con libre acceso a su vivienda, pero pensar siquiera en esa posibilidad hubiera sido un disparate, ya que se trataba nada menos que de Yiya, su concuñada, su vecina, su única y verdadera amiga. El desenlace de la situación fue que nunca más Chicha y Nilda volvieron a hablarse. A partir de entonces Chicha se instaló en un departamento de su propiedad ubicado en el 2481 de la avenida Belgrano.

Mi madre supo mantener con cada una de ellas su amistad por separado. El incidente tampoco afectó las inversiones. Y además, cosa que en su momento me pareció curiosa, Yiya se ocupó de alimentar la animosidad que las separaba. Al escribir esto inevitablemente acude a mi memoria una frase que viene de la antigüedad: “divide y reinarás”.

El plazo para la devolución del dinero había transcurrido y como Yiya nunca lo había “puesto a trabajar” (como se decía en aquella época), resolvió ensayar la siguiente excusa: “¡Vos sabés la suerte que tuvimos! Me aceptaron todo el dinero con todos los intereses para depositarlos en otro plazo fijo”, les dijo a cada una de ellas.

Cualquier sombra de duda quedó disipada cuando les entregó una muy pequeña cantidad en concepto de “adelanto de beneficios”. Y también por las expectativas de las tres, cuya ansiedad por obtener beneficios se había transformado ya en desmedida ambición. Algunas realizaban cálculos respecto del destino que darían a su ahora muy interesante capital. Chicha,

por ejemplo, dejó una seña en una importante agencia de viajes para realizar su tan soñado tour por Europa. Cuando Chicha comentó este hecho con su amiga Yiya, esta se mostró exteriormente muy feliz, pero comprendió que no bien transcurriese el nuevo plazo debería tener indefectiblemente una solución. Ya no cabrían más excusas...

Inevitablemente llegó la hora de la devolución y ante las protestas de Chicha, mi vieja le ofreció en garantía un departamento ubicado en la calle Chacabuco, regalo de Enrique Juarez. Con esta maniobra consiguió dos cosas: que Chicha no se quejara ante sus otras acreedoras y tiempo para pensar, pues la deuda por el total de las inversiones alcanzaba ya los 300.000 dólares.

El sábado 10 de febrero de 1979 Nilda Gamba comenzó a sentir dolores agudos en el estómago y náuseas. El médico Enrique Tonner, que vivía en el mismo edificio, fue el primero en atenderla. Nilda le contó que en el almuerzo había comido pescado y Tonner supuso que estaba frente a un caso de intoxicación. Nilda le contó algo más: Yiya Murano había estado con ella después del almuerzo y habían tomado té. El vecino médico le recetó un colagogo y llamó al servicio de urgencias del PAMI.

Cuando llegó la ambulancia, el médico de guardia revisó a Nilda, coincidió con el diagnóstico de Tonner, recetó antiespasmódicos inyectables y analgésicos, y se fue.

Un rato más tarde Nilda comenzó a vomitar. Asustada, golpeó la medianera para pedir ayuda. Al oír los golpes, Yiya salió a buscar a una enfermera para que le aplicara la inyección recetada por el médico de PAMI. Luego del pinchazo Nilda experimentó una notable mejoría, a tal punto que quiso levantarse. En esos instantes había llegado Yiya, quien se ofreció para quedarse a cuidarla.

Por la noche el malestar había empeorado y Nilda pidió que llamasen al médico nuevamente. A la madrugada mi madre habló por teléfono con los familiares y un sobrino de Nilda se hizo presente en la casa cuando ya eran las dos y media del domingo. Encontró a Nilda en coma. Inmediatamente después, fallecía.

Yiya buscó entonces al doctor Tonner con el fin de que firmara el certificado de defunción. El médico alegó que no había sido el último en atenderla, por lo que no era correcto que él firmara el certificado. Ante tal inconveniente mi madre optó por dirigirse al médico de la cochería, quien sí aceptó hacerse cargo del trámite a cambio, como se estila, de una propina. La causa de muerte según el certificado fue “paro cardíaco no traumático”, fórmula que evitaba la autopsia y por consiguiente las complicaciones para la empresa.

En el velatorio Yiya mostró pesadumbre. Allí mismo una sobrina de la muerta, que había sido informada por esta de las inversiones, llevó aparte a mi madre para interrogarla acerca de si había quedado alguna liquidación pendiente. En actitud ofendida ella contestó que de ninguna manera y que hacía ya un mes había entregado todo el dinero a sus familiares. La sobrina sacó de su cartera un pagaré de 60.000 pesos de esa época (monto relativamente chico) que tenía la firma de mi madre.

—¡Ah, sí! —contestó Yiya— queda esa insignificancia. Mañana mismo te lo pago.

Cerca de ellas, Chicha observaba con angustia la conversación.

En un principio la muerte de Nilda no provocó ninguna sospecha porque existía un antecedente. Un mes y medio antes, en diciembre de 1978, durante tres días no supimos nada de Nilda. No sabíamos si había salido y nadie respondía en el departamento. Se hizo la denuncia a la policía y cuando forzaron la puerta encontraron a Nilda tirada en el piso, víctima de un coma diabético. La llevaron a un hospital y luego de estar internada unos días se recuperó. Aquella vez fue Yiya la persona que vio a Nilda por última vez antes de que se descompusiera. Puede que haya sido un intento de envenenamiento que no resultó. O tal vez lo del coma diabético haya sido verdad.

Días más tarde, cuando debía devolver el dinero a Chicha, mi madre fue hasta su domicilio para tomar el té. Nunca se supo cuáles fueron los argumentos con los que mi madre tranquilizó a su amiga. Lo cierto es que, según Yiya, convinieron en encontrarse esa misma noche junto con otras personas para concurrir al teatro. Cuando mi vieja la fue a buscar nadie

respondió el portero eléctrico. Luego de insistir unos minutos, Yiya decidió preguntar a varios vecinos y a la encargada si la habían visto, y les comentó los planes que tenían. Finalizado esto continuó con su salida.

El 22 de febrero los vecinos del edificio denunciaron a la policía que del departamento ocupado por Chicha salía un olor penetrante que impregnaba el pasillo. Dijeron también que se escuchaba el ruido de un televisor y que nadie contestaba el timbre. Personal de la Comisaría 6ta. intervino en el caso. Llamaron a un cerrajero y al forzar la cerradura encontraron el cadáver de la dueña de casa en un sillón frente al televisor encendido. A su lado se encontraron restos de pescado, una taza con un poco de té, otros utensilios de cocina y masas. También en este caso el médico de la empresa funeraria, a cambio de una suma de dinero, extendió un certificado de defunción que anunciaba “infarto de miocardio no traumático”. El tan ansiado viaje a Europa que Chicha había señalado con el adelanto de los intereses no se realizaría.

El 24 de marzo Mema del Giorgio Venturini sintió náuseas y un profundo malestar. Desfalleciente, consiguió arrastrarse hasta lograr abrir la puerta de su departamento. Se desplazó hasta el pasillo sin poder emitir un coherente grito de ayuda e intentó incorporarse utilizando como punto de apoyo las barandas que daban comienzo a la escalera. Presa de vértigo, perdió el equilibrio y cayó haciendo un ruido estruendoso. Los vecinos acudieron de inmediato en su ayuda. En ese momento llegaba al lugar Yiya, quien iba a llevarle un libro de Historia para su nieta y un paquete de masas finas. Nerviosa, mi madre preguntó a los vecinos si Mema había dicho algo antes de perder el conocimiento y si, en caso de que muriera, sería necesaria una autopsia. Sorprendidos, los vecinos le dijeron que antes de pensar en la autopsia había que pensar en salvarla. Después pidió al encargado del edificio las llaves del departamento de su prima. Para convencerlo le dijo que debía informar lo que pasaba a los familiares y que los números telefónicos solo figuraban en la agenda de Mema. El portero accedió y la acompañó al interior de la casa. Mi madre tomó de un estante unos papeles y un frasquito, que guardó en su cartera al tiempo que decía: “Esto es mío, me lo llevo”. El encargado no entendió por qué mi madre en vez de realizar

las llamadas volvió rápidamente al pasillo, pero con la urgencia de la situación todo quedó momentáneamente en el olvido. En un intento por socorrer a la accidentada, una enfermera le practicó respiración boca a boca, episodio que luego sería de fundamental importancia para el abogado defensor ya que alegó que si hubiese sido envenenada, su aliento lo habría delatado.

En la ambulancia camino al hospital, mi madre, que viajaba en carácter de acompañante, preguntó al médico si iba a ser necesario hacer una autopsia. Él le respondió: “Señora, por favor, el caso es grave pero esta señora todavía vive”. Terminado el recorrido Mema falleció y en medio de la confusión quedaron olvidadas las masas que Yiya había llevado. Según dicen, el personal de la ambulancia las comió sin consecuencia alguna.

Cuando Diana María Venturini, hija de Mema, intentaba poner en orden las pertenencias de su madre, descubrió que faltaban unos pagarés que habían sido extendidos como garantías de los depósitos entregados a Yiya. Preocupada, la mujer llamó al encargado que era la única persona que podía acceder al departamento y le preguntó si sabía algo. El hombre recordó entonces el ingreso de mi madre para realizar unas llamadas que finalmente no había concretado.

Durante el velatorio y a pocos pasos del cadáver la hija de Mema dejó por un momento de lado el dolor de la pérdida y se acercó a mi madre para gritarle: “¡Estafadora!”. Luego de una breve pero acalorada discusión Yiya accedió a renovar unos pagarés que poco después no tendrían ningún valor.

Ya en su domicilio y con la mente más despejada, Diana comenzó a hacer conjeturas. Puesto que otras dos personas a quienes Yiya debía dinero habían muerto en circunstancias similares a las de su madre, decidió hablar del caso con la policía. A partir de este testimonio, se abrió una causa comandada por el juez Diego Perés, quien ordenó inmediatamente la exhumación de los tres cadáveres para que se les practicara la correspondiente autopsia. En el caso de los cuerpos de Nilda y Chicha, inhumados en tierra, esa tarea no arrojaría evidencias decisivas ya que en el proceso de descomposición de los cuerpos una de las sustancias que se forma es el clorhidrato de cianuro. Esto impide establecer si esa sustancia

está allí por causas naturales o por haber sido ingerida por la víctima. En cambio en el cadáver de Mema pudo determinarse con exactitud que en sus vísceras había restos de cianuro alcalino y es así que se consideró que se trataba de una muerte por envenenamiento.

El proceso, la cárcel

No es fácil la vida cuando la madre de uno es objeto del repudio ajeno, repudio masivo, completo, una condena social abrumadora que prescindía de toda formalidad judicial. Se podía pensar poco en esos días. Casi todo el tiempo transcurría en el intento de evitar, siquiera por un momento, el asedio de la prensa. Salieron en los diarios fotos mías, tomadas por la calle, que yo no sabía que me habían sacado. Según parece, periodistas y fotógrafos se escondían en las instalaciones de San Lorenzo en los días de entrenamiento de mi equipo de básquet.

En mi colegio, Cardenal Newman, el rector Wall se ocupó de hablar con el alumnado. Les dijo: “Martín no tiene nada que ver con todo esto, así que eviten los comentarios”. Para eludir a los periodistas mis horarios allí eran distintos de los de mis compañeros: por ejemplo, yo ingresaba a las nueve y media en vez de hacerlo a las ocho menos cuarto. En el colegio sentí comprensión y debo reconocer que solían perdonarme cosas que en otros se castigaban. En 1978, mi primer año de secundario, me había llevado a examen dos materias (Biología y Caligrafía) y las aprobé en diciembre. Al año siguiente, cuando sucedió todo esto, me llevé nueve, cinco de ellas a marzo, y con mi padre decidimos que era mejor repetir.

No todos actuaron como el rector Wall. Mis padres y yo habíamos asistido con frecuencia a la parroquia de Monserrat cuya barra brava es famosa en San Telmo. Allí había jugado al fútbol, asistido a charlas y bailes, y hasta me había trezado en alguna pelea. En una oportunidad, cuando parte de la iglesia se había derrumbado a causa de que la empresa de ingeniería Tauro había iniciado una construcción en el terreno de atrás, mis viejos hicieron un aporte monetario importante para colaborar con la realización de las obras necesarias para reconstruirla. Poco después de la detención de Yiya el cura de la parroquia, Calixto Sebastián Maidana, hombre enérgico que varias veces había comido en casa, nos envió un emisario. Se trataba de un joven militante de Acción Católica que, en

nombre del cura, nos pidió que dejáramos de ir a la parroquia. “La gente comenta”, nos mandó decir.

También teníamos que soportar miradas suspicaces cada vez que nos veíamos obligados a decir nuestro apellido. Más de una vez me preguntaron: “¿Murano! ¿Algo que ver con la Yiya?”. Los preguntones quedaban callados cuando yo respondía: “Sí, soy el hijo”, y quizá alguno creyó que le estaba tomando el pelo.

La detención de Yiya tuvo además una consecuencia inesperada: de un día para el otro me sentí libre, sin el peso que para mí significaba enfrentar sus órdenes y desaprobación sus actividades. Por primera vez podía tomar mis propias decisiones. La consecuencia de este cambio fue que a partir de entonces me dediqué un poco menos al colegio, redoblé mis esfuerzos en el deporte y empecé a asistir a clases de teatro. Mi padre, en cambio, no dejaba de perder peso. Cada vez más débil, el viejo aceleraba su proceso de autodestrucción. Su estudio ya se había derrumbado.

Yo tenía 13 años y a partir de entonces crecí solitariamente, por mi cuenta y en la calle. Ante el desmoronamiento de mi padre dejé de tener casa. Mi casa pasó a ser un montón de paredes. Por primera vez tuve amigos y conocí la noche, aunque por suerte siempre algo me hizo retirar a tiempo cuando entreveía falopa o manos pesadas. Esa ley de la calle que obliga a respetar al de más fuerza física me evitó dificultades. Mi entrenamiento deportivo fue entonces una valiosa ventaja a mi favor. Mis relaciones con chicas fueron difíciles. Si no pertenecían a ambientes pesados, huían de mi apellido. El de la “envenenadora de Monserrat” ya no era el caso de Yiya, sino el de la familia Murano.

El deporte fue, a buen seguro, la tabla que me mantuvo a flote muchas veces. Recuerdo a mi entrenador de básquet, Erio Cacetai, quien tantas veces cumplió para mí el papel de padre. Él fue en buena medida el responsable de que yo continuara la práctica deportiva cuando muchas veces sentía que no podía más con nada. En ese ámbito mis vínculos con la gente fueron buenos, todo el mundo me trató respetuosamente y jamás nadie habló de mi madre, a menos que yo mismo sacara el tema. Solo tenía que soportar los cantitos de las hinchadas rivales, que recordaban con ironía el cianuro y las muertes para que aquel chico de 13 años errara un doble.

Estoy convencido de que la lucha contra esas cosas y el ver periodistas todos los días y en todos los momentos también ayudaron a mi transformación física y mental.

A pesar de la religiosidad de mis padres, las navidades nunca fueron en casa una fecha importante. Después de la detención de Yiya, eran simplemente un día más. El Día del Padre también significaba poco —mi viejo parecía cada vez más ausente— y en el Día de la Madre le hacía algún regalo a María.

Poco a poco actividades nuevas empezaban a llenarme de vida, y con tres amigos —dos de ellos, Fabián y el Gallego, están ahora en el exterior— caminábamos todos los recovecos de la ciudad. No encontré consuelo en la religión, pero sí en la lectura, sobre todo en las referidas a temas de cultura general, tradiciones argentinas, Historia, y en la Biblia. De continuo me acompañó en mi adolescencia el temor a terminar mal, y creo que ese miedo me ahorró problemas.

Mientras tanto, Yiya Murano vivía en la Unidad Penitenciaria de Ezeiza.

No visité a mi madre más que una docena de veces durante los tres años que duró su primera detención. En ese tiempo ya se consolidaba en mí la certeza de que mi madre era culpable y ese sentimiento hacía que me resistiera a ir a verla. Aunque más no fuera porque Nilda, mi amiga, era una de las muertas.

En el penal había que someterse a requisas minuciosas. Me entristecía profundamente aquel sitio, me resultaba deprimente ver a las reclusas, muchas de ellas muy jóvenes, bonitas, detenidas por tráfico de drogas o prostitución, en fin, no importan los motivos, pero la tristeza emergía de su expresión de seres resignados a su suerte que ambicionaban la libertad sin saber bien para qué.

En aquellas pocas visitas no tuve más que charlas superficiales con mi madre, y casi nunca hablamos del caso en sí. Cuando eso ocurría, Yiya insistía con la versión que mantiene hasta hoy ante la Justicia: que todo se trata de un enorme error, que es inocente. Yiya preguntaba cómo estaban las cosas afuera y nos contaba anécdotas carcelarias referidas especialmente al

lesbianismo practicado por las internas. También preguntaba por Julio Ricardi, quien no iba a visitarla. A pesar de quejarse por no tener noticias de él, Yiya se las había arreglado para que en la cárcel, donde la única joya permitida es la alianza matrimonial, le permitieran seguir usando el anillo de plata, símbolo del compromiso con su amante. Ni siquiera entonces mi viejo advertía la turbación de su mujer cuando se hablaba de aquel hombre. Generalmente le llevábamos comida y los diarios. Podíamos hablar con ella dos horas en cada visita, sentados en el salón de actos donde tomábamos té. Mi viejo no dejó de visitarla hasta el final todos los sábados por la mañana.

Después de la tercera o cuarta visita observé que las otras presas respetaban mucho a mi madre, quien se había convertido en una especie de líder allí adentro. Y teniendo en cuenta que Yiya compartía esa prisión, por ejemplo, con Emilia Basil, aquella que descuartizó a un hombre y puso a hervir los trozos, no me pareció poco mérito imponer respeto en Ezeiza. Según nos contaba mi madre, con el dinero que se le depositaba, en la proveeduría de la prisión compraba cosas como cigarrillos o cremas y las entregaba a las demás internas a cambio de favores. Yiya decía que a causa de una operación no podía limpiar o hacerse la cama y así conseguía que las otras reclusas aceptaran algún regalo para hacerlo por ella.

Mi madre no compartía con las otras reclusas actividades comunes de recreación o de terapia. No le pareció adecuado para ella. Durante esos años su actitud hacia los demás no sufrió ningún deterioro. En realidad, aun en prisión, seguía siendo la misma Yiya Murano subida a su pedestal que de continuo refería a sus compañeras su posición económica.

Mi madre se enfrentaba con las otras reclusas cuando adoptaban gatos, algo muy frecuente en el penal. Yiya odia a los gatos, siente por ellos una fobia extrema, incontrolable (quizá por eso tengo hoy en casa un gato enorme). Recuerdo que en una ocasión, cuando yo aún era un niño, Yiya me llevó a tomar el té al Círculo Militar en compañía de su hermana. En medio de la charla un gato rozó las piernas de mi madre. Yiya se subió sobre la mesa con la cara desencajada y dio un alarido que quebró la calma del lugar. El gato siguió su camino, pero mi madre tomó un cenicero y se lo arrojó. Después de eso, volvió a sentarse y continuó charlando como si nada hubiera ocurrido.

Meses después de su detención, Yiya comenzó a sentir dolores de cabeza severos. Los primeros análisis hechos en el hospital del penal indicaron la presencia de un aneurisma o tumor sanguíneo en el hemisferio cerebral derecho. Una tarde de abril de 1980, después de un recreo, sufrió un ataque que la dejó tirada junto a su cama y que le paralizó casi por completo la mitad izquierda del cuerpo. Fue internada entonces en el hospital de la Unidad Carcelaria de Villa Devoto, adonde se la llevó desde Ezeiza, y allí se determinó que la operación urgía y que no era posible practicarla en ese lugar. Uno de los médicos del penal, que trabajaba también en el Hospital Pirovano, sugirió el traslado que se realizó en medio de un amplio despliegue de seguridad. Los profesionales que examinaron a mi madre consideraron poco probable que pudiera sobrevivir a la operación.

El 20 de mayo Yiya fue operada por un equipo dirigido por el doctor Suárez Rivera. La intervención duró varias horas y fue un éxito. La extracción ósea que se le practicó dejó expuesta parte de la masa encefálica, y debía hacerse otra operación complementaria para proteger la zona. Yiya se negó a que se le hiciera la nueva intervención, y así sigue hasta el día de hoy. El médico dijo que en esas condiciones cualquier golpe, por más leve que sea, puede ser mortal. Lo cierto es que, de haber sabido que la iban a operar, Yiya ni siquiera hubiera permitido que le hicieran la intervención que le salvó la vida. Tiene pánico a los médicos y a los dentistas, y tener que soportar una anestesia general es para ella equivalente a enfrentarse con la muerte.

Las visitas al hospital eran libres, podía ir cualquiera, había solamente un oficial uniformado en la puerta de la sala de terapia intensiva. Durante aquella internación su hermana, mi padre y yo visitamos a mi madre. No hubo notas, ni fotos, ni periodistas. Solo médicos y policías. Yo la visité después de la operación cuando ella se empezaba a recuperar. Todavía no tenía una lucidez completa. Recuerdo que pedía comida y, si bien no se había visto en el espejo, se quejaba de su apariencia ya que estaba totalmente pelada. Lo que más le preocupaba era que no le hicieran la cirugía plástica de manera inmediata.

Aunque Yiya sabía que su estado de salud era precario, en ningún momento manifestó intenciones de decir la verdad. Pero bueno, ejemplos

así se ven repetidos a lo largo de toda la historia criminológica mundial. Me enteré más tarde del caso de Landrú, aquel francés que enamoraba mujeres, las despojaba de todos sus bienes y finalmente las mataba. Fue juzgado y condenado a morir en la guillotina. El verdugo, momentos antes de proceder, le dijo: “Monsieur Landrú, ahora que no tiene nada que perder, dígamelo... ¿Usted en verdad las mató?”. Con una casi displicente sonrisa, Landrú replicó: “Dejad que me lleve ese secreto como único equipaje en mi viaje al más allá”, y seguidamente enfrentó la muerte.

¡Increíble! La libertad

Habían transcurrido aproximadamente tres años desde la detención de Yiya. Yo no estaba muy al tanto de cómo se avanzaba en la causa. A esa altura el dilema acerca de su inocencia o culpabilidad para mí estaba resuelto. Por eso no me interesaba por los trámites judiciales. De pronto el caso, que para la prensa estaba dormido, volvió a ocupar la atención de los medios. Pero con una variante sorprendente: ya no se trataba de la “envenenadora asesina”, sino de la “presunta homicida”. Yo no entendía muy bien el cambio producido hasta que por boca de mi viejo y de algunos parientes se empezó a hablar de libertad.

Una tarde me encontraba en el colegio cuando un compañero se me acercó.

—Che, escuché que largaban a tu vieja —me dijo.

Enseguida me dirigí a la oficina del rector, le dije que tenía un malestar y le pedí permiso para retirarme a mi casa.

Mis dudas no fueron disipadas de inmediato, ya que al interrogar a mi viejo sobre el tema recibí como respuesta un “no sé... a lo mejor... puede ser...”. Al final de esa tarde llamó por teléfono mi tía, que nos comunicó que a eso de las siete y media de la tarde llevarían a Yiya a la Casa de Ejercicios Espirituales que está en Independencia y Salta, y allí la dejarían en libertad. Pasados tan solo cinco minutos de la hora fijada, un automóvil Ford Falcon de color blanco dobló por Independencia en contramano. Frente al lugar indicado el automóvil frenó, esperó que bajara mi vieja, luego retomó la misma avenida y se perdió en el tránsito.

Esa noche vinieron a casa los hermanos de Yiya y Julio Ricardi. Yiya contó cómo habían sido sus últimos momentos en la cárcel. Dijo que aunque le habían dicho que saldría, hasta que no la dejaron en libertad no creyó que fuera cierto. No era que pensara que le estaban mintiendo. Era una sensación íntima que solo se disipó cuando se reunió con nosotros.

Después, ante un auditorio que se ponía tenso porque no sabía hasta dónde podía llegar, Yiya aseguró que iba a cambiar.

—Voy a reencauzar mi vida. Desde mañana, desde ahora mismo voy a empezar de nuevo.

—¿Y qué vas a hacer? —preguntó Ricardi.

—Bueno, no sé, evitar que se hable mal de mí. Porque primero hablan mal y después te acusan de asesinato.

La carcajada fue general. Nadie tenía ganas de pensar si Yiya era o no culpable. Estaba de vuelta y había que festejarlo e intentar dejar atrás lo ocurrido como si hubiera sido una pesadilla.

¿Cómo explicar la decisión de la Justicia cuando nadie dudaba de su culpabilidad? Sintéticamente podríamos decir: primero, que Yiya no había confesado; segundo, que si bien todas las pruebas apuntaban en su contra, no hubo testigos directos de los crímenes; y, por último, que la querella se basaba en que otra persona no podría haber sido, pero demostraba incapacidad en probar la autoría de la imputada. Vale la pena hacer una síntesis de la sentencia absolutoria ya que los argumentos del juez demuestran que Yiya estuvo muy cerca de cometer el crimen perfecto que tanto admiraba.

El 15 de julio de 1982 el juez Angel Mercado, que había reemplazado a Perés, declaró absuelta de culpa y cargo a Mercedes Bernardina Bolla Aponte de Murano de los delitos de homicidio calificado reiterado en tres oportunidades y de estafa reiterada en tres oportunidades, y ordenó la libertad de la acusada.

El juez interpretó que, según los resultados de los peritajes químicos realizados en las vísceras de Mema del Giorgio Venturini, la presencia de cianuro en la cantidad en que fue hallado no era suficiente para probar que esa había sido la causa de la muerte y menos que el veneno hubiera sido suministrado por la acusada.

El juez dividió a los testigos relacionados con el asesinato de Mema en dos grupos. Uno, integrado por personas que estaban ligadas a la fallecida por lazos de parentesco o amistad y que manifestaron supuestas descripciones o procedimientos relacionados con la responsabilidad penal de la

acusada que otros les habían contado. El juez calificó a este grupo como de testigos indirectos o mediatos. El otro grupo, según Mercado, estaba constituido por personas que declararon circunstancias que conocían por rumores o conjeturas.

De esta manera el juez Mercado llegó a la conclusión de que ninguno de estos testigos conocía el *modus operandi* ni los hechos inmediatos anteriores y concomitantes que rodearon al supuesto delito. Tampoco quedaba claro el momento, el modo y la forma en que se habría suministrado el veneno a Mema. El juez escribió en su fallo: “...de aquí pues el sentenciador se encuentra imposibilitado de establecer el proceder delictual de la prevenida en base a la prueba examinada *in extenso*, ya que ella no solamente adolece de fuerza asertiva o categórica, sino que carece de claridad y concordancia (...) pues no solo es ineficaz desde todo punto de vista, sino que también lo es en cuanto no conduce a certeza subjetiva alguna, de modo que no pudiendo ser verdadera la apreciación que del hecho efectuaron los deponentes o que haga el suscripto, quedaría en el ánimo del Juzgador una duda insalvable”.

La negativa terminante de Yiya, no obstante las sospechas que se levantaron sobre ella, también fue tenida en cuenta por el juez.

En cuanto al delito de estafa, el juez Mercado entendió que en la situación presentada Mema habría entregado voluntariamente el dinero a Yiya en préstamo para que le produjera intereses y que por lo declarado por los testigos ella había devuelto las sumas dadas con elevados intereses en reiteradas oportunidades. Su conclusión fue que se trataba de una operación civil de préstamo y de deuda, que descansaba sobre la confianza que existía entre ambas.

El juez también descartó que Yiya hubiera tenido que ver con la muerte de Nilda Gamba. En primer lugar, porque los exámenes toxicológicos, según su interpretación, fueron insuficientes para determinar que el cianuro hubiera sido el causante de la muerte de Nilda. “Debemos añadir —señaló el juez— que (...) las diligencias practicadas en comercios del ramo para establecer si la imputada había adquirido elementos tóxicos, cianuro de potasio o de sodio, en las cercanías de su domicilio, resultaron negativas”. También en este caso, el juez dijo encontrarse ante una duda insalvable.

En cuanto a la muerte de Chicha Ayala, el juez Mercado, después de interpretar que el cianuro hallado en las vísceras era insuficiente, escribió en la sentencia: “(...) la mayor parte de los deponentes están interesados por su vinculación de sangre o de amistad en hacer verosímil la intervención delictual de la acusada (...) sin haber aportado una prueba categórica de su accionar, pues todas son referencias de relatos, testimonios indirectos o mediatos, o hipótesis más o menos verosímiles de lo que pudo haber acontecido. Nadie estuvo presente con la sindicada en momentos en que se supone que esta suministró el veneno-cianuro a la víctima, de modo que lo que realmente ocurrió es un misterio no develado por la investigación...”.

Parecía el crimen perfecto. Las mujeres habían sido asesinadas con una sustancia que, una vez muertas, era producida por el cuerpo en estado de descomposición, de manera que era imposible comprobar si la habían ingerido antes de morir. Solo la agonía de Mema le había dificultado las cosas. De no haber contado con la fuerza necesaria para arrastrarse hasta la escalera, Mema hubiera muerto como las otras mujeres y probablemente el mismo médico de la cochería que había intervenido en los casos anteriores habría extendido un certificado con el diagnóstico “paro cardíaco no traumático”. La intervención costaba unos pesos, pero se trataba de una minucia comparada con la deuda reclamada por la difunta. Entonces solo le hubiera restado acabar con Iris Seisdedos, una vecina que también se había sentido tentada por los intereses excepcionales que conseguía Yiya. ¿O a Iris Seisdedos pensaba pagarle? Durante todos estos años me he preguntado si mi madre mató porque se encontraba en una situación sin salida o porque, una vez cometido el primer crimen, se sintió atraída por la aventura. Sé que es una duda que no conduce a nada. Pero la personalidad de Yiya sigue siendo un misterio para mí y muchas veces vuelvo a caer en la trampa de creer que encontrando la respuesta a una determinada cuestión voy a lograr comprenderla.

Lo cierto es que Yiya no llegó a considerar la posibilidad de matar a Iris Seisdedos porque Mema se arrastró fuera de su departamento. Y, presa de su ansiedad, Yiya se puso en evidencia y despertó sospechas entre los vecinos, el encargado del edificio, los médicos y la hija de Mema. Este paso en falso le costó el descrédito público y la cárcel. En lugar del crimen

perfecto, había cometido una serie de crímenes espantosos y a la vista de todo el mundo. Pero tres años después la historia parecía tomar otro rumbo. La Justicia había determinado que su paso en falso, su atolondramiento, no bastaba para condenarla. Aun equivocándose, Yiya había conseguido evitar que la consideraran culpable y, si bien no podía jactarse de lo bien que le habían salido las cosas, al menos podía emprender un largo camino para intentar reivindicarse socialmente y aspirar a que con el paso de los años la gente empezara a considerarla inocente. Antes de morir, Mema le había complicado la vida. Quizá su prima se había arrastrado fuera del departamento con la intención de acusarla, pero tal como se le presentaban las cosas, Mema había conseguido perjudicarla pero no vencerla.

De nuevo como al comienzo

Poco después de retornar a casa la vida de Yiya fue volviendo a la “normalidad”. Al principio solía pasarse el día dentro del departamento, pero luego comenzó a mostrar un leve interés en que la gente la viera. No tuvo reparos en reanudar sus encuentros con Ricardi y con Juarez. Aunque había pasado tres años en la cárcel, parecía que nada había cambiado.

Con las primeras visitas que se acercaron a saludarla se mostraba en una actitud como beatificada y ante cualquier comentario sobre su prisión decía que si Dios le había impuesto esa prueba, por algo sería. Ella veía en todo lo ocurrido una señal divina y, por ende, tenía derecho a sentirse superior al común de los mortales. Sus constantes referencias a Dios y a la Virgen no concordaban con sus relaciones extramatrimoniales, pero nadie tuvo el mal gusto de hacérselo notar.

Estoy absolutamente seguro de que mi vieja nunca llegó a creerse sus propias mentiras. No se trataba de una mitómana que se autoconvencía y tergiversaba la realidad. Era fácil comprobar que todos sus falsos argumentos estaban elaborados teniendo en cuenta las características del destinatario. A menudo esa conducta le había permitido salir airoso de situaciones comprometidas, y en esta etapa en especial consiguió cambiar la opinión que mucha gente se había formado con respecto a su persona.

La particular versión que contaba de lo sucedido nunca pudo explicar ni las muertes ni el destino del dinero. Decía que sus acreedoras habían muerto de muerte natural y que solo la codicia de Diana, la hija de Mema, la había llevado a una situación tan absurda como la que le había tocado vivir. Sostenía que había devuelto todo el dinero y que todo lo que le había pasado era el resultado de la estupidez que había cometido al pretender ayudar a sus amigas.

—Cada vez que lo pienso, no lo puedo creer. Que yo haya tenido que pasar por esa pesadilla por comedia... o por boluda, como quieras llamarlo.

También intentaba convencer por el absurdo. ¿Qué clase de monstruo se pensaban que era ella que era capaz de matar a su conculñada, a una amiga y a su prima?

—¿Te parece que yo soy capaz de una cosa así? ¡Por Dios! Si nunca fui capaz de matar una mosca. Lo pienso y me dan ganas de vomitar... Nilda, mi vecina, mi amiga... Es increíble que en este país uno pueda pasar por estas cosas.

La gente que iba a visitarla no quería, por lo general, entrar en tema y prefería creerle. Si alguien, alguna vez, intentaba no acusarla sino examinar la lógica de lo que Yiya decía, mi madre apelaba inmediatamente y sin dejar lugar a ningún tipo de discusión a la protección divina. Cualquier intento de hablar del tema en otros términos que no fueran los que ella imponía era considerado por Yiya como una acusación y una prolongación más del “calvario” al que la habían sometido.

—¡Solo Dios puede juzgarme y Él sabe que soy inocente! Pero si me tengo que seguir arrastrando como la peor de las criminales, lo voy a seguir soportando humildemente porque así lo quiere el Señor.

Por ese entonces muchos allegados ya no la veían como una arpía, sino como una mujer desesperada y acorralada que defendía con uñas y dientes lo que a su juicio podía ser su salvación. En su favor puedo decir que nunca perdió la presencia de ánimo, ni por un momento llegó a considerarse derrotada. A diferencia de Antonio, que continuaba deprimido por lo que había sucedido, Yiya afrontaba los hechos con una entereza realmente envidiable.

Cuando en la televisión se hablaba de su caso, Yiya escuchaba atentamente la nota para luego decir:

—Claro, ahora que demostré al mundo que soy inocente se les acabó el negocio.

Después hacía alguna que otra acotación con respecto al periodista que la había mencionado, aunque cabe destacar que jamás se entrevistó personalmente con ninguno de ellos.

A medida que pasaban los días comenzaba a crecer en Yiya un interés por mostrarse en público. Cuando salía se convertía en blanco de todas las miradas, y no miento al decir que disfrutaba disimuladamente de ello. No

recuerdo que haya perdido ocasión alguna de contar su “calvario” y de asegurar que ese episodio le había servido para encontrarse en paz consigo misma.

Transcurrida una semana desde que se había dado a conocer el fallo absolutorio, el abogado por parte de la querella, doctor José María Orgeira, apeló la medida y el caso pasó a segunda instancia. La Cámara de Apelaciones sería la encargada de dictar sentencia definitiva. A partir de ese momento Yiya consideró al doctor Orgeira como su principal enemigo.

En el año 1979, cuando mi vieja había sido detenida, yo tenía 13 años y una forma de vida. En el momento en que la pusieron en libertad ya tenía 16 y una forma de vida completamente diferente. Por entonces yo ya había obtenido varios títulos nacionales de taekwondo y de karate. Estos logros me habían dado confianza para seguir adelante solo, actitud indispensable para mí, que ya había advertido que no tenía otra opción. Había dejado de ser un chico confundido por lo que pasaba en su casa y me había hecho mi propio código de conducta. Por eso ya no estaba dispuesto a callar lo que me jodía, y con respecto a ella tenía muchos motivos para no guardar silencio.

La primera discusión que tuvimos estuvo motivada por el reencuentro con sus amantes, hecho que a mí personalmente me tenía sin cuidado, pero que no toleraba por mi viejo. No podía evitar recordar todos aquellos sábados por la mañana, cuando siendo apenas las seis Antonio, cargado con dos bolsos, tomaba el colectivo hasta Constitución, luego el tren hasta Ezeiza y finalmente caminaba las quince cuadras que separan la estación de la Unidad Penitenciaria. Solo para verla. Tampoco escapaba a mi memoria haberlo visto en la iglesia rezando para que su mujer obtuviera la libertad, o llorando cuando creía que nadie lo veía. Cada vez que mi vieja salía, y yo sabía a dónde iba, se me aparecía la imagen de felicidad de papá el día de la excarcelación y realmente no sabía qué hacer con mi bronca.

—Ya bastante tuve que sufrir en la cárcel para tener que aguantar que te metas en mi vida —me dijo una tarde.

—¿Por qué no te separás? ¿No te das cuenta de que Antonio no se merece la vida que le das?

—¿Separarme? ¿Para qué? ¿A dónde voy a ir ahora que todos me señalan por la calle?

—Entonces vas a tener que actuar de otra manera.

—¿Por qué me hacés esto? ¿Por qué sos tan cruel, Martín?

Entre sollozos que me parecieron fingidos, Yiya se tapó la cara con las manos y se quedó en esa posición sin decir nada más. No supe qué contestarle. Después de todo era su vida y si mi padre no intervenía, poco iba a poder hacer yo. Pero este razonamiento no me dejaba del todo conforme. Había crecido y creía, equivocadamente, que había llegado la hora de intervenir en la situación familiar. Con el tiempo me di cuenta de que lo mejor para mí era construir mi propio camino, no reformar lo que ya estaba dejando atrás. Pero ahora es fácil decirlo. En ese momento yo estaba convencido de que lo que no había hecho mi padre quizá podía hacerlo yo.

Una tarde cuando volvía del colegio, encontré a mi vieja caminando por la avenida 9 de Julio cerca de un auto que la seguía al lado. Al acercarme me di cuenta de que se trataba de Juares, que estaba tratando de convencer a Yiya para que retornara con él. Cuando me vieron, los dos asumieron una actitud de vergüenza y, antes de que Yiya pudiese hablar, la mandé rotundamente a la mierda. Al mejor estilo del Caballero Rojo, Juares bajó rápidamente del auto y se puso frente a mí.

—Martín, nunca más le hables así a tu madre, porque si... —dijo enérgicamente.

Sin dejarlo terminar la frase, lo miré fijamente a los ojos.

—Mirá, sorete —respondí—, volvé al auto y no te hagás el héroe, para eso te falta altura.

Juares comprendió que yo había crecido y partió rápido en el auto. No lo volví a ver hasta el día de mi fiesta de egresados, cuando tuve la desagradable sorpresa de encontrarlo en el lugar en el que debía estar mi padre.

Quizá mi malestar haya tenido alguna influencia en Antonio porque, por primera vez, empezó a dar muestras de estar cansado del comportamiento de Yiya. A veces me preguntaba: “¿A vos te parece bien la vida que lleva tu madre?”. Yo le llegué a aconsejar que se separara porque no tenía sentido la vida que hacían. Pero mi padre no estaba en condiciones de aceptar que se

había equivocado tanto. La liberación de Yiya lo había alegrado al principio, pero con el correr de los días volvió a caer en la misma depresión que había tenido cuando la habían encarcelado y que ya no lo abandonaría. Para Antonio la vida se había terminado el día en que todo el país se enteró de las andanzas de “la envenenadora de Monserrat”. Hasta entonces mi padre se había refugiado en su honestidad y en su inocencia. Para él, lo que no sucedía delante de sus ojos simplemente no existía ni era digno de consideración. Él actuaba con total transparencia y por lo tanto le parecía natural afrontar las cosas de esa manera. Pero después del escándalo tuvo que reconocer que ese mundo que él se había construido no era más que una ilusión, una defensa desesperada para evitar el contacto con una realidad demasiado dura. Mi padre quedó entonces a mitad de camino. No tenía fuerzas para admitir que su mujer había estafado y matado a tres de sus amigas, y tampoco podía refugiarse como antes en su credulidad sin límites.

Hacía ya un tiempo que yo estaba poco en mi casa, y ahora tenía otro motivo para ir todavía menos: ella había vuelto. Del colegio al gimnasio y de allí a intentar trabajar en la televisión como doble de riesgo. Mi vida transcurría tranquilamente, trataba de ser yo y de encontrar lo que quería.

Hoy, mientras narro estos recuerdos, no puedo evitar que alguno de los episodios vividos me provoque gracia. Un sábado por la noche, yo me encontraba en un restaurante con una amiga; al levantar la vista vi entrar a mi vieja y mi viejo con mis tíos. Muy a pesar mío vinieron todos a nuestra mesa. Yiya, cuya falta de tacto seguía siendo característica, opinó que el escote del vestido que se había puesto mi amiga era demasiado pronunciado.

—¿No ves que todos miran para acá? —dijo para reforzar su crítica.

—Vieja, el escote sin duda llama la atención. Pero... ¿no creés que el motivo por el que miran es otro? —retruqué—. Me parece que hoy nadie va a pedir té con masas.

Después de decir esto me levanté y salí del lugar con mi amiga, obviamente admirando su hermoso escote...

En otra oportunidad recuerdo que comenté que Marcelo, uno de mis amigos, era hijo de Santo Biasatti, el conocido periodista que en la época de la represión había tenido que exiliarse. Casi escandalizada, Yiya me dijo

que no me juntara con esa clase de gente... En este caso me pareció mejor no responderle.

De a poco me fui afianzando en mi trabajo como doble. Pero al mismo tiempo me encontraba cada vez más expuesto a los comentarios en voz baja. “¿Sabés quién es?”, decían. “¿A que no sabés de quién es hijo el doble?”. Estas eran solo algunas de las cosas que podían escucharse cada vez que me aproximaba a un set de filmación. En algunos casos mi condición provocaba curiosidad, en otros, rechazo; pero nunca, desgraciadamente, indiferencia. No se trataba solo de rumores o chismes sin consecuencias. Como muchas escenas de riesgo son compartidas entre actores y dobles, a la hora de medir el peligro a menudo mi apellido generaba cierta desconfianza o temor en quienes tenían que trabajar conmigo.

Con estos antecedentes como base comprendí que era necesario ganarme la confianza de la gente del medio. Durante mucho tiempo me planteé un interrogante: ¿cómo ganar esa confianza? Por más vueltas que daba, la respuesta era la misma: la solución era demostrarles que yo estaba dispuesto a hacer lo que los demás no hacían y que las escenas eran totalmente seguras. Entonces descubrí que las caídas de altura, los accidentes con autos y la proximidad del peligro tenían para mí un magnetismo que a menudo me parecía fascinante. De esta manera me fui haciendo conocido no solamente por ser el hijo de Yiya y logré que me empezaran a llamar más seguido.

—¿Cuándo vas a dedicarte a una carrera en serio y dejar esa estupidez?
—decía cada tanto mi vieja.

Ya no me interesaba contestarle.

Yiya estuvo en libertad cerca de tres años. Durante ese lapso consiguió recuperar buena parte de sus relaciones y su vida social. Logró que entre sus amistades las dudas acerca de ella se disiparan o que, al menos, no se comentaran en su presencia. No sé si a sus amigos les agradaba invitarla a tomar el té, pero lo cierto es que no la rechazaban. Sin embargo, su vida ya no fue la misma. Al deterioro físico que le había provocado la operación

que le hicieron cuando estaba detenida, se sumaron el paso de los años y una tristeza que de vez en cuando se le notaba y que, a mis ojos, la hacía más humana. Su actitud en general seguía siendo la misma. Era teatral, fría, manipuladora y sumamente egoísta. Pero ahora, cada tanto, parecía que su actuación se interrumpía por un instante y Yiya se quedaba con la mirada en el vacío, como si de repente un pensamiento desagradable se hubiera cruzado por su mente.

Mientras tanto, técnicas dilatorias y trámites judiciales mediante, la apelación seguía su curso. Hubo momentos en que dimos por hecho que ya no la encarcelarían (yo pensaba en el crimen perfecto), y también hubo días en que las cosas parecían no andar del todo bien. De todo esto yo me enteraba de pasada. Supongo que la información provenía de los abogados que se ocupaban del caso, del hermano militar de Yiya o de algún amigo con cierta influencia entre los jueces. En marzo de 1985 supimos que se aproximaba el desenlace.

Finalmente el 16 de mayo de 1985 la Cámara de Apelaciones se encontraba próxima a emitir su resolución. Según nos habían informado los abogados, ese día se conocería el fallo y el futuro de Yiya. A medida que se aproximaba la fecha de la resolución, Antonio se ponía más ansioso y preocupado. Yiya, en cambio, estaba muy tranquila o por lo menos fingía muy bien ese estado de ánimo.

—Desde hace tiempo, estoy en manos de Dios —me dijo—. Que hagan lo que quieran conmigo. ¡Qué pueden saber estos abogaduchos lo que significa entregarse al Señor! Y si mi destino es volver a la cárcel, lo voy a aceptar como una prueba más que me impone el Altísimo.

¿Lo diría en serio? Sus palabras tenían tanta convicción que, de no haberla visto mentir en infinidad de ocasiones, hasta yo hubiera pensado que estaba en un estado de gracia.

—¿A qué hora se sabrá la sentencia? —pregunté a mi padre.

—Martín, andá tranquilo, pero llamá a eso de las seis que a lo mejor hay novedades —respondió Antonio, lacónico.

En su particular análisis de la situación, papá hacía el siguiente razonamiento: si la primera vez el brillante Soaje Pinto, su abogado defensor, había logrado su objetivo, ¿por qué no lo lograría esta vez? Y si

un juez la había declarado inocente contando con las mismas pruebas que ahora había examinado la Cámara de Apelaciones, ¿por qué la nueva sentencia sería distinta de la anterior? No había por qué preocuparse, Yiya era inocente y la Cámara de Apelaciones así lo confirmaría.

Esa tarde me encontraba finalizando los preparativos de una escena de riesgo. Esta vez debía atravesar una ventana de espaldas para luego caer sobre una pila de cajas dispuesta tres pisos más abajo. Aunque no era la primera vez que hacía una escena de ese tipo, estaba un poco tenso. Pero me sentía seguro. Ocupado en mi trabajo, de pronto recordé que eran más de las seis y tenía una llamada que hacer.

—Hola... ¿Y, viejo, qué pasó?... ¿Cómo culpable?... Bueno, después hablamos... No, no te preocupes, ahora tengo que hacer una escena hablada, nada riesgoso... Sí, seguro. Terminó y voy para casa.

El asistente de dirección, que conocía mi situación, tímidamente me propuso suspender por ese día la toma. Rotundamente me negué y, gracias a Dios, todo resultó bien. Al caer la noche, de camino a casa, no estaba muy seguro de lo que pensaba: solo quería llegar.

Al entrar comprobé que mis padres tenían dificultades para afrontar la situación. Mientras mi viejo lloraba, mi vieja evaluaba en un diálogo telefónico sus posibilidades de fuga. ¿Pero cómo? ¿No se había entregado de cuerpo y alma al Señor? De repente se había transformado en la versión femenina de el Pibe Cabeza y estaba tramando a toda velocidad cómo escapar de la acción de la Justicia. Y en su rol de gángster resultaba tan convincente como en sus delirios de santa...

Yo no quería tener nada que ver con el asunto, de modo que me dirigí al bar de la esquina donde entre café y café traté de adivinar qué rumbos tomarían los acontecimientos. En el bar se mezclaba el aroma típico de un boliche de barrio con la lluvia de afuera y los recuerdos. ¿Qué sería del viejo? ¿Podría soportarlo? Evidentemente solo el tiempo me daría las respuestas, y era mi intención dejarlo correr. De algo estaba seguro: de ninguna manera quería ser partícipe de la decisión que en casa se estaba tomando.

—¡Mozo! Otro café... Ah, y un whisky.

Tiempo después pude leer el fallo mediante el cual la Sala Tercera de la Cámara Nacional de Apelaciones en lo Criminal y Correccional de la Capital Federal revocó el pronunciamiento absolutorio que en junio de 1982 firmara el juez de sentencia Angel Mercado.

En su pronunciamiento de casi cuarenta fojas, el tribunal destaca que “pese al esforzado empeño desarrollado con despliegue de ahínco y decisión de buscar la protección de los derechos de su asistida” por parte del abogado defensor, doctor Mario Soaje Pinto, Yiya es culpable.

La Cámara declara que los hechos “constituyen homicidio calificado por ser cometidos con veneno, reiterado en tres oportunidades”.

Al analizar el delito de estafa por el que también se la condenó, el fallo dice que “consistió en la fraudulenta obtención de sumas de dinero que le entregaron las víctimas mortales”. Y se agrega que las víctimas “fueron engañadas ardidosamente sobre la disposición patrimonial que efectuaron, convencidas de estar invirtiendo en operaciones financieras de alguna entidad o persona, representada por la Murano, cuando en realidad no hacían más que aportar directamente a los gastos de la imputada, que no realizaba las inversiones anunciadas y convertía en su provecho el dinero recibido”.

En el escrito también se consideró que las tres víctimas mantenían una relación de gran confianza con Yiya y la captación de sus voluntades por parte de ella. Además, se dio como probado que Yiya tenía “relaciones de saldo deudor con las tres víctimas, y graves dificultades para afrontar el pago de lo que debía”. En cuanto a la personalidad de Yiya, la Cámara señala “su mendacidad en la lucha por ejercer el incuestionable derecho de defensa, con una tenacidad y persistencia que no deja de asombrar” y que “transitó la falacia más que reiteradamente y no trepidó en desdecirse y contradecirse, empecinada, como estuvo siempre, en negar lo innegable, pero aportando de ese modo, aunque por vía indirecta, otro pilar en que sustentar su culpabilidad”.

La sentencia de la Cámara dice que Yiya “es muy alta, rubia, elegante, amante de lucir joyas, verdaderas o falsas según las alternativas económicas, activa, exuberante, verborrágica, se expresa con voz ronca y muy alta”. Se agrega que desde el punto de vista médico, de acuerdo con el

informe de los forenses, presenta “una personalidad polifacética en la que se destacan componentes histéricos, paranoides y perversos, y es precisamente en base al tipo de su personalidad que estiman los médicos forenses posee peligrosidad social”. La Cámara recuerda, por ejemplo, cómo en su entrevista con los forenses “con la cabeza fuertemente erguida y con mímica casi teatral expresó: ‘Si a mí me condenan no me voy a pegar un tiro; así pasen cien años, saldré con la frente limpia, lo juro por este Cristo’ ”. Como conclusión el fallo dice que “si bien la Murano posee peligrosidad social, al momento de cometer los hechos criminosos que se le reprochan tuvo capacidad para comprender el disvalor de sus actos, en sus alcances y consecuencias, así como para dirigir sus acciones”.

Se considera probado en la causa que el cianuro que llevó a la muerte a Mema Venturini y a Nilda Gamba fue colocado en vasos de agua, como parte de remedios que tomaron sin dudar, en razón de la confianza que tenían en Yiya. En cuanto al caso de Chicha Ayala, el tribunal sostiene que “el cianuro tuvo dos vehículos posibles: el té o las masas”.

La huida

—Tiene que irse —decía una y otra vez mi viejo, como para convencerse de que lo que Yiya iba a hacer de todos modos era la única salida posible a su situación. De cualquier manera esa noche no se tomó ninguna decisión. El día clave sería el siguiente.

Por la mañana se llevó a cabo una reunión. Aunque desconozco el lugar y quiénes participaron de ella, no es difícil adivinar los nombres de las personas que estuvieron allí: los hermanos de Yiya, Ricardi y Antonio. En esa reunión se evaluaron los pasos a seguir para lograr que mi madre pudiera escapar con éxito. Alguien se ocupó de encontrar una casa en una ciudad del interior. Cada tanto la irían a visitar. Pero ella no debía moverse de ese lugar y al principio ni siquiera salir de la casa. Por eso durante los primeros días era necesario que alguien estuviera con ella. Todos los participantes acordaron guardar silencio sobre el lugar en el que se refugiaría mi vieja. Según lo planeado, Yiya Murano debía alejarse cuanto antes de la ciudad, con intenciones de desaparecer por un largo tiempo.

Recuerdo mi primer impulso:

—Pero sos boludo, ¿te creés que la cana se va a quedar tranquila? —le recriminé a papá.

—Escuchame, no hay ninguna otra cosa que hacer —respondió.

—¡Claro que la hay! Que vaya a la cárcel y nos deje de joder a todos —grité.

—Hijo, no digas esas cosas —me suplicó.

Durante todo el día siguiente no supe nada de Yiya. Recién a la noche me enteré de que ya se había ido. Antonio me dijo que iba a estar bien, pero que no me podía decir el lugar en el que se había refugiado, ese dato no se lo podía decir a nadie, ya que si no, la fuga no tendría éxito. Creo que en el fondo mi viejo sospechaba cuál sería mi reacción y por eso no me quiso decir el lugar. Hacer presunciones sobre qué podía pasar no tenía para mí

mucho sentido. Quizá la fuga fuera el primer paso de su alejamiento de nosotros. Si esto era así, no me parecía tan mal.

(Mientras escribo este capítulo trato de no desviar mi atención, pero en pocos días debo rodar una escena de riesgo en la tira *Con pecado concebidas*. Estoy orgulloso de haber conseguido este trabajo y no puedo evitar comparar al Martín de hoy con el de estas páginas. ¡Cuán grato hubiese sido saber en ese entonces que lograría con el tiempo formar una familia y realizar este trabajo! Me hubiera servido para evitar tantas horas de angustia y, por qué no reconocerlo, de desesperación.)

Viernes 20 de mayo, doce menos cuarto de la noche.

—Hola.

—Mirá, nene, no te hagas el boludito y decime a dónde fue.

—No sé, y si lo supiera no te lo diría, ¿quién habla?

—Eso no importa, pero te conviene hablar.

—Una vez alguien dijo: “perro que ladra...” —y corté.

Mi viejo me miraba con preocupación.

—¿Quién era? —preguntó.

—Nadie: solo un boludo con ganas de joder —respondí.

Luego de esa llamada no sabía exactamente qué pensar. Había escuchado que esas cosas pasaban durante el Proceso. Pero estábamos en 1985. ¿Sería una joda o sería en serio?

Viernes 20 de mayo, doce de la noche.

—Hola.

—¿Y, ya pensaste?

—No hay nada que pensar. A propósito ¿sos tan cagón que no das tu nombre?

—Si querés un nombre te puedo dar el de Claudia, que vive en Agüero 2357 y todas las noches vuelve a las siete y media de la oficina de ventas.

—¡La puta madre! ¿quién carajo habla?

Esta vez cortaron ellos.

Claudia era mi novia y los datos coincidían con la realidad. Para mí no había dudas: la cosa iba en serio.

Antonio ya estaba en su habitación. Me pareció que no valía la pena preocuparlo.

Sábado 21 de mayo, dos y media de la mañana.

Levanto el teléfono. Se escuchan fuertes jadeos femeninos.

—¿Quién habla, quién está ahí?

—Ay, no sabés, la estoy pasando bárbaro.

—Te felicito.

—Sí, me están cogiendo entre cinco tipos.

—Felicidades. Aunque para mí más de dos es multitud.

—Te llamo para que no te preocupes, porque cuando mis amigos agarren a Claudia, la va a pasar tan bien como yo.

—¡Hijos de puta!

Cortaron de nuevo.

Sábado 21 de mayo, tres menos cuarto de la mañana.

—Residencia Murano ¿con quién tengo el gusto?

—¿Martín?, habla Susana, la mamá de Claudia.

—Ah sí, pensé que se trataba de una broma.

—Mirá, querido, sé por el momento que estás pasando, pero recién llamaron a casa y dijeron el nombre de mi hija, nuestra dirección y todo lo que hacía Claudia durante el día. Perdoname pero tengo miedo.

—No se preocupe, algo voy a hacer.

Sábado 21 de mayo, tres menos diez de la mañana.

—¿Y ahora quién es?

—Martín, habla Fabián.

—Sí, ¿qué pasa?

—Che, llamó un tipo a casa y nos amenazó, dijo que cualquier cosa habláramos con vos.

—No des bola, será algún forro que no puede dormir.

Sábado 21 de mayo, tres y veinte.

Cansado de dar vueltas por el living de la casa, fui hasta el bar de la esquina. Allí traté de analizar todo lo que había pasado. Las llamadas a la casa de mi novia y a lo de mi amigo Fabián. Al cabo de una hora aproximadamente regresé a casa más tranquilo. Ya sabía cuáles serían mis movimientos al día siguiente. Al entrar, el teléfono volvió a sonar.

—El whisky nacional es berreta y es muy tarde, tendrías que estar durmiendo.

—Andá a dormir vos también, boludo.

Tal como me habían recomendado, me fui a dormir. Lo mismo hizo la persona que estaba del otro lado del teléfono, ya que no hubo más llamadas. Era evidente que nos estaban vigilando desde algún lugar que quedaba cerca de nuestra casa. De otro modo no se explicaba que supieran que yo había salido a tomar algo. ¿Y lo del whisky nacional? Era eso lo que yo había tomado. Traté de recordar si había visto a alguien en el bar. Pero no. Es más, estaba seguro de no haber visto a nadie. ¿Cómo me espiaban? Me di cuenta de que no debía pensar más en el asunto. Ya había tomado una decisión. En pocas horas podría ponerla en práctica.

Todavía no había amanecido cuando me dirigí a casa de un amigo nuestro del que no daré el nombre, pero que sabía el lugar donde mi vieja se escondía. Le conté todo lo sucedido en esa madrugada y le pedí que me dijera dónde estaba Yiya. Me dijo que no me daría esa información. Durante un par de horas traté de convencerlo, pero no conseguí sacarlo de su silencio. Tuve finalmente que apelar a mi tamaño, varias veces mayor que el suyo, para que me diera el dato que quería. Desde allí mismo tomé un taxi hasta Aeroparque para comprar un pasaje hacia la provincia que mi madre había elegido para ocultarse. Obtuve uno para ese mismo mediodía.

Regresé a casa, tomé una ducha y me afeité. Una hora después ya estaba en la cola para subir al avión. Mientras esperaba pude notar a dos tipos de traje, anteojos oscuros y pinta de botones, que me miraban sin ningún disimulo. Fila número diez, área fumadores era mi lugar, y dos filas más atrás estaban estos señores.

Llegué dos horas después a destino y comencé a preguntar por la dirección que llevaba anotada en un papel. Cuando me informaron dónde quedaba, me acerqué a los hombres que me seguían.

—Muchachos prepárense a caminar porque son como 8 kilómetros —les dije.

Por toda respuesta miraron para otro lado.

Mientras duró el recorrido se mantuvieron a una distancia constante de 50 metros. Y cada vez que yo paraba, ellos hacían lo mismo. Aunque en todo momento evitaron el contacto conmigo, lo que estaban haciendo resultaba tan evidente que provocaba risa.

Por fin llamé a la puerta de la casa que me habían dicho. Era una casa humilde dentro de un barrio en el que todas las casas eran iguales. Resultó ser mi vieja quien me atendió.

—¿Cómo viniste hasta acá? ¿Vos estás loco? ¿En qué viniste? —dijo totalmente sorprendida al verme.

—En avión. Sí, estoy loco y ¿a que no adivinás para qué vine? —le respondí.

Una vez dentro de la casa vi que junto a ella estaba Juarez, quien no salía de su asombro y no cesaba de lamentarse en voz baja de que los hubiera encontrado. Le dije que lo mejor para todos era que se entregara.

—¡No puede ser! ¡No puede ser lo que me estás diciendo!

—Sé que es jodido, pero esto tiene que terminar.

—¡Terminar qué! ¡Si acá vivo como una desgraciada y todo porque esos hijos de puta no se cansan de perseguirme!

—Te persiguen por lo que vos hiciste. No por culpas que tengamos que pagar Antonio o yo.

—¡Prefiero morir a volver a la cárcel!

—Eso queda a tu criterio.

—Pero, Martín, no podés hacerme esto. Yo sé que no me querés, que alguna vez te habré hecho algo malo o no sé, porque yo siempre me ocupé de que estuvieras bien y tuvieras lo mejor.

—Mamá, no tiene sentido que sigas con esto.

—Pero si vos creés que te hice algo malo yo lo puedo reparar. Ahora mismo. Yo puedo hacer que me perdones.

—Lo que decís no tiene nada que ver.

—Martín, vos necesitás una ayuda, un empujón para poder hacer lo que te gusta, esas escenas peligrosas que son tan apasionantes.

—Así que ahora te interesa lo que hago.

—Si yo alguna vez te dije una palabra... está olvidada. Lo que siempre quise fue que tuvieras éxito y ayudarte.

—¿Y cómo me querés ayudar?

—Yo tengo ahora 25.000 dólares. Es todo lo que tengo para mantenerme y escapar de la prisión que vos bien sabés que para mí significa la muerte.

—¿Y? —le pregunté para ver hasta dónde quería llegar o, mejor dicho, si quería llegar hasta dónde ya me imaginaba.

—Yo te puedo dar ahora, ya mismo, 10.000... o mejor la mitad, 12.500, para que los uses en lo que quieras, en comprarte esos equipos que a vos te gustan o en cualquier otra cosa. En pasear, en disfrutar, porque te lo tenés ganado con lo que trabajás y seguro que no te pagan bien.

Estaba desesperada y me pareció demasiado cruel seguir hablando con ella sin que supiera que no había venido solo. A todo esto, Juarez no parecía muy interesado en decir nada. Estaba pálido como nunca lo había visto hasta entonces.

—Vení, acercate —le dije a Yiya mientras me dirigía hacia la ventana.

Yiya se acercó desconcertada.

—¿Ves esos dos tipos que están ahí? —le pregunté al tiempo que le señalaba a los dos monos que me habían seguido desde Buenos Aires.

—Te buscan. Llaman a casa a cualquier hora, llaman a lo de Claudia, a lo de Fabián. Y ahora me siguieron hasta acá.

Yiya se alejó de la ventana y se sentó en una de las pocas sillas que había en ese lugar. Por un rato se quedó en silencio.

—Volvete a Buenos Aires, Quique —le dijo a Juarez.

—Pero Yiya...

—Portate como un hombre y no compliques más las cosas.

En ese momento me sorprendió un poco lo que acababa de hacer. No podía precisar el motivo que me había impulsado. No creo que hayan sido

solamente las amenazas telefónicas. Tal vez pudo ser la preocupación de que pudiera pasarle algo a mis amigos o a mi novia de ese entonces. No sé.

Hoy, a diez años de su huida, me parece que el motivo más profundo fue saber que ella había cometido esos actos sin contemplar las consecuencias que tendrían para nosotros y finalmente había decidido escapar a sabiendas de que esto también nos perjudicaría. Es muy difícil describir lo que sentí en aquel momento, sobre todo hoy, cuando ya no existen las presiones que me llevaron a tomar esa determinación.

Sé que la idiosincrasia argentina condena a los delatores o buchones, pero esas normas, que tuvieron origen en los presidios, no creo que sean aplicables a este caso. No entregarla hubiera significado una complicidad, o por lo menos una cierta condescendencia con Yiya y, por ende, con sus actos. Además, no creo que merezca cooperación una persona que siempre trató de sacar partido de situaciones ajenas y además sintió desprecio por todos los que la rodeaban. Aunque hubiera sido la mejor madre de todo el mundo, de igual modo condenaría su crimen, pero seguramente en ese caso no hubiera tenido el impulso de ir a buscarla para que se presentara ante la Justicia.

En fin, la suerte estaba echada y de nada valía dar muchas vueltas al asunto. Las cosas se habían presentado así y debía proceder en base a eso. Mañana sería otro día...

Después de pedir el documento a Yiya fui hasta el aeropuerto. El próximo vuelo para Buenos Aires salía a las nueve de la mañana del día siguiente. Compré un pasaje, volví a la casa y me dispuse a esperar. La noche transcurría tranquila y yo no tenía motivos para prever nuevos sobresaltos. Pero a eso de las diez Yiya se decidió a confesarme lo que había hecho.

Confesiones al fin

Juares ya se había retirado. Y ahora, la desesperación, el lugar casi vacío —había unos pocos muebles— y el café caliente se combinaron para que mi vieja, por primera y quizá por última vez, hablara de lo ocurrido. Yiya comenzó con una aburridísima y calculada perorata, con la cual intentó justificar sus manejos financieros y de la que se desprendían frases como “lo hice por dinero, para poder darte una buena educación” o “para que pudiéramos ir de vacaciones”. De las muertes no decía nada. Intentó despertar en mí un sentimiento de complicidad, o aunque más no fuese, de comprensión. Pero lo que consiguió, con excusas tan poco atendibles, fue mi rechazo.

Como un argumento más de mi bronca, le eché en cara haber destrozado la vida de mi viejo.

—No, Martín, Antonio no es tu verdadero padre. Por eso me obsesionaba yo en cuidarte —me dijo.

—¿Cuidarme, vos? No me hagás reír —respondí.

—Con Antonio tuvimos desavenencias y un día conocí a un hombre muy bueno y con muchísimo dinero —insistió Yiya—. Al poco tiempo quedé embarazada y cuando él lo supo me juró que aunque no pudiese reconocerte por su condición de hombre casado, siempre se ocuparía de vos. Su nombre es Julián McEntry y es gerente general de una multinacional poderosísima. Andá a verlo que él va a saber encaminar tu vida —concluyó haciendo un ademán muy teatral para remarcar la gran ayuda que me estaba ofreciendo.

—Qué linda historia...

—¡Es cierto lo que digo!

—¿Ah, sí? ¿Qué hizo mi supuesto padre durante todos estos años?

—Bueno, yo te digo lo que él me dijo.

—¿Cuánto hace que no lo ves?

—Un tiempo, no sé, unos años.

—¿Cuánto hace?

—Lo que te dije, Martín, es cierto. Pero cuando McEntry se enteró de que estaba embarazada se borró, se portó como un hijo de puta. Años después nos volvimos a encontrar y me preguntó por vos. Estoy segura de que te ayudaría...

—¿Por qué me decís esto?

—Porque es la verdad.

—Como si la verdad te importara mucho.

—No podés entenderme...

—No.

—Martín: la vida es esto que nos está pasando ahora, si no tomás lo que te puede dar, en el momento en que te lo puede dar, después no hay segunda oportunidad.

—Sigo sin entenderte.

—Ya te dije que tengo aquí mismo una suma de dinero que te puede servir para dar los primeros pasos. Además, podés ir a ver a McEntry. Creeme que te va a ayudar. Aunque él jamás lo va a reconocer, es tu verdadero padre.

—Sea quien sea quien mierda te embarazó, para mí Antonio es mi viejo y María mi vieja...

—¡María! Por favor... una sirvienta —agregó de una manera despectiva, interrumpiéndome.

—Una sirvienta sí, pero que supo quererme, que supo entenderme y que se enorgullecía cada vez que hablaba de mí, además... —intenté agregar.

—Martín, por favor, escucháme... —volvió a interrumpirme.

—¡Cerraré el culo que estoy hablando yo! Además, mi vida está perfectamente encaminada como para tener que mendigarle al boludo ese. Tengo una profesión y pienso seguirla por el resto de mi puta vida. No sé si te queda claro.

—Vos te lo perdés. Podrías asegurarte el futuro sin necesidad de tentar al destino sin ningún sentido en esas dichas filmaciones tuyas.

—Es lo que yo elegí. Y jamás tiento al destino. Sabés, vos no lo vas a entender, pero es un reto muy grande saber cómo saltar de un balcón o simular que te atropella un auto. Hace falta crear, pensar y muchísima

preparación. Es un reto físico y mental y creo que eso es lo que me atrapa. Quizá sea una especie de adicción, pero yo elegí mi propia droga. Y ya que estamos en el terreno de las confidencias... ¿qué te parece si hacés la tuya?

Hizo una pausa, tomó un cigarrillo —ella hacía tiempo que no fumaba— y finalmente se atrevió:

—Sí, yo las maté —confesó.

—¡Qué gran novedad! Lo que quiero saber es por qué te metiste en este quilombo —dije como si nada, pero la verdad es que su confesión me asustó. Yo ya lo sabía, no tenía ninguna duda, pero escuchárselo decir no dejó de impresionarme.

—Eh... tenía que devolverles la plata. Él tuvo la idea de que las matara.

—¿Quién?

—No, eso nunca te lo voy a decir.

—¿Juares tuvo algo que ver con esto?

—No.

—¿Ricardi?

—...

—Seguí.

—Y bueno, después les dí el veneno y...

—Pará, pará, ¿cómo les diste el veneno si vos no estabas cuando murieron? —indagué. Confieso que a esta altura mi bronca había cedido ante la curiosidad.

—Estaba... estaba en los saquitos de té.

—¿Y no pensaste que podías envenenar a otras personas?

—Vivían solas y nadie las visitaba. En el peor de los casos, solo podían envenenar a alguna otra de mis acreedoras. Eso no se me ocurrió, ¿ves? ¡Cómo se hubiera complicado todo! ¡Mirá si la hubieran detenido a Nilda por matar a Mema! Al final, me hubieran agarrado lo mismo. La única persona con cerebro era yo. Las viejas en lo único que pensaban era en los intereses.

Un misterio policial que se había mantenido por seis años y que ninguno de los investigadores del caso había podido desentrañar resultaba tan simple como eso: el veneno estaba en los saquitos de té. Era perversamente perfecto, era la forma de matar a distancia y pasado un

tiempo. También era la forma de hacerlo sin dejar huellas. Y el hecho de que sus víctimas vivieran solas y fueran de edad avanzada impedía despertar sospechas.

—Ahora que lo sabés, ¿qué pensás de mí? —quiso saber.

—No creo que realmente te importe y, principalmente, a mí no me importa que a vos te importe. Pero decime una cosa, ¿cómo hiciste para no confesar nunca ante nadie?

—Bueno, gracias a la intervención de mi hermano, a mí me trataron bien. No hubo ningún tipo de apremios. ¿Me entendés?

—¿Y por las buenas no intentaron nada?

—Una vez me vino a ver un tipo que me dijo que era psiquiatra, que con él podía descargar mi conciencia y que todo iba a quedar en el máximo secreto. Fue demasiado burdo, ¿no?

—Hay algo de vos que me intriga desde que era chico.

—¿Qué es?

—¿Te acordás de que vos una vez soñaste que tu abuela estaba con los muertos y te había dicho que en ese lugar a la gente la separaban por grupos?

Yiya sonrió.

—¿Cómo te acordás de eso?

—No sé. Vos para mí siempre fuiste un misterio. Como nunca me quisiste decir qué grupo te iba a tocar, se me ocurrió que la respuesta era interesante.

—¿Querés saberlo?

—Me molesta admitir que sí.

—En el grupo de las prostitutas.

—En fin, vamos a dormir porque mañana salimos temprano. ¡Ah! Y no te preocupes por cerrar bien la puerta, afuera siguen estando los muchachos...

Con estas palabras di por finalizada la conversación. No pude dormir...

Por la mañana tomamos un taxi hasta el aeropuerto provincial, siempre escoltados a prudente distancia por los gorilas, y abordamos el avión. De regreso a Buenos Aires nuestros no deseados compañeros de viaje se

perdieron entre la multitud de Aeroparque. A Yiya le restaban tan solo tres días para entregarse a la Justicia, ya que después de dictada la sentencia de la Cámara de Apelaciones le habían dado ocho días para presentarse voluntariamente y todo el episodio de su fuga y su vuelta a casa había durado cinco días.

A lo largo de toda la tarde, Yiya estuvo lamentándose de su suerte y hablando por teléfono con todo su “séquito” acerca de las probabilidades que tendría. Al llegar la noche decidí que el pool y la cerveza serían mejor compañía y sin decir nada, me fui. No me sentía ni bien ni mal, solo sentía que algo dentro de mí me indicaba que no debía arrepentirme.

—Flaco, es la tercera vez que te confundís de bola. ¿Qué te pasa? —súbitamente, la voz de mi amigo me sacó de mis pensamientos.

—Nada, pedí un par de cervezas más —respondí.

Aproximadamente a las tres de la madrugada, volví a casa y encontré a mi viejo sentado solo en la cama.

—Se volvió a ir —dijo completamente resignado.

—No te preocupes, si los que me siguieron son la mitad de eficientes de lo que parecen, en pocas horas está de vuelta —le comenté antes de acostarme.

Al día siguiente la trajeron, y por su propio pedido fue internada en la clínica psiquiátrica de un primo suyo, el que pensaba argumentar ante la policía que Yiya debía pasar un tiempo en su establecimiento para recuperarse de las tensiones sufridas. De esa manera pensaban postergar su reingreso a la cárcel.

Este tío segundo que apareció en escena era el personaje que faltaba. Parecido a Calculín, bizco y con una voz cuyos tonos pasaban súbitamente de los graves a los agudos, no dejaba hablar a nadie. Una y otra vez afirmaba que por su currículum y por sus contactos la policía haría todo lo que él dijera. “Yo soy Dios”, decía cada tanto ante la mirada asombrada de Antonio, quien ya estaba tan desconsolado que parecía dispuesto a creerle. Me parece verlo hoy, jactándose de su importancia ante todos nosotros. Llegado el momento y pese a sus protestas, la orden de encarcelamiento fue cumplida.

A partir de entonces Julio Ricardi, que nunca dejó de pagar los honorarios de los abogados, dejó de visitarnos. Él siempre había tratado de guardar distancia con el desarrollo del caso porque, según decía, tenía mucho temor de que la prensa publicara su nombre. Pero cuando Yiya fue encarcelada por primera vez y una vez que había pasado el furor de los periodistas, Ricardi había participado de varias reuniones y se había mantenido en contacto con nosotros. Cuando Yiya logró la libertad, Ricardi lo festejó con la familia y a partir de entonces retomó su relación con mi madre. Ya no había nada que hacer. La Cámara había dictaminado que Yiya pasaría largos años en la cárcel y ese fallo no admitía una apelación con posibilidades de éxito. Todo había terminado.

Dentro de poco, la libertad

Actualmente, una vez condenada una persona, solo existen dos posibilidades para recuperar la libertad antes del tiempo establecido. Ambas dependen de una decisión presidencial, y son el indulto y la conmutación de pena.

En caso de otorgarse un indulto, la libertad es inmediata. La conmutación de pena, en cambio, da lugar a la aplicación de una serie de tecnicismos legales. Hay que tener en cuenta que, gracias a una resolución de la Comisión de Derechos Humanos, todo recluso que cumpla las dos terceras partes de su condena puede obtener la excarcelación por buena conducta. Esto significa que para cumplir una pena de, por ejemplo, veinte años de prisión alcanza con estar efectivamente en la cárcel trece años y cuatro meses.

Ahora bien, para entender cuál es la situación actual de Yiya es necesario contar el tiempo que pasó en prisión. El 24 de abril de 1979 fue detenida por la policía, y el 12 de junio del mismo año dictaron la prisión preventiva. A partir de esa fecha y hasta el 15 de junio de 1982 cumplió su primera etapa como reclusa. Por una medida adoptada durante el gobierno del doctor Alfonsín, todas las condenas cumplidas antes de 1983 se computan con el sistema de tres por dos, es decir, que cada dos días en prisión se cuentan tres. Aplicado a este caso particular, resulta que los tres años y cuarenta y nueve días transcurridos en prisión se cuentan como cuatro años, ocho meses y dieciséis días. A este tiempo debemos agregar la segunda condena, que comenzó el 16 de mayo de 1985, y tomando como fecha actual el 16 de julio de 1994 tendríamos diez años, dos meses y quince días. Sumados los dos períodos de prisión se llega a un total de trece años y once meses. Esto significa que para que Yiya recupere la libertad bastaría lograr la conmutación de la pena de reclusión perpetua a la de veinte años de prisión.

Con este propósito año tras año el doctor Gustavo Ramallo, en calidad de abogado defensor, eleva al Gobierno un pedido de indulto y, de no concederse este, de conmutación. Este pedido, que lleva la firma de Yiya y está dirigido al presidente, dice en sus pasajes más importantes lo siguiente:

(...) III) Razones del pedido:

Me permito molestar la atención del Sr. presidente de la Nación, a pesar de reconocer la importancia y la urgencia de los asuntos de Estado que le ocupan y que son, sin dudas, mucho más atendibles que el reclamo de esta humilde ciudadana, por razones de diversa índole y que trataré de explicar lo más sucintamente posible, pero, fundamentalmente, pues he sido condenada a prisión perpetua, a pesar de ser INOCENTE.

(...) B) Razones criminológicas:

a) El fin de la pena (...) es la recuperación, readaptación, reeducación o corrección del delincuente.

(...) en el mejor de los casos y por disposición del art. 13 del Código Penal, podré contar con la primera chance de obtener mi libertad pasados los setenta (70) años de edad. Sin embargo la posibilidad de que llegue a esa edad es muy escasa, teniendo en cuenta el envejecimiento prematuro que he sufrido por causa del proceso y de la prisión que padecí y sigo padeciendo. Si tenemos en cuenta que un buen promedio de edad de vida de las mujeres en los países civilizados es, precisamente, setenta años, las condiciones en las que se viven los últimos veinte tienen muchísimo que ver con llegar o no a esa edad. Y lo que he pasado, paso y pasaré en esta Unidad N° 3, con inviernos de intenso frío y en situaciones de tensión frecuente por la presencia de internas más jóvenes que yo, con pésima conducta, con enfermedades tales como el sida y con hábitos alimentarios e higiénicos a los que no estaba acostumbrada en mis primeros cincuenta años de vida, reducirá abruptamente mi posibilidad de cumplir con el promedio vital señalado.

Tanto más cuanto a fs. 801/807 de la causa consta que he sido operada de un aneurisma cerebral que ya me tuvo al borde de la

muerte mientras me encontraba en prisión, lo que me produjo la pérdida irreparable de un importante trozo de mi hueso frontal. Las condiciones carcelarias no impiden que ese accidente vascular pueda repetirse, antes bien, lo favorecen.

Lo dicho no pretende conmover el ánimo de V. E. con consideraciones piadosas, sino precisar que el fin de la pena *ut supra* reconocido muy difícilmente pueda concretarse en mi caso.

De allí que devenga totalmente razonable pretender ejercitar en libertad, algún día de mi vida, la reeducación supuesta de la que soy objeto. Digo supuesta ya que, como manifesté al principio, soy inocente.

(...)

c) Morir en prisión equivale a la pena de muerte.

No porque el Estado le quite la vida a una persona ofendiendo principios morales y sociales por suerte, y gracias a nuestro sistema democrático, ya suficientemente valorados y reconocidos; sino porque no devolver a un “reo” a la sociedad torna sin sentido la pena de reclusión o de prisión. No por nada existe la institución de la Libertad Condicional, en mi caso, si me hubieran condenado a muerte habríamos ganado todos. La sociedad por no deber mantener a una persona que jamás le volverá a ser útil pues no saldrá con vida del penal; y yo misma, pues para mí, vivir privada de libertad hasta el fin, es espiritualmente mucho más gravoso que haber sido ejecutada. Sin embargo, no poseo el valor de suicidarme y menos aún cuando me queda esta última luz de esperanza que con este escrito estoy intentando.

d) No cometí ningún delito. Pero si así hubiera sido, los propios camaristas aceptaron el carácter de ocasional. Por su parte, ruego a V. E. que solicite el informe criminológico a la Unidad N° 3, pues allí dirá, sin dudas, que integro el grupo de fácilmente adaptables. Asimismo, cuento con bienes para mi subsistencia en libertad. Esto se puede comprobar mediante la compulsa, por la vía que V. E. disponga, de los expedientes civiles: “Murano, Antonio s/sucesión” (mi marido), y “Bolla Aponte de Murano, María de las Mercedes

Bernardina s/Curatela”, (...). De lo dicho se desprende que soy una persona totalmente socializada, extremo que es de sencilla comprobación.

(...)

D) Razones humanitarias:

Como he visto que el indulto es una Gracia del Jefe de Estado, es mi deseo que V. E. esté en la seguridad de que no se va a equivocar si me lo concede. Ya he esgrimido una serie de argumentos que el mejor criterio de V. E. sabrá suplir o enmendar, pero hay razones que son solo producto de la sensibilidad de quien padece determinadas situaciones. El hecho de saberme inocente y condenada injustamente además de haber sido maltratada por la prensa, me ha producido un dolor irreparable. Mi vida tiene cierto sentido para mi hermana, mi hermano, mi abogado y muy pocas otras personas. Mi marido falleció estando yo en prisión. De mí misma queda muy poquito excepto si considero, en un párrafo que solo la insistencia de mi abogado me permite suscribir, que tengo un hijo (...) que hace alrededor de seis [años] que no viene a verme. Sé que ha pasado momentos horribles. También sé que no puedo ilusionarme con que crea en mi inocencia. Ha sufrido tanto por lo que él considera que yo le hice que me costaría hoy en día, a pesar de tener la conciencia tranquila, mirarlo nuevamente a los ojos. Sin embargo, como ya expresé, Martín vive aún en su casa paterna. Yo sé que me está esperando. Solo deseo vivir un día en libertad para entrar, libre, sin esposas, sin custodios y decirle: ¡Te quiero mucho, tu madre está libre y tu conciencia vivirá en paz!

Es una manera muy particular de ver las cosas. Pero tengamos en cuenta que es obligación de todo abogado defensor intentar todos los medios a su alcance para salvar a su cliente.

Contra lo que se podía suponer, el pedido de Yiya fue oído por el presidente Menem, quien en 1993 conmutó la pena de cadena perpetua por tiempo indeterminado por la de veinticinco años de prisión. Como las dos terceras partes de veinticinco años son dieciséis años y ocho meses, solo restarían a Yiya cumplir tres años y nueve meses de reclusión. En

consecuencia, antes de terminar 1997 Yiya se reintegraría a la sociedad. Sé que mis tíos están haciendo otras gestiones, cuyos detalles desconozco, pero que les permiten afirmar que van a lograr que Yiya salga en un año y medio aproximadamente. Como consecuencia de esta nueva situación Yiya fue trasladada del Pabellón Modelo y últimamente pasó a unas casitas que hay adelante de la cárcel de Ezeiza en las que las reclusas están solas, tienen heladera y hasta libertad para hablar por teléfono. Se trata del paso previo a la libertad.

Borrón y cuenta nueva

Para la prensa el asunto ya había entrado en el terreno del olvido. Solo se hacía mención de él a través de algún pequeño artículo de diario u ocasionalmente algún comentario breve en televisión. Para nosotros, en cambio, quedaban secuelas que serían imborrables. Todos los familiares y amigos de Yiya, en mayor o menor medida, habíamos sido afectados. En el caso de mi padre, el daño fue irreparable. Antonio Murano jamás admitió de manera consciente la culpabilidad de su mujer. Tampoco aceptó las cosas que se decían de ella. Claro que íntimamente debió de haberse dado cuenta de que algo no funcionaba y que su vida estaba destrozada no solo por el encarcelamiento de Yiya, sino porque su manera de afrontar las cosas lo había llevado al fracaso. De ser un tipo físicamente fuerte y para algunas cosas de carácter alegre, mi padre pasó a encerrarse en sí mismo, a deteriorarse paulatinamente hasta llegar a parecer su propia sombra. Antes de morir había perdido 40 kilos.

El 1 de septiembre de 1986 —yo había sido contratado para una película de gran envergadura—, me disponía a salir de casa para el set de filmación cuando escuché unos quejidos provenientes del dormitorio. Antonio había sufrido un ataque que posteriormente derivaría en una hemiplejía. Su internación se prolongó por diez días durante los cuales su estado de inconsciencia fue casi total. Solo estuvo despierto una tarde de domingo, en la que aprovechó para gritar los cuatro goles que San Lorenzo le convertía a Huracán. Finalmente, en la madrugada del 11 de noviembre, su corazón se detuvo para siempre. Había muerto el hombre más noble y bueno que conocí. Murió convencido de la inocencia de Yiya y consumido por una desgracia que siempre le pareció incomprensible.

No tengo muy claro el porqué, pero sentí que debía comunicar la noticia a su hermano, con quien mi padre se encontraba peleado desde hacía muchos años y a quien yo prácticamente no conocía. Lo llamé por teléfono.

—Hola, habla Martín Murano.

—¿Eh? Ah, sí... ¿Qué desea?

—Bueno, llamaba para decirle que su hermano falleció a causa de un ataque y además...

—Sí, sí, pero bueno, la vida tiene esas cosas. ¿Puedo servirle de algo más?

—Sí, solo de una cosa: andá a la puta que te parió...

Apenas lo conocía, pero me daba cuenta de que no hubiera podido ser mi tío predilecto.

Recuerdo que al entierro fueron la hermana de mi vieja con su marido y sus cuatro hijos. Fueron también María y mi amigo Fabián. Antes de morir, Antonio me había pedido que sus restos no fuesen colocados en la bóveda de la familia Murano. Decía que no quería estar rodeado ni por las ratas, ya que la bóveda estaba muy descuidada, ni por parientes con los que siempre se había llevado muy mal. Le conseguimos un nicho en un lugar abierto como él quería. El entierro fue en un día muy lluvioso. Cuando veníamos bajando el cajón por las escaleras, que eran de mármol y medio resbalosas, mi tío, que llevaba con una mano el cajón y con la otra un paraguas, iba protestando por la lluvia. Le saqué la manija de la mano y lo empujé hacia atrás. Así, de un lado el cajón lo llevaba yo solo y del otro mi amigo Fabián y uno de mis primos. No bien lo colocamos en el nicho, nos tomamos el tiempo lógico para despedirnos antes de que pusieran la tapa de mármol. Solo se vieron lágrimas en el rostro de María, en el de mi amigo y en el mío. Los integrantes de la familia de mi vieja discutían acerca de lo que harían por la tarde. En un impulso de ira los puteé y los eché del lugar.

Me encontraba cerca de la ventana, disfrutando de la compañía de un buen whisky y un cigarrillo negro, cuando sonó la campanilla del teléfono. Mi primer impulso fue no contestar y dejar que la tarde transcurriera como hasta aquel momento, pero un desmedido gusto por mi trabajo me hizo cambiar de idea.

—¿Quién es? —pregunté casi con bronca.

—Martincito, habla Quique... Juarez.

—Sí ¿Qué querés?

—No te pongas así, sentí la necesidad de hablar con vos. ¿Podríamos encontrarnos en el café de la esquina de tu casa?

No sé si lo que me convenció fue la curiosidad o el tono de casi súplica que empleó en la pregunta. Lo cierto es que accedí y en menos de dos horas nos encontrábamos frente a frente.

Juares pasó por las trivialidades propias de quien no se anima a encarar enseguida un asunto, hasta que preguntó de manera directa:

—Vos sabés lo que éramos tu mamá y yo, ¿no es cierto?

—Bueno, ¿era obvio, no? —dije con fastidio.

—Mirá, ahora que estoy casi al final no quisiera que conserves una mala imagen de mí.

Intenté decir algo, pero con un ademán me indicó que lo dejara continuar.

—Al principio yo me había enamorado y le ofrecí todo a cambio de que estuviésemos juntos. Te pido que me creas que el día más triste de mi vida fue cuando se casó con Antonio. En un principio me dijo que se casaba nada más que por posición y por el qué dirán, pero después la vi con Ricardi y... —hizo una pausa en la que aprovechó para tomar aire y darse ánimo. Luego, con más decisión agregó:

—Bueno, no creo que vaya a decirte nada que no sepas, pero Yiya nos engañó a todos. Primero, cuando naciste vos me dijo que eras mi hijo. No te puedo contar la alegría que sentí, pensaba que ahora sí íbamos a ser una familia. Pero no. Años más tarde —prosiguió— me dijo que al fin se había decidido y que había visto una casa para nosotros y que necesitaba 80.000 dólares. Se los di, pero el tiempo pasaba y no había novedades. Cuando estuve totalmente convencido de que todo había sido un engaño, le pedí que me regresara el dinero; al cabo de dos semanas me dijo que cuando salía del banco con la plata, un tipo se la arrancó de la mano...

Confieso que a esta altura ya nada me sorprendía, pero decidí no interrumpir y dejar que descargara toda su impotencia.

—Yo no estoy muy seguro, pero creo que esa fue una de las causas del infarto que sufrí. También me enteré de que el mismo juego lo hacía con Ricardi y... En definitiva, quiero que sepas que siempre fuiste como mi verdadero hijo y me gustaría que me perdones porque todos te

involucrarnos en algo en que vos sos la única víctima —concluyó casi sin voz y con abundantes lágrimas.

—No tengo nada que perdonarte —contesté algo conmovido, y más con el corazón que con el cerebro—. Como hombre puedo entender que te hayas enamorado de una mujer casada, pero ahora quiero que vos me entiendas a mí. Por respeto a la memoria de Antonio Murano te pido que no me llames nunca más, aunque te aseguro que no te guardo ningún rencor.

Le di unas palmadas en el hombro y me dirigí hacia la puerta. Por un instante me di vuelta y pude verlo solo en la mesa y llorando. Sin duda, él también era una víctima.

Pasado un mes, María, que había venido a casa para lavarme algunas pilchas, me dio la noticia:

—¿Sabés quién murió?... Quique.

No recuerdo lo que sentí.

En fin, había llegado el momento de hacer borrón y cuenta nueva. La vida tenía que seguir o empezar. Mi profesión estaba a esa altura definida. Pero yo quería algo más. Algo que fuera un gran desafío, un verdadero reto y donde tuviera que poner a prueba toda mi capacidad. Algo me impulsaba a superar lo que había hecho hasta entonces, quizá para demostrarme que nada ni nadie podía ya perjudicarme.

El escenario fue Río de Janeiro. El director de una telenovela quería realizar una escena impactante y por una casualidad conocí al responsable de la producción (yo era instructor de taekwondo del hijo de este señor).

Después de las presentaciones pertinentes y de una breve charla en su oficina, me dijo:

—*Bem ¿O que podemos fazer?*

—*Pular de doze andares, se o senhor quiser* —respondí tratando de pronunciar bien el portugués.

—*¿Doze andares? Não, você esta maluco.*

—*Eu dice que eu posso.*

—*Tá bom, se você insiste.*

El día de la filmación llegó por fin y el nerviosismo era general. Ninguna de las personas que estaban allí había visto a alguien caer doce

pisos. Yo debía permanecer colgando del balcón y luego dejarme caer desde 36 metros de altura hasta la enorme pila de cajas de cartón que habíamos colocado. No sé qué pensaba en ese momento. Lo único que quería era que todo terminara rápido. Cuando miré hacia abajo, vi que la zona sobre la que tenía que caer parecía un pañuelo rodeado por una inmensa superficie contra la que podía estrellarme en breves instantes. La presión aumentaba y por primera vez experimenté vértigo. El grito de “acción” me tomó de sorpresa. Solo atiné a soltar las manos y girar en el aire para quedar cabeza abajo y poder calcular así la dirección de la caída. Mientras iba camino a las cajas comprendí lo que significaba “tener los huevos de moño”: creí que me saldrían por la boca. Un instante después estaba sobre el cartón y los aplausos me trajeron a la realidad.

No fue ni la plata ni la emoción lo que más alegría me produjo, sino el final de un juego que había comenzado en la niñez: había logrado vencerme a mí mismo.

Desde el principio, me costó muchísimo llevar a cabo mi profesión. Me sentía inferior por ser el hijo de una de las criminales más famosas de la Argentina. A causa de mi nombre, siempre me sentí vulnerable frente a los demás. Considero que era por un problema mío, aunque muchas veces me lo hicieron sentir los otros. Para superar esa inseguridad necesitaba hacer algo que me demostrara que era capaz de hacer cosas excepcionales, que mi apellido no tenía nada que ver. Porque cuando estaba colgado del lado de afuera de ese balcón, a doce pisos de altura, el que saltaba era yo, no mi apellido ni mi historia. Ese fue el momento clave, el punto límite. El que salió de mi interior en ese momento era solamente yo y no los prejuicios ni los prejuicios. Mi punto límite fue saltar desde tanta altura. Nunca lo había hecho y al intentarlo me estaba poniendo a prueba no solo física o técnicamente, sino mentalmente. Cuando me largué, me pareció que descendía muy despacio, no terminaba más de caer; cuando llegué al piso, la gran alegría fue haber demostrado que ser hijo de Yiya Murano era exactamente eso y nada más, pero que yo era una persona distinta y que la estima, o el desprecio, o la bronca, o el cariño que la gente me podía tener iban a depender exclusivamente de mí.

Quizá el lector se pregunte qué tiene que ver todo esto, por qué tuve necesidad de ponerme a prueba de esa manera para dejar atrás el peso que significa ser el hijo de Yiya Murano. Yo no lo sé explicar. Sé que fue así y desde entonces no me siento disminuido o en inferioridad de condiciones por tener el apellido que tengo.

Para poner un poco de orden en lo que vendría, decidí regresar a la Argentina, vender los bienes que me quedaban e instalarme definitivamente en Brasil. Una vez en Buenos Aires mis amigos me propusieron que fuéramos a bailar, y concurrimos a una conocida *boîte* de la noche porteña. Este episodio sería el que cambiaría el rumbo de mi vida: conocí a una chica y poco tiempo después nos casamos.

Para enfrentar mis nuevas obligaciones busqué un trabajo seguro. Fui empleado como vendedor en una importante empresa de telefonía. Claro, la armonía y aparente paz no duraron mucho. Un día, en casa de mi suegra, veo que por televisión anuncian un nuevo programa: *Detective de señoras*. Por un momento pensé en... pero no, aunque...

Finalmente me decidí a hablar con la producción del programa. Dos semanas más tarde me encontraba realizando y coordinando las escenas de acción de cada capítulo y la telefonía había pasado al rincón de los recuerdos.

Como me había sucedido años antes, mi apellido generaba algunos resquemores. La manera de superar estas situaciones fue la misma que utilicé antes, con la diferencia de que ya no actuaba solo. Ahora contaba con un equipo de gente y era capaz de organizar una producción en serio. De todos modos, ante la perspectiva de una escena de mucho peligro, nunca dejaba que la realizara un colega. En todos los casos enfrentaba yo la situación. En una oportunidad, en la tira *El oro y el barro*, el personaje que encarnaba Perla Santalla debía ser atropellado por un jeep. Como consideré que la toma era muy arriesgada —el paragolpes del jeep era muy alto y la carrocería estaba un poco oxidada—, me dirigí a la supervisora de vestuario y le pedí un atuendo igual al que usaba Perla, pero de mi medida. El jeep en el día de grabación me tuvo enfrente a mí.

Las dificultades que habían surgido en el trabajo y mi manera de resolverlas produjeron el siguiente cambio: me obsesionaba disponer las medidas de seguridad para los actores y para mis *stuntmen*, pero en mi cuidado personal seguí siendo más osado y desprejuiciado.

A medida que mi trato con los distintos equipos de producción se afianzaba, comenzaron a requerirme para otros trabajos. Fui solicitado para programas como *Manuela*, *El oro y el barro*, *Amigos son los amigos*, *Patear el tablero*, *Soy Gina*, *Primer amor*, *Princesa*, *Más allá del horizonte*, *Sex humor*, *El precio del poder*, etcétera.

Estar cerca de gente a la que siempre admiré resultaba algo increíble para mí. Jamás, ni en la más loca de mis fantasías, me imaginé trabajar con Hugo Moser, Rodolfo Bebán, Carlos Calvo, Jorge Martínez, Gabriel Corrado, Olga Zubarry y tantos otros grandes de la pantalla.

Un día llegó una noticia que casi me infarta. A través de la productora Estradamora, fui convocado para hacer un personaje en la película que Sam Neill estaba filmando en la Argentina. Además, tendría a mi cargo la coordinación de los dobles y el armado de todas las escenas de acción. Sería también el doble del propio Sam Neill. Hacía poco tiempo había visto en video *Terror a bordo*, una película inglesa protagonizada por él. Me parecía increíble poder trabajar a su lado.

Hoy en día las producciones argentinas apuntan a escenas de alto impacto emocional y riesgo para la realización de sus programas. Las caídas de altura, las persecuciones en automóviles y las explosiones son cada vez más frecuentes en nuestro medio. Estoy completamente convencido de que con gente como Hugo Moser, Alejandro Romy, Tom Cundon, Rodolfo Ledo, Darío Alvarez, Julián Becker, Juanda Elicetche, Juanjo Castro, Luis Luque y tantos otros, llegará el día en que podamos competir con el país del norte y el cine catástrofe no sea exclusividad de ellos.

En el living de mi casa hay una foto de Antonio Murano. Yo no soy muy religioso y creo haber aceptado su muerte, aunque a veces tenga algún rpto de misticismo y crea que los domingos está en la cancha mirando desde arriba un partido de San Lorenzo. Esa foto que tengo, donde se lo ve fuerte y alegre, es un símbolo de que Antonio nunca dejó de estar conmigo.

Por eso, ante un nuevo logro en el trabajo, cuando consigo un nuevo contrato o cuando vuelvo a casa después de una escena que me salió especialmente bien, lo miro y le guiño un ojo como diciendo “ganamos otra vez, viejo”.

Dicen los orientales que cuanto más se aleja uno de un problema, mayor es el magnetismo que ejerce sobre la conciencia. Y que la peor manera de disimular un dolor es negarlo. Durante mucho tiempo me resistí a aceptar esta realidad. Yo quería que Yiya desapareciera de mi vida. Pero me di cuenta de que nunca lo iba a conseguir. Fue así que decidí, luego de dos años, hacerle una visita.

El aparato de seguridad carcelario en nada se parecía al conocido por mí años antes. La cordialidad y la cooperación parecían ser el nuevo lema de la institución. Desde ya, el motivo de mi presencia no era inspeccionar la unidad, así que luego de pasar la requisa me condujeron al salón de visitas.

A mitad de la fila que formaban las internas se encontraba ella. Me llamó la atención que otra reclusa le trajera una silla. Hablamos de las cosas que sucedían dentro de la cárcel, de cómo se formaban parejas de reclusas que durante el día estaban siempre juntas y se decían “mi amor”, “mi vida” o cosas por el estilo y por las noches compartían la cama, y de los crímenes cometidos por las más famosas.

—Aquella es la señora de Puccio, la que tenía con el marido una banda que hacía secuestros, ¿querés que te la presente? Es macanuda —me dijo.

—No.

—Esa otra mató al marido que era un verdadero crápula. No merece que la tengan adentro. ¿La querés conocer? —insistió.

Por un instante me pareció que todo estaba como cuando yo era chico y Yiya me contaba cómo el carpintero Burgos había descuartizado a su mujer o se admiraba de las hazañas del Sátiro de la Carcajada. Me di cuenta de que en la cárcel esa inclinación que tenía por las historias truculentas había encontrado material de sobra para alimentarse.

—¿Dormís bien? —le pregunté.

—Si no hace mucho frío, sí.

Pero no, habían pasado mucho tiempo y muchas cosas, y ella ya no era la misma. Años atrás, las películas de Drácula le daban miedo. Ahora convivía con criminales —ella misma no había dudado a la hora de matar— y uno de los efectos de esa experiencia era que se tomaba estas cuestiones con total tranquilidad. Lo truculento sin duda le seguía atrayendo, pero ya no la asustaba.

Mientras conversábamos, se arrimó a nuestro lugar una joven de unos 20 años, de pelo castaño y facciones muy bellas. Dijo a Yiya que su ropa estaba lista, a lo que mi vieja respondió con una amplia sonrisa y un ademán para que se sentara.

—Nena, te presento a mi hijo, el luchador —dijo.

—Encantada, soy Patricia —dijo la joven.

—¿Y que tal, Martín, ya compraste el Mercedes Benz? —preguntó mi madre con un guiño característico.

—Apurate, porque ese Ford Sierra que tenés no da más.

—Voy a hacer lo posible, mamá.

—¿Cómo van los arreglos de la casa de Adrogué?

—Bien —le respondí a pesar de que nunca había estado en Adrogué.

—Tené especial cuidado con la grifería, Martín. Elegí lo mejor porque si no después te cansás de llamar al plomero.

—No te preocupes.

Durante los veinte minutos en que compartió su tiempo con el nuestro, Patricia no dejó de mirarme con intensidad. Yo, a decir verdad, no sabía cómo hacer para que se distrajera con otra cosa. No pude evitar sentirme un poco ridículo. Fuera del penal era imposible que una chica tan linda como Patricia se regalara tanto. Pero allí adentro la pobre veía en mí la encarnación del hombre de sus sueños.

Cuando nos quedamos solos, Yiya me contó que como siempre seguía contando con un grupo de adeptas. A cambio de pequeños regalos conseguía que todas las tareas que no le gustaba hacer fueran realizadas por otras. A veces les llegaba a prometer dinero para cuando estuvieran en libertad. O si no decía que los problemas de salud relacionados con la intervención quirúrgica a la que fue sometida durante 1980 le impedían moverse demasiado.

—Me respetan porque las tengo a distancia.

—¿Y cómo hacés?

—Por empezar, no me mezclo, no me interesan los trabajitos de sirvienta que te enseñan acá. ¿Vos me ves a mí aprendiendo corte y confección?

—Tampoco me veo yo en un Sierra o comprando un Mercedes Benz.

—Por favor, nunca me desmientas. Acá tenés que demostrar que tenés porque si no te matan.

De regreso comprendí que su forma de ser en nada se había modificado. Seguiría siendo una líder carismática estuviera donde estuviera. Conservaría siempre un séquito de seguidoras capaces de hacer muchas cosas con tal de acceder al círculo de sus amistades.

Mientras viajaba en un colectivo de regreso a Buenos Aires, mis pensamientos no podían alejarse tan fácilmente del penal que acababa de visitar. Como ya me había sucedido después de visitas anteriores, sentí lástima al recordar a tantas jóvenes lindas y algunas inteligentes que quién sabe por qué eligieron ese rumbo arruinando así sus vidas o, al menos, truncando sus futuros. De golpe me di cuenta de que por primera vez sentía lástima por mi madre. Y toda esa locura que hasta entonces solo me causaba rechazo me pareció una trampa de la que Yiya nunca conseguiría salir. En un intento por distraerme, miré el paisaje por una de las ventanillas del colectivo. Superpuesto al descampado que rodea la ruta que va a Ezeiza, el vidrio me devolvió mi cara apesadumbrada. Una lágrima bajaba por mi mejilla, mi primera lágrima por Yiya Murano.

Yiya saldrá aproximadamente a los 68 años. Se decía que tenía dinero en una caja de seguridad. En una oportunidad ella me dijo que tenía más de 300.000 dólares. No sé si es verdad o no. Supongo que cuando salga querrá volver a ver a Ricardi. Seguramente esperará alguna ayuda de él. A lo mejor vuelve a hacer lo mismo que la primera vez que salió en libertad, cuando decidió mostrarse en todos lados como para que vieran que era inocente y que se había cometido una injusticia con ella.

Esté o no en libertad es probable que no le guste el contenido de este libro. También es posible que no le importe. Mi madre está en el ocaso de

una vida tan especial que quizá a esta altura todo le resulta indiferente. En cualquier caso debo admitir que a lo largo de esta historia en ningún momento me detuve a pensar qué opinaría Yiya de lo que estaba contando. Mi propósito al tomarme este trabajo era muy distinto. Es esto lo que trato de explicar en el epílogo.

Epílogo

Bueno, creo que a las personas que siguieron el caso, allá por el año 1979, el contenido de este libro les habrá servido para esclarecer o comprender mejor algunos detalles.

Traté de ser lo más objetivo posible, y por eso me limité a narrar todos los sucesos tal y como ocurrieron, sin volcar mi opinión personal. Si en algún momento lo hice, apelo a la comprensión del lector y como justificativo diré que ha sido sumamente difícil referirme a todo lo sucedido en este escrito.

Aunque corrí el riesgo de involucrar a gente que intentaba pasar inadvertida y recibí todo tipo de objeciones y críticas, intenté hacer una recopilación verídica. Para lograrlo, sacrifiqué las horas libres de seis meses. Al principio, bajo la guía de profesionales. Luego, cuando me abandonaron, tuve que emprender el proyecto yo solo, episodio que motivó en mí dudas y vacilaciones.

Carente de un estilo literario propio, me dediqué a la lectura de muchísimos autores. Así leí numerosos libros de Agatha Christie, Robin Cook, Irving Wallace, Ira Levin y otros. A partir de todos ellos intenté crear una forma de escritura que fuera aplicable a mi libro. El resultado: ni parecido. Pero bueno, lo intenté y me animé. También creo que en definitiva aquí lo importante es el valor de mi testimonio y no mi capacidad para escribir (a Dios gracias). Solo espero haber podido transmitir con mis palabras la manera en que pienso y siento.

Asentadas las absolutamente necesarias disculpas, quiero que el lector comparta conmigo el motivo que dio origen a la idea de recrear lo sucedido.

Cuando uno se encuentra solo en la vida y su único patrimonio es su habilidad para determinado oficio, significa muchísimo poder procurarse un nombre. Para lograrlo es necesario dejar siempre una buena imagen laboral. De por sí esto es difícil, pero resulta casi imposible si agregamos la dificultad de contar con un apellido tristemente famoso.

Durante los años 1985 y 1986, época de los inicios de mi carrera, diariamente me enfrentaba a la pregunta de rigor: “Murano... ¿algo que ver con Yiya?”. Aunque, en la mayoría de los casos, la pregunta era formulada en mi ausencia. A medida que el tiempo transcurrió y me destaqué con perseverancia y entrenamiento, el tema del apellido perdió peso y lo importante fue el resultado. Pero siempre existen productores que no tienen referencias más y que cuando llega el momento de la elección se inclinan por otros nombres.

Al principio de mi relato cuento cómo el caso Yiya pasó a ser el caso de la familia Murano. Ahora tengo mi propia familia. Es para mí absolutamente necesario dejar en claro quién es quién. También lo requiere así la memoria de Antonio Murano, otra víctima inocente.

Y la historia continuó

(Anexo a la edición definitiva)

No son tus ideales los que te catalogan, si no tus actos los que te defienden.

Hasta aquí fue la historia que, con la excepción de detalles y anécdotas solo conocidas por mí, era de público conocimiento. Lo revelado en este libro sirvió para que quienes han seguido el caso tuvieran material disponible para un mejor análisis.

Conjuntamente con la publicación de *Mi madre, Yiya Murano* se produjo su salida de la cárcel y ocurrieron nuevos episodios. Obviando los de índole familiar, simplemente para no invadir la intimidad de sus allegados, me limitaré solo a narrar los inherentes a la historia. Sería redundante explicar que su parentela carece por completo de mi simpatía, pero aun así no los expondré; como dije antes, la tristemente célebre protagonista es Yiya y solo de ella haré mención.

* * *

A la conmutación de pena otorgada por el entonces presidente, doctor Carlos Saúl Menem, también le sumó un indulto. Vale decir que corriendo el año 1995 era una mujer completamente libre, sin deuda alguna con la Justicia. Aquí un punto importante de destacar es que un indulto no implica inocencia, por el contrario, afirma la culpabilidad pero perdona su castigo.

Yo trabajaba en Canal 9 y la noticia de su salida repercutió en mis compañeros, pero justo es decirlo, solo recibí muestras de apoyo. Sabía perfectamente que sería requerido para alguna nota periodística, debería opinar respecto de esta novedad y pronto todo quedaría en el olvido. Ella buscaría quedar en el anonimato, recluida con su familia o algo así. En definitiva, era cuestión de tiempo para que todo volviese a la normalidad o al menos eso creí.

Cansado de trabajar y ya de vuelta en casa, el *zapping* prometía un entretenimiento reparador aunque, fiel a mi costumbre, me detuve en el 9. La publicidad del programa de Chiche Gelblung anunciaba de manera exclusiva la primera entrevista a la envenenadora de Monserrat en libertad y contándolo todo, aunque en épocas de sus salidas transitorias también hubo entrevistas, siempre en compañía de su abogado y remuneración mediante. Basándome en tales antecedentes pensé que sería su única aparición, pero

nada más lejos de la realidad: la visita a Chiche sería la primera de una interminable lista...

Utilizó el reportaje para refutar el contenido de este libro. Allí comprendí que es verdad eso de que “lo tomo como de quién viene”, pues nada de lo dicho lograba afectarme. Una frase que ha repetido en cuanta ocasión le fue posible fue “muchas madres lloran un buen hijo muerto, en cambio yo sufro por un mal hijo vivo”; pero sabiendo que le jugaba en contra y aconsejada por su abogado, dejó de decirla. Claro está que los agravios hacia mi persona continuaron.

Junto con alguno de sus familiares y el estudio de su letrado conformaron un equipo dedicado a vender su imagen a los medios y hasta lograron incluirla en un micro dentro de un programa, donde hacía las veces de consejera sentimental para la tercera edad. Su divismo recién comenzaba. El muy discutido humor negro que practicaba llevando masas ante cada invitación fue tomado como una provocación por una parte de la opinión pública. Remarco “una parte” porque para muchos era un personaje bizarro y grotescamente divertido. Los chistes acerca de las tazas de té y las masas pululaban en todo ámbito y se llegaron a confeccionar pósters y una muñeca que se comercializaron vía internet. Las permanentes mentiras sobre su procedencia de una clase alta y su inocencia, a la vez que se rodeaba de un halo de misterio, magnificaba su atractivo.

En varias oportunidades quisieron contactarse conmigo de su parte con el único propósito de vender notas en común bajo el pretexto de una supuesta reconciliación; mi negativa fue rotunda y me respondieron con insultos.

Vaya a saber el porqué se me ocurrió en determinado momento la posibilidad de que nos viéramos cara a cara. Desde algún recóndito lugar de mi inconsciente provenía esa idea y me dejé llevar. Llamé al estudio jurídico para concertar una cita, fue ella la que atendió y hablamos como si nada hubiese pasado entre nosotros; quedamos en vernos en una confitería de la zona.

Debo reconocer que por unos días logró hacerme dudar acerca de su personalidad. Parecía como si su postura de antaño hubiera correspondido a un personaje que usó para salir airoso de cada situación. Tuve frente a mí a

una mujer insegura, en total soledad y con un único medio de vida: contar su versión de los hechos. La teatralidad empleada en cada una de sus apariciones podría tomarse como un seguro de permanencia y por un momento, lejos de justificarla, casi llegué a entenderla.

Llegó el día en que Mirtha Legrand nos invitó a ambos a un almuerzo (ya habíamos concurrido en más de una ocasión, pero por separado) y tal vez por creer que podía haber un comienzo de relación, accedí.

No bien estuvo ante las cámaras, Yiya anunció que el motivo de la visita era nuestra reconciliación, junto con mi arrepentimiento por mi postura anterior. Como primicia dijo que estábamos en tratativas para la publicación de un libro en conjunto. En el transcurso de dicho almuerzo, Mirtha mostró una grabación anterior donde aseguraba que yo la había llamado arrepentido por haberla “crucificado” y que me suicidaría. Mi sentido de ubicación en los medios hizo que me mantuviera al aire hasta el fin; y ese fue justamente el fin de un posible acercamiento con esta manipuladora y mentirosa persona.

Con cada vez menos recursos para mantenerse y la total certeza de que no existían vínculos que nos ligaran, se puso a la venta una propiedad que poseíamos en común.

Serían pocos los interesados, pues el conocimiento de quien fuera su dueña ahuyentaba a cualquier posible comprador. En una oportunidad un cliente dejó una seña, pero al enterarse de que Yiya había vivido allí, gritos de por medio anuló la operación.

Se produjo por fin la venta y la reunión se hizo en una inmobiliaria de Villa del Parque; fueron necesarias dos oficinas del mismo local, ya que ninguno de los dos quería siquiera cruzarse con el otro.

Ella y su hermana querían que yo absorbiera la totalidad de los gastos, por supuesto nadie tomó en cuenta su petición y se firmó el boleto.

Lo que hizo con su mitad del dinero no quedó muy claro, según ella misma me dijera años después, su hermana se lo administró y le alquiló una habitación en un hotel de Constitución. Al cabo de un tiempo, no pudo seguir solventándolo y tuvo que valerse de su pensión para subsistir.

Aparentemente, el monto que recibió solo fue suficiente para costear cuatro meses de alquiler; la diferencia forma parte de una incógnita.

* * *

Por esos días y por ocupar algo de su tiempo, concurría a un centro de jubilados de la zona, donde para lograr aceptación se cambió el nombre. Su nombre era Mercedes Bolla, viuda y con un hijo que no veía que era un alto ejecutivo de un canal de televisión. Por si fuera poco, este hijo también la había estafado y le había quitado toda su fortuna.

Tal historia hizo eco en un señor, también viudo y asiduo concurrente al mismo centro, con el que no tardaría mucho en relacionarse...

PRIMER CASAMIENTO Y ENGAÑO

—Hola, ¿quién habla?

—Martín, te habla Liliana de la producción de Mirtha.

—Ah, ¿cómo andás? Contame.

—Era para invitarte a un almuerzo el día...

Romay había vendido el Canal 9 a un consorcio australiano que cambió la producción propia por “latas” con contenido extranjero. Gran cantidad de actores, autores, técnicos y demás personal quedó sin trabajo. Tuve que mutar para enfrentar la vida y mi actividad fue otra. Tantos años de artes marciales y manejo de armas me convencieron de que debía enfocarme en el rubro de la seguridad. La invitación al programa de la señora Legrand, más allá del hecho en sí, significaba estar otra vez en mi ambiente y acepté.

La mañana del programa vi que anunciaban en el diario mi presencia en el almuerzo junto con el marido de Yiya.

—¿Liliana? ¿Vos me estás cargando? Bien sabés que no voy a confrontar con nadie ligado a Yiya. No te pienso dar un show mediático. ¡No soy así!

—¿Qué te pasa Martín?

—¿Después de años de laburar juntos me hacés esto? Olvidate de que vaya.

Corté la comunicación y quedé indignado. Varias veces sonó el teléfono y no atendí, pero ante tanta insistencia...

—¿Qué querés?

—¿Me podés escuchar, Martín? El marido se separó de ella y está aterrorizado. Nada que ver, está en su contra. ¡Te lo juro!

En el viejo estudio de México y Bernardo de Irigoyen se encontraban sentados tres señores, los tres con traje gris. Eran tres generaciones de la misma familia que al verme entrar se pararon. El del medio se presentó. Estrechándome la mano se dispuso a contarme una historia que escuché con suma atención.(1)

“Mi padre concurría a reuniones para la tercera edad donde conoció a una señora muy simpática y enseguida entablaron una amistad. Esa amistad dio lugar a una relación y al cabo de dos semanas la llevó a nuestra casa. No bien nos la presentó, y verborrágica como era, comenzó casi de manera natural a organizar la vida de todos nosotros. Teníamos perro en el fondo; al verlo ella pidió que lo regaláramos o que lo sacáramos de la casa. Dijimos que no, entonces dijo que construyéramos un baño en el jardín de entrada. Nos reímos pensando que era broma. Tal es así que para cada movimiento de ella en la casa debíamos encerrar a nuestra mascota.

”Siempre se quedó a dormir, a vivir en nuestra casa, pero se negaba a compartir la cama con mi padre ya que era de firmes convicciones cristianas y no estaban casados.

”Reconozco que nos divertían su euforia y sus salidas soeces para cada frase. Viendo feliz y animado a mi viejo, decidimos organizar el casamiento y quisimos conocer un poco más de su vida. Era viuda, como ya sabíamos, pero nos contó que había pasado algo menos de un año en la cárcel; el motivo era que su marido le pegaba y en una de esas palizas ella se defendió con un palo, matándolo sin querer. También tenía un hijo que por lo que ella le hizo a su padre, la odiaba. También contó que, aprovechando el tiempo que estuvo detenida, ese hijo le había robado todos sus bienes y había retirado su dinero del banco dejándola en la calle. Le preguntamos si lo había vuelto a ver, lo negó y dijo que ya lo había perdonado.

”La historia nos conmovió a todos, dejamos de lado sus fingidos aires burgueses y locuras disparatadas y llegamos a quererla.

”Somos gente humilde y como tales el casamiento se limitó a una comida después de la ceremonia; su familia se componía solo de su sobrina, así que todos los invitados pertenecían a la nuestra.

”Sobre una mesa se dejaron todos los regalos y por la noche con mi hijo nos dedicamos a abrirlos. Nos llamó la atención un sobre color madera sin remitente ni inscripción alguna; al abrirlo vimos un libro. Hojeándolo encontramos una foto del casamiento de una mujer que aunque era más joven, tenía enormes similitudes con Mercedes. Al continuar la lectura vimos que también coincidía su nombre, ya no cabía duda: Mercedes era Yiya y mi padre sin saberlo se había casado con Yiya Murano.

”A la mañana siguiente fuimos a decírselo y lo negó, pero con la evidencia expuesta entre alaridos dijo:

”—¡El hijo de puta de mi hijo fue el que mandó el libro, ese mal parido!

”Seguidamente se fue y no supimos nada más de ella hasta ayer. Nos llamó por teléfono y amenazó de muerte a mi padre, le dijo que si hoy en el programa hablaba mal de su persona se las vería con Yiya Murano.”

Yo no salía de mi asombro, me pareció asistir al relato de una película, solo atiné a negar ser yo quien había hecho el envío del presente pues ni sabía que se había casado.

Esta misma historia fue repetida por su marido ante Mirtha. Años más tarde y en otro almuerzo al que Yiya fue invitada, negó absolutamente todo acusándonos a este señor y a mí de armar una confabulación en su contra.

SEGUNDO CASAMIENTO

Parece mentira pero ocurre y sin duda ha ocurrido que una mujer de más de 70 años salga de cacería.

De regreso de un espectáculo gratuito y por la noche, Yiya vio a un hombre de su edad, no estaba mal vestido y se trataba de un no vidente. Se aproximó a él y le ofreció su ayuda. Este señor debía tomar un colectivo hasta Constitución, y aunque ella era más afecta a viajar en taxi, prefirió acompañarlo sabiendo que por su condición sería presa fácil.

Durante el viaje conversaron mucho, él le contó que toda su vida se había dedicado al periodismo gráfico y en la actualidad poseía una pensión,

no exuberante pero sí considerable. También tenía una hija adolescente y compartía su departamento con otra hija, pero de su esposa anterior; para Yiya pasó a ser despectivamente la hijastra.

Entablaron relación y por las ansias de convivir y como no podía ser de otra manera, Yiya elaboró un plan. Primero consiguió una autorización de su nuevo novio para el cobro de sus haberes. Pero faltaba un detalle: los medios se habían olvidado de ella y algo debía hacer.

Frente al departamento de Julio, tal era su nombre, había un bar típico de la zona. Bajo la mentira de que era dueña de un geriátrico y que no vivía en él gracias a PAMI, obtuvo allí una cuenta corriente para almorzar con su pareja a diario. Compró en un negocio de bijouterie unos colgantes dorados, que regalaba a camareras o a quien podía serle útil diciendo que eran dijes de oro traídos de Perú.

Seguidamente llegó la solución para su vuelta a las cámaras y también para posicionar mejor su vida. Se casaría y vendería la exclusiva de la boda a cuanto programa quisiera pagarle. De igual modo lograría que se vendiera el departamento y la pareja compraría otro más pequeño. La primera falla del plan fue que efectivamente se hizo la operación, pero el nuevo inmueble fue puesto a nombre de la hija de Julio, quien viviría con ellos. Había logrado dividir a la familia anterior, pero sería imposible separar a un padre de la hija.

El casamiento ocupó el bloque final de un conocidísimo programa de espectáculos y una movilera ofició de testigo. Por supuesto, la nota fue tomada en broma, estuvo plagada de chistes alusivos al almuerzo posterior.

Pasadas las luces del espectáculo, la convivencia de los tres presentaba inconvenientes, máxime que el rival a destruir gozaba de todo el amor de su papá. A esta familia, por así llamarla, se sumaría el novio de la chica.

Como tenía la costumbre de trasladarse mediante una empresa de remises, Yiya elaboró una estrategia: le contaba a los choferes el infierno padecido en su casa por el incesante desfile de hombres, que traía aparejado falta de seguridad y privacidad. Propina mediante, convenció a unos de los empleados de que llamara por teléfono haciéndose pasar por un amante despechado. Esta operación no solo no arrojó resultado alguno, sino que el mismo chofer arrepentido contó lo que le habían encargado hacer. Se

acrecentaron así las diferencias entre las mujeres de la casa, quienes se profesaban un odio silencioso y latente. Para limar asperezas, Yiya se ocupó de esperarla a su regreso del trabajo con un plato de comida casera preparado por ella.

—Hola, ¿Martín?

—Sí, ¿quién habla?

—Soy la hija de Julio, perdoname que te moleste.

—Ah, hola, ¿qué pasó?

—Te cuento que tuve que sacar a tu madre de casa y hablé con tu prima para llevarla a un geriátrico. Es fuerte lo que te voy a decir: intentó envenenarme.

—Que Yiya Murano intente envenenar no me suena raro. Vos, ¿cómo estás?

—Ahora bien, pero estuve muy mal de la panza. Comí fideos con veneno para ratas.

—De verdad lo lamento por vos. ¡Te dije a quién te ibas a llevar a vivir a tu casa!

—Sí, ¿supongo que no querrás hacerte cargo de ella? Tu prima me dijo que te preguntara.

—Te mando un beso, linda, y en serio me alegro de que estés bien.

Los años siguientes en la institución estatal para mayores vivió con altibajos entre aires de superioridad y aparente cordura. En una charla con Soledad Silveyra le informaron de la muerte de su marido. No lloró. Solo dijo “que en paz descanse”.

Sus últimas notas se referían con pretendida comicidad a su éxito con el sexo opuesto y a la enorme cantidad de amantes que tuvo. Poco duraron pues su salud no le permitía esa presencia televisiva y su familia la recluyó, dejándola fuera del alcance de la prensa.

1- La totalidad de este episodio fue contado al autor por el hijo de quien se casara con Yiya, solo puede variar alguna palabra pues apelé a mi memoria para la transcripción del diálogo.

Palabras finales a la edición definitiva

Para el año 2015, el caso de la asesina serial más famosa de la historia argentina dormía en brazos del olvido. Solo era evocado por algún chiste referido a malestares estomacales. Siempre tuve la duda de por qué tantos años después el caso seguía siendo un misterio. Sus crímenes ya habían sido probados y había cumplido su condena. El móvil para cometerlos estaba más que claro y el vector utilizado para el suministro del cianuro estaba escrito en estas páginas; la pregunta entonces era: ¿qué quedaba por develar?

Una posible respuesta a la vigencia del caso es que quien desnudó su personalidad, pormenorizó detalles y los expuso ante el público, fue su hijo. También puede haber sido el método escogido para sus crímenes, que está teñido de frialdad y malicia; además, nunca se la pudo asociar directamente con el suministro de veneno a sus víctimas. Las personas que ejecutó también hacen el caso más macabro: Nilda, su primera víctima, era su cuñada y la relación entre ambas databa de hacía más de veinticinco años. Con Chicha compartía cenas y salidas y mantuvieron una relación de amistad toda una década; y qué decir de Mema, su prima.

Muy posiblemente también sumara a esta cuestión su ensayada verborragia, sus contradicciones, que negara su culpabilidad a la vez que dejaba partes incompletas en la nebulosa.

Para mí todo esto carecía de interés desde hacía mucho tiempo, pero resurgió a mediados de 2015 con una llamada.

—Hola, ¿el señor Martín Murano?

—Sí.

—Mucho gusto, soy la directora de una obra teatral basada en tu libro. Necesitaría hablar con vos.

La conversación parecía surrealista; con un grupo de actores del *under*, esta señora haría una obra basada en mi libro y en el de Rodolfo Palacios, *Adorables criaturas*. Me produjo curiosidad y la autoricé vía Facebook

porque vivo en Mar del Plata. Le prometí que a la semana siguiente al estreno asistiría con amigos a verla.

Resultaba insólito que el personaje principal fuese interpretado por una transexual, que tan mal no lo hizo; pero mis ojos estaban puestos en quién haría de mi viejo: si lo ridiculizaban, se terminaba la obra. Lamentablemente, quien dio la nota desagradable fue el Martín Murano de ficción. Lo mostraban como a un nene tímido, sin carácter, manejado por su madre y casi un tonto. Tal experiencia sirvió únicamente para conocer al productor, Zallo, con quien negociaría la realización de la película y que más tarde me incluiría en otra de su autoría llamada *El robo del siglo*. Más adelante entablamos una sólida amistad que se extendió a nuestras respectivas familias.

Escuchando radio Mitre, más precisamente el programa de Jorge Lanata, me enteré de que en breve estrenarían *Yiya, el musical* y que el personaje del hijo sería representado por Tomás Fonzi. Mi primera reacción fue contactarme con los responsables de la obra e impedir su estreno si había alguna ofensa burlona hacia mi padre o si, como la vez anterior, me ridiculizaba.

Después de muchos intentos me comuniqué con el señor Ricky Pashkus, quien tenía a su cargo la dirección. Fue una charla extensa, amena y más que agradable. Me contó mucho de los pormenores y me aseguró que tanto las tres víctimas como mi padre estaban tratados con el máximo respeto. Sin que yo se lo pidiera, también me aseguró que me sentiría cómodo con la interpretación de Tomás.

Nuestras charlas telefónicas se hicieron cotidianas y llegué a esperar con ansias el estreno. Conocí en un programa de televisión a Osvaldo Balzán y a Karina K, dos excelentes personas en quienes confié de inmediato. En unos de los cortes, Karina se acercó libro en mano y me pidió que se lo firmara, recuerdo que respondí:

—Maradona me pide que le autografie la pelota.

Desde la sexta fila del Teatro El Nacional observé expectante el desarrollo de la función; sentada a mi lado estaba mi hermana de corazón, Alejandra Cosenza, que al momento de aparecer Karina en escena me apretó con fuerza el brazo y dijo:

—¡Boludo, es tu vieja!

Me emocioné, reí, lloré y aplaudí de pie. Vívidamente recuerdo que mi mayor emoción tenía que ver con que teniendo yo 13 años la gente amiga me había marginado y hoy, treinta años después, un grupo de desconocidos solo estaba interesado en cuidarme.

MI ADMIRACION Y CARÍÑO POR YIYA

—Karina, ¿qué te pasó por la cabeza el día del estreno?

—La verdad Martín, te miraba permanentemente desde el escenario. Me preocupaba cómo te sentirías viendo la figura de tu padre.

Al final subieron para el saludo todos los que habían tenido que ver con la realización, fueron nombrados por Ricky y aplaudidos y se terminó destacando mi presencia ante una ovación de los presentes. La hermosísima cantante de *Extravaganza*, Ana Paula Rodríguez, me abrazó entre lágrimas con profunda emoción y gran cariño. Silvina Escudero de manera afectuosa, también me brindó su apoyo.

Esperé a los artistas y el primer abrazo fue de Fabián Gianola, viejo conocido del Canal 9; seguidamente Tomás Fonzi recibió mis felicitaciones por haber captado la esencia de quién soy y plasmarla magistralmente en las tablas. Patricio Contreras personificaba a un hombre honesto, noble y ciego de amor tal cual fue Antonio Murano. Tan bien reflejado estuvo que más de una vez desde mi butaca balbuceé... “Papá”.

Siendo un poco injusto con los demás, diré que las dos mayores muestras de cariño provinieron de Ricky y Karina. Con ellos dos perdura una relación de amistad sincera basada, por mi parte, en un profundo respeto y admiración.

—Kari, vos que te metiste tanto en la piel de Yiya, contame cómo la ves.

—Ególatra, cínica, con deseo de sobresalir a cualquier costo y si esto fuera posible, una mujer sin alma.

—Vos sabés Kari que yo te veo recién cuando bajás del escenario, arriba está todo el tiempo Yiya Murano.

—Es el mejor elogio para una actriz lo que me estás diciendo, Martín.

—Contame una sola cosa, ¿cómo puedo apreciar, respetar y admirar tanto a quien representa a la perfección el personaje más nefasto de mi vida?

—Ja, ja, ja...

Esa dualidad que provoca en mí esta gran actriz me hizo reflexionar sobre si era posible sentir algo por quien biológicamente era mi madre. Jugando al psicólogo introspectivo diré que al no tener tan arraigado el vínculo madre/hijo, veo a Karina corporizada en un personaje grotesco y lleno de maldad, pero ajeno a mí. Un personaje al que nunca le pude ver el más mínimo sentimiento, en cambio, solo vi su afán de resaltar. Karina K logró lo imposible: Yiya, como ella dijo, era una mujer sin alma. Alma que le da Karina cuando se quita los anteojos en el saludo final...

Según una tarotista de un programa de radio, el espíritu de Yiya estaba contento con este suceso teatral. Es improbable si es cierto, pero conociéndola (a ella y a su ego) lo creo posible, puesto que sería la primera vez que tendría mi cariño, respeto y admiración; gracias señora Karina K.

El interrogante se develó para mí viendo la obra y a sus intérpretes. Es un combo lo que mantiene la historia vigente. Una trama de falsedad, engaños, muerte, infidelidades, poder, y personajes secundarios con nombres protagónicos. Hoy en día y a pesar de un conocimiento mayor, quedan interrogantes:

¿Solo fueron tres las víctimas? ¿Quién fue de verdad el cómplice?
¿Todo estaba planeado de antemano o surgió del acontecer de los hechos?

Hasta el cierre de este libro estas incógnitas se mantenían, solo pude develar el porqué de su permanencia en el plano actual. Quedaba, eso sí, una pregunta por responder: ¿Yiya Murano vive?

Intentaron mantenerlo en el más hermético de los secretos. No fue fácil resolverlo. Recién hoy puedo confirmarlo: Yiya Murano murió el 26 de abril de 2014 en un geriátrico de La Boca.

Agradecimientos

A mis hermanos Alejandra Cosenza, Lucía Morales, Gustavo Pons, Fabián Vitale; a mis viejos Roberto Vitale y Raquel Polansky y a mi sobrina Caro Cosenza por hacer mi vida plena y dulce.

A todos los actores, por permitirme ser su colega y dejarme aprender de ellos no solo arte, sino formas de vivir y de sentir.

Al doctor Gustavo Ramallo, por su asesoría legal y su colaboración.

Al señor Hugo Alejandro Moser, quien confió en mí al darme una gran oportunidad laboral.

A todos mis amigos y a los que supieron acompañarme en los momentos críticos de mi vida, ya que sin ellos todo hubiera sido más difícil.

A la hermosa actriz Bettina Vardé por quererme.

A Ricky Pashkus y Osvaldo Bazán por empujarme a reeditar este libro.

Murano, Martín

Mi madre, Yiya Murano / Martín Murano. - 1a ed . - Ciudad Autónoma de Buenos Aires

Libro digital, EPUB

Archivo Digital: descarga y online

ISBN 978-950-49-5403-3

1. Biografías. I. Título.

CDD 920

Primera edición en formato digital: septiembre de 2016

Digitalización: Proyecto451

Este archivo es una corrección, a partir de otro encontrado en la red, para compartirlo con un grupo reducido de amigos, por medios privados. Si llega a tus manos debes saber que no deberás colgarlo en webs o redes públicas, ni hacer uso comercial del mismo. Que una vez leído debe ser archivado o destruido. En caso de incumplimiento de dicha advertencia, derivamos cualquier responsabilidad o acción legal a quienes la incumplieran.

Inscripción ley 11.723 en trámite

ISBN edición digital (ePub): 978-950-49-5403-3